

**CHARLES HARNESS
RAY BRADBURY
ISAAC ASIMOV**

Los hombres paradójicos



20
de

Los hombres paradójicos

Los relatos seleccionados por Brian Aldiss para este volumen, todos ellos pertenecientes al género de la ópera del espacio, corresponden plenamente a un espíritu renovador que Sadoul define como «un intento de ampliación de los dominios de la ciencia-ficción, una mayor libertad de ideas y de estilo». *Los hombres paradójicos*, de Harness; *Punto crítico*, de J.E. Gunn; *La Tormenta*, de Van Vogt, son representativos de las concepciones que luego cuajarían en la revista *New Worlds*. *La espoleta de tiempo*, de Garrett, también incluida en este volumen, es un clásico de la ficción científica, cuyo influjo es patente en la versión cinematográfica de *La guerra de las galaxias*. Se incluyen también *La última pregunta*, uno de los relatos más brillantes de Asimov, y *Todo el verano en un día*, de Bradbury.



AA. VV.

Los hombres paradójicos

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 20

ePub r1.0

Titivillus 22.01.16

Título original: *Space Opera*

AA. VV., 1978

Traducción: Víctor Compta y J. A. Álvarez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para poder vivir, el Ladrón tuvo que hacerse pasar por esquimal. Mientras penetraba lentamente en la masa solar, sus posibilidades de supervivencia menguaban hasta ser comparables a las de una bola de nieve en el infierno.

LOS HOMBRES PARADÓJICOS

por Charles Harness

—¿Alguna vez ha estado antes en el sol, doctor Talbot? —preguntó el capitán Andrews, mientras estudiaba apreciativamente a su nuevo pasajero, a solas con él en el cuarto de observación de la *Phobos*.

Aunque Alar no podía admitirlo, cuanto había visto durante la etapa Luna-Mercurio (de donde habían partido hacía apenas una hora) le parecía extrañamente familiar, como si hubiese efectuado ese viaje, no una, sino cien veces. Tampoco podía admitir que su profesión era la astrofísica. A un historiador se le podía perdonar cierta ignorancia en temas espaciales; hasta resultaba conveniente fingirla.

—No —respondió—. Este es mi primer viaje.

—Pensé que a lo mejor había viajado alguna vez conmigo. Su cara me parece vagamente conocida.

—¿Le parece, capitán? Viajo bastante sin salir de la Tierra. ¿No me habrá visto en alguna conferencia de los toynbianos?

—No. Nunca he ido a esas conferencias. Tiene que haber sido en un viaje solar. A lo mejor es pura imaginación.

Alar se agitó interiormente. ¿Hasta dónde podía interrogarlo sin despertar sus sospechas? Se acarició con impaciencia la barba falsa.

—Si es la primera vez que viene —continuó el capitán—, tal vez le interese saber cómo localizamos un solarío.

Señaló una placa circular fluorescente entre los instrumentos del tablero de mandos.

—Eso —explicó— nos proporciona un cuadro vivo de la superficie solar con respecto a la línea H de calcio 2, es decir, calcio ionizado. Nos indica dónde están las prominencias y las fáculas, pues tienen mucho calcio. Aquí no se ve ninguna prominencia, pues sólo son visibles cuando están en el limbo del sol, recortadas contra el espacio negro. Pero tenemos muchas fáculas; son esas pequeñas nubes gaseosas que flotan por sobre la fotosfera; se las puede detectar casi hasta el centro del disco solar. Son calientes, pero inofensivas.

Y agregó, golpeando el vidrio con sus paralelas de cosmonáutica:

—Además aquello está lleno de gránulos, que también se podrían llamar «nubes de tormenta solar». En cinco minutos levantan varios cientos de kilómetros y en seguida desaparecen. Si uno de ellos atrapa a la *Phobos*...

Alar observó en tono indiferente:

—Un primo mío, Robert Talbot, se perdió con uno de los primeros cargueros solares: Siempre se dijo que la nave fue atrapada por una tormenta solar.

—Es muy posible. Perdimos unas cuantas naves antes de aprender el modo correcto de aproximarnos. Así que un primo, ¿eh? A lo mejor lo he visto a él y, por eso usted me resulta conocido, aunque el nombre, no me dice nada.

—Fue hace varios años —agregó Alar, observando a Andrews por el rabillo del ojo, cuando las estaciones estaban todavía bajo la dirección de Kennicot Muir.

—Hum, no lo recuerdo —dijo el capitán, volviendo su atención a la placa—. Usted ha de saber que las estaciones funcionan en los bordes de las manchas solares, es decir, en la zona que llamamos «penumbra». Ese sitio tiene varias ventajas. Es un poco más fresco que el resto de la cromosfera, lo que facilita el trabajo del sistema de refrigeración y no intranquiliza tanto a los hombres. Además proporciona un buen punto de referencia para los cargueros que

legan. Sería imposible localizar una estación si no estuviera en una mancha; ya es bastante dificultoso localizarlas en el contorno de temperatura.

—¿Contorno de temperatura?

—Sí, como la línea que marca las treinta brazas de profundidad en la costa marítima, con la diferencia de que aquí son los cinco mil grados de temperatura. Dentro de pocos minutos, cuando estemos por descender; pondré los eyectores en dirección espectrográfica, automática y la *Phobos* se deslizará de punta a través del contorno Kelvin hasta llegar al Solario Nueve.

—Comprendo. Y si una estación perdiera sus eyectores laterales y no pudiera permanecer en la línea de los cinco mil grados, ¿cómo haría para localizarla?

—No podría —respondió lacónicamente el capitán—. Cuando una estación se pierde enviamos todos nuestros botes de búsqueda, que se cuentan por centenares, para que recorran la mancha durante meses enteros. Pero se sabe de antemano que no hallarán nada. Nunca han aparecido. Es inútil revisar la superficie solar en busca de una estación que se ha volatilizado en el torbellino de una mancha solar.

«Las estaciones tienen controles espectrográficos automáticos, por supuesto; ese artefacto debe mantenerla en la línea de los cinco mil grados, pero a veces falla, u ocurre algún remolino gaseoso de Wilson, más caliente que los normales, surge por sobre el borde de la mancha y confunde al control, haciéndole registrar un alejamiento de la línea. Entonces el control automático hace retroceder la estación hacia el interior de la mancha, tal vez hacia la resbaladiza zona de Evershed, en la misma margen. Sé de una nave que logró salir de la zona de Evershed. Hubo que reemplazar a toda la tripulación. Pero ningún solarío ha podido salir de la umbra. Como usted ve, no se puede confiar del todo en el control automático.

»Todas las estaciones tienen también tres meteorólogos solares que emiten un boletín cada cuatro horas, informando sobre la posición más probable de la estación y sobre cualquier perturbación que se dirija hacia ellos. A veces tienen que dar un salto a tiempo y en la dirección adecuada. Pero ni siquiera los veteranos expertos pueden preverlo todo. Hace cuatro años, los solaríos Tres, Cuatro y

Ocho estaban trabajando en un “jefe” muy grande; las manchas solares son como los polos de los imanes: vienen siempre en pareja; nosotros llamamos “jefe” a la mancha del este y “subordinado” a la del oeste. Bueno, estos solarios estaban trabajando en un “jefe” cuando el observatorio de Mercurio notó que éste se reducía rápidamente.

»Cuando los del Observatorio de Mercurio llegaron a comprender lo que ocurría la mancha se había reducido ya al tamaño de una ciudad pequeña. Enviaron una nave de patrulla para que retirara al personal de las estaciones, pero llegó demasiado tarde. La mancha había desaparecido. Supusieron que las estaciones tratarían de alcanzar al “subordinado” e instalarse en algún punto de su contorno de temperatura. Sólo la Ocho alcanzó a hacerlo, y a duras penas. Por suerte había estado trabajando en la región superior del “jefe”; cuando la mancha desapareció debajo de ella tuvo que bajar hacia el ecuador solar. Pero mientras bajaba se dirigió también hacia el “subordinado” con los eyectores laterales y logró alcanzarlo en su parte sur.

—¿Y qué pasó con las otras dos estaciones? —preguntó Alar.

—Desaparecieron sin dejar rastro.

El Ladrón se encogió mentalmente de hombros. Ocupar el camarote de un solario no era precisamente retirarse a los verdes parajes de La Paz, pero él no sé había hecho ninguna ilusión al respecto. Tal vez la muerte que le pronosticara el Cerebro se basaba en meras estadísticas.

El capitán se apartó de la placa fluorescente para dirigirse a un gabinete metálico atornillado a la pared opuesta.

—¿Un vaso de espuma, doctor? —le preguntó por sobre el hombro.

—Sí, gracias.

El capitán abrió la puerta y rebuscó en los estantes hasta encontrar una botella de plástico. Con la mano libre tomó dos tazas de aluminio.

—Lamento no poder ofrecerle vino —dijo, mientras dejaba la botella y las tazas en una pequeña mesa redonda—. Esta espuma no tiene nada de estimulante, pero es fría. En un lugar como éste no se puede pedir nada mejor.

La entonación de su voz era algo irónica. Oprimió la botella para

servir el líquido, que brotó en forma de lenta cinta cremosa. Después volvió a guardar las botellas en el gabinete refrigerado y cerró la puerta de un manotazo.

Alar levantó su taza y probó la bebida. Tenía un fuerte sabor a limón, frío y delicioso.

—Nunca lo había probado —dijo—. Es exquisito.

Aunque no estaba seguro le parecía recordar haberlo probado anteriormente. Tal vez se pareciera un poco a algún refresco bebido en los últimos cinco años, pero también podía haber otra circunstancia...

El capitán chasqueó la lengua.

—Tengo grandes cantidades de este líquido. Lo bebo con frecuencia, pero nunca me cansa. En mi camarote hay cajas enteras. Son pequeñas píldoras deshidratadas. Cuando vacío una botella pongo una píldora dentro, echo un poco de agua potable y la dejo enfriar. Así...

Chasqueó los dedos y concluyó:

—¡...nueva provisión disponible!

Hablaba de su espuma con tanta seriedad como de los solares. De pronto dijo:

—Supongo que usted se ha informado sobre la historia de nuestras estaciones.

—Así es, capitán.

Andrews indicó a Alar una silla tubular y acercó otra a la mesa con el pie.

—Bien —dijo.

El Ladrón reconoció en su voz algo más que una simple pregunta o un comentario. Los veteranos del sol no revivían el pasado; era demasiado mórbido. De los veintisiete costosos solares que se habían transportado hasta el sol en los diez años anteriores quedaban sólo dieciséis. El promedio de duración de un solarío era aproximadamente un año. El personal rotaba constantemente; a cada hombre, tras un largo y fatigoso entrenamiento, se le asignaba un puesto por sesenta días (tres veces el período sinódico de rotación del sol, con respecto a los ochenta y ocho días de Mercurio).

El capitán vació su taza y tomó la de Alar, diciendo:

—Las lavaré más tarde.

Las guardó nuevamente en el gabinete y volvió a su asiento, preguntando:

—¿Le han presentado a los hombres del relevo?

—Aún no —dijo Alar.

Cuando el observatorio de Mercurio se ponía en línea con determinada estación solar, cosa que ocurría cada veinte días, un carguero llevaba los relevos para la tercera parte de su personal y retiraba una invaluable carga de muirio. La *Phobos* llevaba once reemplazantes, pero éstos permanecían en su sector de la nave, sin que Alar hubiera podido conocerlos hasta entonces.

El capitán Andrews no había vuelto a mencionar el posible parecido de Alar con alguien, y el Ladrón no encontraba modo de retomar el tema. Por el momento seguiría representando su papel de doctor Talbot, historiador, ignorante en cuestiones solares.

—Si las estaciones están siempre en peligro —preguntó.

—¿Por qué no se las equipa con una propulsión completa en vez de ponerles sólo esos débiles eyectores laterales? De ese modo, si el solario se deslizara al interior de una mancha podría liberarse sólo mediante un par de disparos.

Andrews meneó la cabeza.

—Por ese asunto se han elegido y defenestrado muchos miembros del parlamento —dijo—. Pero si usted piensa en lo que cuesta un solario comprenderá que no hay otro modo de hacerlos. En realidad es sólo un gran sintetizador para la fabricación de muirio, con una pequeña burbuja en el centro que se emplea como alojamiento y unos pocos eyectores laterales en la periferia. Una nave espacial es un gran conversor, con otra pequeña burbuja en el medio para la tripulación. Para hacer una nave espacial de un solario habría que multiplicar su tamaño por doscientos, de modo tal que el solario en sí, ya enorme actualmente, sería apenas una pequeña burbuja en una gigantesca nave espacial. Siempre se habla mucho de construir estaciones más seguras, pero ésa es la única manera de hacerlo y resulta demasiado oneroso. Por eso es que los Ministros de Espacio suben o caen sin que las estaciones cambien. Y a propósito de costos, tengo entendido que la construcción de un solario demanda la cuarta parte del presupuesto anual del Imperio.

En ese momento sonó el intercomunicador y Andrews se excusó para atenderlo. Cuando se apartó del instrumento parecía

extrañamente preocupado.

—Doctor.

—¿Sí, capitán?

Aunque el corazón de Alar no le advertía peligro alguno era imposible no comprender que se estaba preparando algo serio. Andrews vaciló un momento, como si estuviera pensando qué decir. Finalmente se encogió de hombros.

—Como usted sabe llevo una tripulación de relevo al Nueve, adonde va usted también. Si no ha visto a ninguno de los reemplazantes es porque forman un grupo bastante cerrado. Pero en este momento quieren verlo; en el comedor.

Alar notó que el hombre trataba de decir algo más; tal vez intentaba advertirle algo.

—¿Para qué me necesitan? —preguntó directamente.

Andrews fue igualmente breve:

—Ya se lo explicarán —repuso con un carraspeo, evitando la mirada inquisitiva del Ladrón—. ¿Usted es supersticioso?

—Creo que no. ¿Por qué?

—Preguntaba, simplemente. Es mejor no ser supersticioso. Descenderemos dentro de pocos minutos y me espera un gran traje. Por el pasillo de la izquierda llegará al comedor.

El Ladrón frunció el ceño y se acarició la barba postiza. En seguida giró sobre sus talones para dirigirse hacia la salida.

—¡Ah, doctor! —lo llamó Andrews.

—¿Sí, capitán?

—Por si no volvemos a vernos: acabo de descubrir a quién me recordaba usted.

—¿A quién?

—Era más alto, más corpulento y tenía unos años más además usted tiene pelo negro y el de este hombre era castaño rojizo. De cualquier modo ya murió así que no, tiene sentido hablar de...

—¿Kennicot Muir?

—Sí —reconoció Andrews, con expresión cavilosa.

¡Siempre Muir! Si ese hombre estuviera vivo y él pudiera encontrarlo, ¡qué interrogatorio le esperaría! Los pasos de Alar levantaron ecos de vacía frustración por el pasillo, que corría por encima de una bodega para muirio, vacía y desinfectada.

Era indudable que Muir estaba en la T-22 en el momento del

naufragio, al término de su extraño viaje inverso en el tiempo; ahí estaba el libro de Bitácora como prueba de ello. Pero había sido él, Alar, quien llegara a la orilla con el libro. ¿Qué había sido de Muir? ¿Acaso se había hundido con la nave? Alar, exasperado, se mordió el labio inferior.

Pero debía enfrentarse a algo más inmediato: ¿para qué lo llamaba la tripulación de relevo? Aunque le agradaba tener la oportunidad de conocerlos, deseaba ser él quien hiciera las preguntas. Y todo eso lo desequilibraba. ¿Y si alguien, entre la tripulación, conocía al verdadero doctor Talbot? Además, cualquiera de ellos podía ser un policía disfrazado con el encargo de vigilarlo. O simplemente no lo querían, fuera quien fuese, por principios; después de todo era un extraño al que nadie había invitado y que podía perturbar el buen funcionamiento del equipo, con lo cual todos correrían peligro de muerte.

Tal vez sólo deseaban invitarlo a una pequeña fiesta, cosa que el psiquiatra de la estación solía propiciar a fin de relajar tensiones, siempre que se llevara a cabo antes de llegar a la estación.

Al tomar el corredor angosto oyó música y risas. Sonrió. Se trataba de una fiesta, después de todo. Recordó entonces que los reemplazantes solían festejar siempre la llegada con una fiesta cuya característica principal eran las baladas, casi siempre quejas, interminables e irreproducibles, donde relataban por qué habían abandonado la Tierra para adoptar esa otra existencia; también disfrutaban de películas estereográficas, nuevas y sin censura, donde se mostraba a varias bailarinas vestidas sólo con luces multicolores (regalo personal del ministro de Espacio); había además salchichas y cerveza. Sólo cerveza, porque al entrar a la estación debían estar totalmente sobrios. Dos meses más tarde, si los acompañaba la suerte, repetirían la fiesta en la *Phobos*, cuyo personal se les uniría. Hasta el serio y hosco Andrews vaciaría un par de copas para brindar por el feliz regreso.

Pero ése no era el caso por el momento. Las fiestas de llegada solían ser estrictamente privadas, reservadas a los veteranos del sol. Nunca se invitaba a los extraños. Incluso se excluía al psiquiatra de relevo. ¿De qué se trataba, entonces? Algo andaba mal.

Al detenerse ante la puerta para llamar con los nudillos contó automáticamente sus pulsaciones. Llegaban a ciento cincuenta y

seguían subiendo.

Alar permaneció a la puerta, contando sus pulsaciones en rápido ascenso, mientras cavilaba sobre lo que podía esperarle del otro lado. Su puño cerrado cayó instintivamente hacia el pomo de un sable inexistente: en la *Phobos* estaban prohibidas las armas. Pero ¿qué peligro podía entrañar esa muestra de buen compañerismo? Sin embargo, si el juego se tornaba brusco y le tizoneaban de la barba postiza... Mientras así pensaba cesaron la música y las risas.

De pronto la nave se inclinó pesadamente y Alar rodó contra la puerta. La *Phobos* había entrado en el Solario Nueve y se estaba ajustando herméticamente a la escotilla de entrada. El ruido de la puerta quedó ahogado por una salvaje gritería proveniente del comedor. Era imposible saber a ciencia cierta si festejaban la supervivencia de la estación o el ingreso propio, pero la ovación encerraba algo burlón y sardónico que le hizo sospechar lo último. ¡Que los relevados festejaran lo suyo!

—¡Pase! —bramó alguien.

Alar abrió la puerta y entró. Diez rostros expectantes se volvieron hacia él. Dos de los más jóvenes estaban sentados junto al estereógrafo, pero el cubo traslúcido que contenía la imagen tridimensional estaba oscuro; era evidente que acababan de apagarlo. Otros dos venían desde una mesa cargada con una jarra de cerveza, varios cuencos de salchichas, vasos, servilletas, ceniceros y otros objetos; ambos se dirigieron hacia la mesa más cercana al Ladrón. Allí había seis hombres más, que se levantaron de inmediato. Faltaba una persona para completar los once: el psiquiatra, sin duda, ausente por mutuo consentimiento y comprensión.

Comprendió con cierta intranquilidad que la fiesta había terminado. Se trataba de algo diferente.

—Doctor Talbot —dijo el hombre fornido de la voz potente—. Me llamo Miles; soy el nuevo jefe de la Nueve.

Alar asintió sin responder.

—El señor es mi meteorólogo, Williams; MacDougall, piloto de eyectores laterales; Florez, espectroscopista; Saint Claire, ingeniero de producción...

El Ladrón saludó a todos con gravedad, pero sin comprometerse, hasta llegar al joven Martínez, empleado. Sus ojos no perdían detalle. Todos esos hombres eran veteranos. Todos habían sudado frío en alguna estación solar anteriormente; quizás en varias estaciones y en diferentes oportunidades. Pero la experiencia común los unía estrechamente, apartándolos de sus prójimos terráqueos.

Aquellos veinte ojos no se apartaban de él. ¿Qué pretendían? Cruzó las manos sin llamar la atención y se contó las pulsaciones. Se habían estacionado en ciento sesenta.

—Doctor Talbot —prosiguió Miles—, tenemos entendido que pasará veinte días con nosotros.

Alar estuvo a punto de sonreír. Miles, como cualquier veterano del sol, hábil, adiestrado e inconscientemente orgulloso, expresaba un profundo desprecio por quien no se atreviera a permanecer en un solarío durante todo el tomo de sesenta días.

—He solicitado ese privilegio —replicó el Ladrón con gravedad—. Confío en no serles una molestia.

—En absoluto.

—El Instituto Toynbiano ansía desde hace mucho tiempo que un historiador profesional prepare una monografía sobre...

—¡Oh, no nos interesan los motivos que lo traen aquí, doctor Talbot! Y no se preocupe por molestarnos. Usted parece lo bastante inteligente como para mantenerse fuera del paso cuando estamos ocupados; además, pagaríamos su peso en oro si lograra mantener entretenido al psiquiatra para que no nos moleste. ¿Juega usted ajedrez? Nos ha tocado un psiquiatra esquimal.

Aunque Alar nunca había oído ese término, «esquimal», aplicado a los tripulantes de las estaciones solares, notó con sorpresa que adivinaba perfectamente su significado; parecía haber surgido libremente a la memoria, como de las cámaras mentales que encerraban los episodios de su vida anterior. No había estado errado al viajar en la *Phobos*. Pero momentáneamente debía fingir ignorancia.

—¿Ajedrez? ¿Esquimal? —murmuró, con desconcertada cortesía.

Varios hombres sonrieron.

—Esquimal, claro está —tronó Miles, impaciente—. Una persona que nunca ha estado previamente en un solarío. No ha sudado en su

vida. Probablemente acaba de salir de la universidad y viene lleno de buenas intenciones y de juegos de ajedrez para mantenernos entretenidos a fin de que no pensemos cosas tristes. ¡Ja! ¡Por las fúculas llameantes! ¿Qué pensarán que nos trae una y otra vez?

Alar sintió de pronto que se le erizaban los cabellos de la nuca; tenía los sobacos mojados. Acababa de comprender cuál era el lazo que unía a esas almas perdidas en una hermandad de descastados. Tal como el verdadero Talbot lo había resumido aquella noche, en el baile, *¡cada uno de esos hombres estaba perfectamente loco!*

—Trataré de mantenerlo ocupado —aceptó, con la debida vacilación—. En realidad a mí también me gusta el ajedrez.

—¡Ajedrez! —murmuró Florez, el espectroscopista, con absoluto desprecio.

Dio la espalda a Alar para contemplar distraídamente la mesa. Su completa falta de malignidad no hacía menos rotundo el significado de la frase. Miles volvió a reír y fijó en Alar sus ojos sanguinolentos.

—Pero no es para eso que lo hicimos llamar. Lo que ocurre es que los diez aquí presentes somos todos indios, es decir, veteranos del sol. Y eso no es habitual. Por lo común hay cuanto menos un esquimal en el grupo.

La manaza del hombre fue al bolsillo y regresó con dos dados, que arrojó sobre la mesa en dirección al Ladrón. Alguien aspiró con fuerza; Tal vez era Martínez, el empleado joven. Todos se apretaron contra los lados de la mesa para acercarse al invitado y a los cubos blancos que aguardaban ante él.

—¿Tendría a bien cogerlos, doctor Talbot? —pidió Miles.

Alar vaciló. ¿A qué lo obligaría aquella acción?

—Vamos —le urgió Martínez, impaciente—, vamos, señor.

El Ladrón estudió aquellos dados. Estaban algo gastados, tal vez, pero no tenían nada extraordinario. Alargó lentamente la mano y los recogió en la palma derecha, mostrándolos allí casi bajo la nariz de Miles.

—¿Y bien?

—¡Ah! —dijo Miles—. Usted querrá saber qué vamos a pedirle.

—Tengo mucha curiosidad —confesó Alar.

Por entonces estaba ya seguro de que se trataba de un rito, un rito de tremenda importancia para esos hombres. ¿En que

consistiría?

—Cuando hay entre nosotros un verdadero esquimal. Doctor Talbot, siempre le pedimos que arroje los dados.

—En ese caso han tenido para elegir. Supongo que el psiquiatra también servía, ¿verdad?

—¡Uf! —gruñó el jefe— sí, el psiquiatra es esquimal, pero los psiquiatras dan mala suerte.

—Comprendo —dijo Alar, cerrando los dedos sobre los cubos.

—Martínez también podía servir, llegado el caso. Ha cumplido sólo dos turnos, así que no ha abusado mucho de su suerte. Pero si lo podemos evitar...

—De modo que la elección recae en mí.

—Así es. El resto de nosotros no sirve. El siguiente es Florez, con cinco turnos; éste será el sexto; imposible. Y yo soy el Jonás del grupo: diez años de servicio. Tendrá que ser usted; en realidad no es un esquimal hecho y derecho, ya que sólo estará veinte días con nosotros, pero los más antiguos hemos decidido que vale igual, porque nos recuerda a un viejo amigo.

Se referían a Muir, por supuesto. Era fantástico. El Ladrón pareció despertar de un sueño pesado; sentía el ligero frío de los dados en la palma entumecida. Y sus latidos estaban volviendo a acelerarse. Se aclaró la garganta para preguntar:

—¿Puedo preguntar qué pasará cuando yo arroje los dados?

—Nada... por el momento —respondió Miles—. Salimos en fila, cogemos nuestros equipos y subimos la rampa hacia la estación.

No podía ser tan simple. Martínez tenía la boca abierta, como si su vida dependiera de ese golpe de azar. Florez apenas respiraba. Y así estaban todos en torno a la mesa. Hasta Miles parecía más arrebatado que en el momento de su entrada.

Sus pensamientos se lanzaron en frenética carrera. ¿Acaso se trataba de una apuesta por una suma exorbitante? Los tripulantes de las estaciones solares recibían sueldos muy generosos. Tal vez habían apostado la paga entera y a él le tocaba indicar el ganador.

—¿Quiere darse prisa, por favor, doctor Talbot? —dijo Martínez con voz débil.

Lo que estaba en juego era más importante que el dinero. Alar agitó los dados en la mano semicerrada y los soltó. En ese momento una especie de advertencia surgió, tardíamente, de su vida olvidada.

Lanzó un inútil manotazo a los cubos, pero ya era tarde: un tres y un cuatro. Acababa de condenar a muerte a toda la tripulación del solarío... y a sí mismo.

Intercambió una mirada con Martínez, que había palidecido intensamente. Los solares no duran más de doce meses; por lo tanto el tripulante que cumple un turno de dos meses tiene una posibilidad sobre seis de perecer con él. Florez no podía arrojar los dados porque ése iba a ser su sexto turno y las leyes de la posibilidad estaban contra él.

Una en seis. Esos dementes no ponían en duda que un golpe de dados podía predecir el fatigado retorno a la Tierra... o una tumba gaseosa en el sol.

Una oportunidad en seis. Él había tenido una oportunidad sobre seis de arrojar un siete, pero con él mataba a esos increíbles fanáticos con tanta seguridad como si los barrierá con una cades. Esos diez hombres entrarían al solarío seguros de que iban a la muerte; tarde o temprano alguno de ellos cometería el error fatal que lanzaría la estación hacia el torbellino de la mancha solar o en la insondable fotosfera. Y él estaría con ellos.

Era como si todos, por un hiato sobrenatural, hubieran dejado de respirar. Martínez movía los labios pálidos, pero no decía palabra. En realidad nadie hablaba. No había nada que decir. Miles se llevó un enorme cigarro a la boca, apartó la silla de la mesa y se alejó lentamente sin echar una mirada hacia atrás. Los otros le siguieron uno a uno. Los pasos murieron por la rampa.

Alar aguardó cinco minutos, tan maravillado por su estupidez como por los dos asombrosos relámpagos de su vida pasada. Si los seguía al solarío su muerte era segura. Pero ya no podía echarse atrás. Recordó entonces la predicción del Cerebro: había sido un riesgo calculado. Lo que más lamentaba era el haberse convertido en persona non grata para los miembros de la tripulación. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera averiguar algo interrogando a esos fanáticos; tal vez no lograra hacerlo antes de que alguno de ellos destruyera la estación. Pero ya no había remedio.

Salió al corredor, miró hacia la rampa, que estaba a unos diez metros de allí, y ahogó una exclamación de asombro. Cuatro policías imperiales le clavaron una pétrea mirada; en seguida desenvainaron los sables al mismo tiempo.

Y entonces Alar oyó una horrible, inolvidable risilla junto al oído izquierdo.

—¡Qué pequeño es el sistema solar! ¿Verdad, Ladrón?

Alar comprendió con toda claridad qué hacían esos cuatro guardias ante la rampa: Shey los había puesto allí. Indudablemente habría otros detrás. Él debía ser el «psiquiatra esquimal» del que hablaba Miles. Con su animal astucia, el hombrecillo lo había estado aguardando en la *Phobos* desde su llegada a la luna.

El Ladrón no se sentía atrapado, sino lleno de regocijo. Al menos antes de morir tendría una oportunidad de castigar a Shey. Las precauciones tomadas en esa oportunidad serían suficientes para capturar a un fugitivo común, pero otro tanto podía decirse de las trampas que le habían tendido anteriormente. La manada de lobos actuaba aún en el supuesto de que era posible aplicarle los métodos acostumbrados para cualquier ser humano, aunque ampliados y corregidos. Pero el Ladrón sabía ya que esa premisa era errónea.

La imagen de Keiris, con su preternatural fragilidad, pasó ante él como un relámpago. Sí, había llegado el momento de castigar a Shey. Aunque su juramento como Ladrón le prohibía matarlo, la justicia permitía otros remedios, que encontrarían fácil aplicación en el solario. Mientras tanto...

Se volvió lentamente, preparándose para el disparo fótico.

—¿Ve este dedo, Shey?

Levantó el dedo índice frente a los ojos del psicólogo. Por mero acto reflejo, las pupilas de Shey se enfocaron en el dedo. En seguida echó el cuello hacia atrás en un movimiento casi imperceptible: una estrecha cruz de luz blancoazulada había estallado en los ojos de Alar, transmitiéndose a los suyos. En los cinco segundos por venir quedaría a la vista el éxito o el fracaso de aquel arriesgado intento: el Ladrón había tratado de hipnotizar a su adversario por un sobreestímulo del sentido de la vista.

—Soy el doctor Talbot, del Instituto Toynbiano —susurró apresuradamente—. Usted es el psiquiatra de relevo destinado al Solario Nueve. Cuando nos acerquemos a los guardias de la rampa dígales que todo está en regla y que deben traernos inmediatamente el equipo.

Shey parpadeó, mientras Alar se preguntaba si daría resultado aquella treta absurda. Tal vez su confianza estaba llegando a lo

demencial. Giró sobre sus talones y se encaminó bruscamente hacia la rampa bajo la mirada atenta de los policías. Alguien corrió tras él.

—¡Un momento! —gritó Shey, que venía a toda prisa con los otros cuatro guardias.

Alar se mordió los labios, indeciso. Era evidente que había perdido su apuesta. Si Shey intentaba matarlo allí mismo no le quedaría sino abrirse paso por entre los espadachines de la rampa en dirección al solarío. En la confusión resultante podía surgir algún medio para escapar. Sin duda Miles no aceptaría sin protestas la violenta invasión del psiquiatra.

—¡No le hagan daño! —gritó Shey—. ¡No es ése!

Había dado resultado.

—Bien, doctor Talbot —gorgoteó el psicólogo—, ¿qué opinión tiene, como toynbiano, de los solares?

Alar se apartó de la mesa, acariciándose la barba postiza en ademán pensativo.

—Después de pasar cuarenta y ocho horas aquí he llegado a la opinión de que un turno de sesenta días en un solarío arruina los nervios de un hombre para toda la vida. Entra fresco y sano; se marcha demente.

—Estoy de acuerdo, doctor, pero ese deterioro del individuo ¿no tiene una importancia más significativa para los toynbianos?

—Posiblemente —admitió el Ladrón, mesurado—. En primer lugar, examinemos las circunstancias: una sociedad de treinta almas, expulsada de la cultura madre y encerrada en un solarío. Enormes peligros la acorralan por todos lados. Si el tiempo meteorólogo no distingue la fábula de calcio que se aproxima con tiempo suficiente como para advertir al piloto de eyectores, ¡pum!, la estación desaparece. Si el aparato que convierte la radiación en muirio, evitando así que la estación se volatilice, falla por un solo instante, ¡puf! no hay más estación. También podría ocurrir que el carguero no llegara a tiempo para retirar el muirio de los depósitos y la estación se viera forzada a arrojar nuevamente el muirio al sol: otro estallido. Si no, supongamos que nuestro meteorólogo no detecta un ligero aumento de la actividad magnética en el momento

en que a nuestra mancha se le ocurre crecer en nuestra dirección; o que se rompe el antigravitatorio a muirio que tenemos abajo, dejándonos sin nada que nos proteja contra las veintisiete Gs del sol; o que se corta el sistema de refrigeración por diez minutos...

—Como usted ve, conde Shey, el destino inevitable de quienes llevan esta vida es la demencia. Bajo tales condiciones, la demencia es un mecanismo de defensa lógico y útil, una invalorable y sana retirada con respecto a la realidad. Los tripulantes tienen escasas probabilidades de sobrevivir mientras no efectúen ese ajuste, que es, según le llamamos los toynbianos, una «respuesta al desafío del medio». Para un tripulante solar la demencia es tan vital como la irrigación para un sumerio. Pero tal vez estoy incursionando en el terreno de los psicólogos.

Shey rió entre dientes.

—Aunque no estoy completamente de acuerdo con usted, doctor, creo que tiene algo de razón. En ese caso, ¿diría usted que la función del psiquiatra solar es llevar a los hombres hacia la locura?

—Puedo responder a esa pregunta con otra —replicó Alar, observando disimuladamente a su adversario—. Supongamos que en una sociedad se ha establecido una norma para la existencia. Si uno o dos miembros del grupo se desviarán notablemente de esa norma, diríamos que están dementes. Sin embargo toda esa sociedad puede ser considerada demente por otra cultura extraña, para la cual esos dos o tres miembros recalcitrantes serían los únicos cuerdos. Por lo tanto, creo poder definir la cordura como la conformidad con las normas de una cultura dada y la creencia en esas mismas leyes.

—Posiblemente —aceptó Shey, ahuecando los labios.

—En ese caso, si algunos miembros de la tripulación no logran unirse a la retirada ante la vida cotidiana y sus peligros, si no pueden asirse a alguna certidumbre salvadora, aunque sea la certeza de la muerte próxima, si no hallan alguna otra ilusión que les haga soportable la vida, ¿no es su deber facilitarles esa u otra forma de locura? ¿Enseñarles, por así decirlo, los rudimentos de la demencia?

Shey rió intranquilo.

—Acabará usted por convencerme de que en cualquier asilo el único demente es el psiquiatra.

Alar lo observó plácidamente, mientras levantaba su copa de vino.

—Mi querido conde, ¿se da cuenta de que ha repetido esa última frase no una, sino dos veces? ¿Cree acaso que soy duro de oídos?

Y sorbió su vino con expresión indiferente, mientras el psicólogo evidenciaba un incrédulo asombro.

—Es imaginación suya. Estoy bien seguro de...

—Por supuesto, por supuesto —replicó Alar, encogiendo los hombros en una delicada disculpa—. Pero supongamos que lo hubiese hecho y ahora lo niega. Si lo hubiera hecho un paciente usted analizaría esa fijación en detalles como paranoia incipiente, que a su debido tiempo se transformaría en delirio de persecución. Claro que tratándose de usted no hay por qué preocuparse. Si en verdad lo hizo fue por mero descuido. Pasar aquí un par de días es bastante para desorganizar a cualquiera.

Dejó suavemente el vaso sobre la mesa y agregó:

—¿No ha notado nada fuera de sitio en su cuarto?

El día anterior había entrado subrepticamente a las habitaciones de Shey para girar en 180 grados todos los objetos visibles. Ante su sugerencia Shey emitió una risa nerviosa y replicó:

—Nada de eso.

—En ese caso no hay por qué preocuparse —concluyó Alar, palpándose la barba en gesto amistoso—. Ya que estamos en el tema quisiera preguntarle algo. En mi condición de toynbiano siempre me interesaron los métodos que se emplean para determinar la demencia o la cordura en una persona. Según creo, ustedes, los psicólogos, disponen actualmente de tests definitivos en ese aspecto.

Shey lo observó atentamente desde el otro extremo de la mesa; después rió entre dientes.

—¡Ah, la cordura! No, no hay libro de test que pueda determinarla, pero tengo algunas diapositivas que sirven para evaluar con bastante precisión la capacidad mental y motora. Claro que esa evaluación no es definitiva en cuanto a demencia o cordura, al menos, en cuanto a la cordura según yo la entiendo. ¿Le importaría que viéramos unas cuantas?

Alar aceptó cortésmente. Sabía que Shey no proponía la experiencia para entretenerlo, sino para asegurarse de su propio

estado mental. Habría de recibir el golpe más rudo de su vida.

Shey se apresuró a instalar el estereógrafo y la pantalla cúbica tridimensional. Mientras apagaba la luz del cielorraso dijo alegremente:

—Comenzaremos con algunos laberintos muy interesantes. La capacidad de resolver laberintos con celeridad está estrechamente relacionada con el análisis de nuestros problemas diarios. Quien lo hace erróneamente no sabe desentrañar sus dificultades y carece de la integración cerebral que caracteriza al ejecutivo. Es interesante destacar que, el esquizofrénico sólo puede resolver los más simples, aun después de repetidos intentos. Aquí está el más sencillo. Hasta las ratas blancas suelen resolverlo (reproducido en el suelo con tabiques, naturalmente) después de tres o cuatro intentos. Los niños de cinco años, por este mismo sistema que estamos empleando, lo desentrañan en treinta segundos. Los adultos, instantáneamente.

—Es muy sencillo —confirmó Alar fríamente, mientras proyectaba una abertura falsa en el borde exterior del laberinto y cubría la auténtica con un segmento de borde falso.

Shey se agitó, sumamente intranquilo, pero pareció considerar su incapacidad para resolver el laberinto como un lapso mental pasajero. En seguida cambió la diapositiva.

—¿Cuál es el promedio de tiempo para resolver éste? —preguntó Alar.

—Diez segundos.

El Ladrón dejó que ése y el tercero pasaran sin alteraciones fóticas. El alivio de Shey fue visible aun en la oscuridad. Pero al llegar al cuarto laberinto Alar abrió o bloqueó varios pasajes, haciendo que Shey, de pie ante el proyector, se frotara repetidamente los ojos. Al fin Alar sugirió que pasaran a otra cosa; el psicólogo recibió la proposición con un suspiro de alivio que le hizo sonreír.

—Nuestra segunda serie de diapositivas, doctor Talbot, muestran un círculo y una elipse yuxtapuestos. En cada una de las diapositivas, que son doce, la elipse se va tornando más y más circular. Las personas de muy buena discriminación visual pueden notar las diferencias en los doce casos. Los perros distinguen dos; los simios, cuatro; los niños de seis años, diez, y el hombre común, once. Lleve usted mismo su cuenta.

Sobre una pantalla negra apareció un gran círculo blanco y una elipse bastante estrecha. Era demasiado obvio, por lo que Alar decidió aguardar la próxima diapositiva.

Al aparecer ésta Shey frunció el ceño, la retiró del proyector y la sostuvo a la luz de la pantalla cúbica. Finalmente volvió a colocarla en su sitio. A la tercera comenzó a morderse los labios, pero prosiguió con la proyección. En la número diez transpiraba ya profusamente y se lamía el sudor que le corría por los costados de la boca. Mientras tanto el Ladrón seguía haciendo comentarios nada comprometedores a la aparición de cada imagen; no sentía pena alguna por Shey, quien ignoraba el hecho de que, desde la segunda diapositiva en adelante, las elipses habían sido reemplazadas por círculos exactamente iguales al original, proyectados por los ojos de Alar.

El psicólogo no parecía dispuesto a insertar la undécima diapositiva.

—¿Dejamos aquí? —sugirió—. Creo que con esto tiene una idea general de...

—Muy interesante —asintió el Ladrón—. ¿Qué otra cosa tiene?

Su anfitrión pareció vacilar; mientras manoseaba el proyector. Al fin soltó una risilla estridente.

—Hay unos cuantos Rorschach. Son más o menos convencionales, pero sirven para descubrir la psicosis en sus etapas de formación.

—Si esto lo fatiga... —empezó Alar, con diabólica diplomacia.

—En absoluto.

El Ladrón sonrió severamente. La pantalla volvió a encenderse, mientras el obeso psicólogo sostenía una diapositiva a la luz para inspeccionarla debidamente. Al fin la colocó en el proyector, comentando:

—Para una persona normal, esta primera diapositiva representa una silueta simétrica de dos bailarines de ballet, dos niños sobre patines o, a veces, dos perros jugando. Los psicópatas, naturalmente, suelen ver algo temible o macabro, como son una tarántula, una máscara demoníaca o un...

Alar transformó fácilmente la imagen en un cráneo sonriente.

—Se parece a una pareja de bailarines, diría yo —observó entre tanto.

Shey sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara. Aunque insertó la segunda diapositiva sin comentario alguna, Alar oyó que el aparato repiqueteaba bajo sus dedos temblorosos.

—Esto vendría a ser la silueta de dos árboles —observó el Ladrón, pensativo—, o dos plumas, o tal vez dos riachos que bajan juntos por una pradera. ¿Qué ven los psicópatas?

Shey permanecía mudo e inmóvil, más muerto que vivo. Parecía no ver más que la imagen proyectada en la pantalla; era visible que le inspiraba un fascinado terror. Habría dado cualquier cosa por echar una mirada a la criatura cuya mente pervertida estaba destruyendo, pero era mejor seguir modificando la imagen.

—¿Qué vería una persona demente? —repitió sin alzar la voz.

El susurro de Shey fue irreconocible:

—Un par de brazos blancos.

Alar se levantó; tras apagar el proyector y la pantalla se marchó silenciosamente del cuarto, sumido en penumbras. Su anfitrión seguía inmóvil. No había dado aún dos pasos por el corredor cuando oyó una risa ahogada tras la puerta, y otra, y otra más, hasta que aquellas agudas carcajadas se transformaron en un verdadero paroxismo. Aún seguía oyéndolas cuando tomó el corredor lateral hacia su propio cuarto. Se acarició la barba y sonrió.

Miles, el jefe de estación, y el espectroscopista Florez pasaron a su lado discutiendo acaloradamente; ni siquiera repararon en él, que se inclinó en una reverencia cortés. Los observó desaparecer tras el recodo y se dijo, pensativo, que ése era el estado mental perfecto: estar loco y no saberlo. La fe incondicional en la inevitable destrucción los rodeaba de un aura de resuelta cordura. Sin esa fe su desintegración sería probablemente rápida y total. Sin duda preferían morir antes que marcharse con vida de la estación al terminar la guardia. Por un momento Alar se preguntó si Shey se ajustaría de modo igualmente dramático a su nueva demencia.

Pocas horas más tarde lo despertó su corazón, lanzado en veloz carrera. Se levantó de la litera con el oído alerta, pero nada se oía aparte del omnipresente rugir de los gases frenéticos en el exterior de la estación.

Tras vestirse apresuradamente se dirigió a la puerta que daba al corredor y miró hacia la sala. Estaba vacía. Era extraño; por lo común se veían al menos dos o tres hombres ocupados en alguna tarea vital. Mientras tanto sus palpitaciones habían trepado a ciento ochenta por minuto.

Decidió dejarse guiar por su infalible olfato para el peligro. Salió bruscamente al corredor y se dirigió hacia el cuarto de Shey. En un momento estuvo ante su puerta. No se oía ruido alguno. Llamó con los nudillos, pero no hubo respuesta. Volvió a llamar. ¿Por qué no respondía el psicólogo?

Le pareció oír un sigiloso movimiento en el interior del cuarto. Su pulso llegaba ya a ciento ochenta y cinco y seguía trepando. Agitó inquieto la mano derecha. ¿No convendría volver a su cuarto para ceñir el sable? Contuvo el impulso de hacerlo: si había peligro en ese sitio, al menos se enteraría de algo. Por alguna razón le parecía que el sable no le serviría de nada. Echó una mirada a su alrededor: la sala seguía desierta.

En ese momento se le ocurrió la absurda idea de que era el único ser viviente a bordo. En seguida sonrió con amargura: su fértil imaginación se estaba desbocando. Tomó la falleba, la hizo girar con rapidez y entró a la habitación de un salto.

Allí, en la media luz, mientras el pulso rugía en su cuerpo a doscientos latidos por minuto, tomó conciencia de varias cosas.

La primera fue Shey; su rostro hinchado e insensato, enmarcado en rizos, lo miraba fijamente desde arriba, muy cerca de la lámpara que pendía en el medio de la habitación. La anormal protuberancia de los ojos se debía sin duda a la fina correa de cuero que se extendía desde entre los pliegues de su cuello hasta la saliente de la lámpara. A un lado de los pies se veía la mesa del proyector, tumbada en el suelo. El cuerpo se balanceaba suavemente frente a la pantalla cúbica.

Más allá estaba Thurmond, inmóvil en su asiento, fija en Alar su enigmática mirada. A cada lado del ministro había una Kades apuntada hacia el pecho del Ladrón. Los dos hombres parecían petrificados por la mirada del otro. Alar pensó en dos placas condensadoras con un cadáver por dieléctrico. Tenía la extraña sensación de formar parte de una proyección tridimensional, de que Thurmond lo miraría para siempre sin parpadear, de que estaba a

salvo porque ninguna Kades puede disparar en las proyecciones tridimensionales.

El cuarto giró violentamente bajo los pies, sacudido por un potente torbellino de gases. Ambos sacudieron de aquella paralizada ensoñación. Thurmond fue el primero en hablar.

—Hasta ahora —dijo su voz seca y helada— las trampas que le hemos tendido estaban sujetas a la ecuación humana. En este caso ese factor no ha de operar en su favor. Si se mueve de esa posición las Kades se dispararán automáticamente.

Alar rió brevemente.

—Hasta ahora, cada vez que ustedes han tenido la seguridad de haber tomado todas las precauciones adecuadas para capturarme, han estado equivocados. Ya veo que el suicidio de su compañero ha sido un fuerte golpe para usted; de lo contrario no me habría puesto al tanto de mi posible destino. Al vanagloriarse de su trampa no hace más que buscar seguridad. Su confianza en mi muerte es más una esperanza que una certeza. Permítame sugerirle que las circunstancias, involucran tanto peligro para usted como para mí.

Su voz expresaba una confianza que estaba lejos de sentir. Sin duda estaba circundado por artefactos detectores, tal vez condensadores o relés fotocelulares, que activarían las Kades. Si se lanzaba hacia su enemigo caería al suelo hecho cenizas.

Thurmond contrajo imperceptiblemente las cejas.

—Eso de que yo corro tanto peligro como usted es una fantochada evidente; usted morirá en cualquier circunstancia. Yo, en cambio, sólo tengo que preocuparme por los riesgos comunes de los solares y por la interferencia de la tripulación. En este último aspecto he reducido la posibilidad al mínimo trasladando a Mercurio toda la tripulación, con excepción de quienes ocupan los puestos indispensables, es decir, el relevo de Miles. Han recibido órdenes de llamar a la *Phobos* y partir conmigo en cuanto yo regrese a la sala de reuniones, cosa que haré dentro de diez minutos.

Se levantó con un aire casi indiferente, esquivó la Kades más cercana y se deslizó lentamente a lo largo de la pared hacia la puerta que daba al corredor, sin pasar por el sector cubierto por las armas. Había demostrado una vez más por qué Haze-Gaunt lo había incluido en la manada de lobos. Cuando tenía dificultades para eliminar un obstáculo lanzaba sobre él fuerzas titánicas, sin

preocuparse por el costo.

Era muy simple. No habría luchas ni combate personal, no se produciría ningún resultado inmediato. Sin embargo, en un período satisfactoriamente breve, Alar estaría muerto. No podía moverse sin poner en funcionamiento las dos Kades y no había nadie que pudiera liberarlo. El solarío sería evacuado en pocos minutos. La estación, una vez abandonada por sus tripulantes, se deslizaría hacia el centro de la mancha solar mucho antes de que él sucumbiera a la fatiga.

La manada de lobos se mostraba dispuesta a perder una de sus seis valiosísimas fábricas de municiones a cambio de su vida. Empero... no era suficiente. El Ladrón apenas respiraba: acababa de recordar lo que Miles y Florez iban discutiendo por el corredor.

Thurmond había llegado ya a la puerta y hacía girar lentamente el pomo. Alar dijo:

—Su plan es totalmente seguro, salvo en un detalle bastante incomprensible, pero de suma importancia. Usted, indiferente a los principios toynbianos, no puede reparar en un factor tal como «autodeterminación en el seno de una sociedad».

El ministro de policía se detuvo por una breve fracción de segundo antes de atravesar el umbral. Alar prosiguió:

—¿Es usted capaz de entender un informe Fraunhofer? ¿Sabe operar un motor de eyector lateral? De lo contrario será mejor que desactive las Kades, porque le voy a hacer mucha falta, y muy pronto. No tendrá tiempo para llamar a la *Phobos*.

Thurmond, ya en el pasillo, vaciló por un instante. El Ladrón insistió:

—Si cree que la tripulación mínima a las órdenes de Miles está todavía ante los controles de la estación, será mejor que eche una mirada a su alrededor.

No hubo respuesta. Thurmond, al parecer, la creía innecesaria. Sus pasos se alejaron por la sala. Alar dirigió una mirada burlona a la cara amoratada y desorbitada de Shey y a las dos Kades.

—Volverá, dijo, cruzándose de brazos.

Sin embargo, al oír los pasos que regresaban con mucha más celeridad de la que llevaban al marcharse, la confirmación de sus sospechas con respecto a la tripulación de Andrews lo hundió en una profunda pesadumbre. De cualquier modo era inevitable. Nada

podía salvarlos una vez echado el siete.

Thurmond entró rápidamente a la habitación.

—Usted estaba en lo cierto —dijo—. ¿Dónde se han ocultado?

—Están escondidos —replicó Alar, inexpresivo—, pero no como usted cree. Los diez estaban seguros de que morirían en este turno. Tenían una seguridad fatalista en el destino. Al regresar sanos y salvos con usted esa fe debía quedar abandonada, con la consiguiente desintegración mental y moral. Prefirieron la muerte. Probablemente hallará sus cadáveres en los depósitos de muirio.

Thurmond crispó los labios, acusándolo:

—Miente usted.

—Como carece de preparación en historia no puede llegar a otra conclusión. De cualquier modo tendrá que tomar una decisión con respecto a mí antes de que pasen uno o dos minutos. Hemos estado a la deriva en la zona de Evershed desde que entré a este cuarto. Le aconsejo que me suelte para que pueda probar los eyectores laterales. De lo contrario, déjeme aquí... y morirá conmigo.

La lucha interior era evidente en el ministro de policía. Su lealtad a Haze-Gaunt, o tal vez cierto inexorable sentido del deber, podían exigirle que Alar siguiera en la trampa, aun a costa de su propia vida. Al fin dijo, mientras jugueteaba pensativo con el pomo de su daga:

—De acuerdo.

Pasó por detrás de las Kades y apagó los contactos.

—Será mejor que se dé prisa —dijo—. Ahora no corre peligro.

—La espada y la vaina de Shey están sobre la mesa, junto a usted —indicó el Ladrón—. Alcáncecelas.

Thurmond se permitió una sonrisa mientras le alcanzaba el sable. Alar comprendió que planeaba matarlo en cuanto la estación estuviera nuevamente a salvo; importaba muy poco a la primera espada del Imperio que el Ladrón estuviera armado o no.

—Una pregunta —exclamó el Ladrón, mientras se sujetaba la vaina al cinturón—. ¿Vino usted en la *Phobos* junto con Shey?

—Vine en la *Phobos*, pero no con Shey. Dejé que él probara primero su plan.

—Y cuando fracasó...

—Me puse en acción.

—Una pregunta más —insistió Alar, imperturbable—. ¿Cómo

hicieron usted y Shey para encontrarme?

—El Cerebro Microfílmico.

Era incomprensible. El Cerebro lo condenaba y lo entregaba alternativamente. ¿Por qué, por qué? ¿Podría saberlo algún día?

—Está bien —dijo lacónicamente—. Venga conmigo.

Juntos corrieron hacia los cuartos de control.

Una hora después salían de allí sudando copiosamente. Alar se volvió para estudiar brevemente a su archienemigo, diciendo:

—Naturalmente no puedo permitir que usted llame a la *Phobos* mientras mi propia condición no esté en claro. No veo ninguna ventaja en demorar lo que desde nuestro primer encuentro era inevitable.

Y desenvainó su sable con fría deliberación, consciente de que su única esperanza consistía en impresionar a Thurmond con su mesurada confianza. El ministro de policía extrajo su propia espada con despectiva agilidad.

—Tiene usted toda la razón. Debía morir de cualquier modo. Para salvar mi vida confié en su deseo de prolongar la propia. Ahora, ¡muera!

Como en las ocasiones anteriores en que se había visto frente a la muerte, el tiempo empezó a arrastrarse lentamente para el Ladrón. Estudió el fatídico grito de Thurmond y la simultánea estocada como si fueran parte de una filmación en cámara lenta. El movimiento de aquel hombre era el papel de un actor, algo que debía ser estudiado, analizado y sometido a una crítica constructiva, mediante palabras y gestos propios, bien organizados y armoniosamente tejidos.

No se preguntó qué clase de mente era la suya, que le permitía y le requería saber tales cosas: comprendía, simplemente, que el grito y la estocada de Thurmond no estaban encaminados a matarlo. La fleche de Thurmond era en apariencia línea alta a la derecha; si llegaba a destino debía atravesar el corazón y el pulmón derecho de Alar. Los expertos solían pararla con una tierce o una quinte, seguida por una estocada dirigida a la ingle del adversario.

Sin embargo el grito de Thurmond encerraba un elemento especulativo. Evidentemente esperaba que el Ladrón percibiera el

engaño, comprendiendo que él había planeado un ataque mucho más intrincado, basado en la respuesta casi automática de Alar al golpe alto; puesto que éste era muy hábil con la espada, se esperaba que desbaratara la trampa mediante el simple recurso de entrenchocar espadas para comenzar nuevamente.

Tal análisis del ataque era posible, con excepción de un detalle: Thurmond, nada afecto a correr peligros inevitables, no retiraría su espada, sino que extraería la daga del pecho para clavarla en la garganta, de su adversario. Y el Ladrón no podía apartar la daga y evitar la estocada al mismo tiempo.

Súbitamente todo estuvo terminado. Thurmond había saltado hacia atrás, con un malévolo resoplido, y la vaina del puñal giraba locamente en el aire a sus espaldas. Una línea roja se extendía rápidamente por el pecho del Ladrón. El ministro de policía soltó una risa despreocupada.

El corazón de Alar palpitaba a toda velocidad (imposible medirla), bombeando la sustancia vital por el tajo del pulmón, engañosamente pequeño. Nada de todo aquello se podía evitar. Su única salvación consistía en lisiar o desarmar a Thurmond sin pérdida de tiempo; así podría aún llamar a la *Phobos* y escapar bajo la protección del capitán Andrews, antes de sucumbir bajo la pérdida de sangre...

Naturalmente, su hábil adversario trataría de ganar tiempo. Lo observaría con atención, esperando reconocer la primera señal de vacilación, que tal vez fuera un leve resbalar del pulgar sobre la empuñadura, una estocada ligeramente violenta, una imperceptible tensión de la mano izquierda. Él lo adivinaría todo. Y tal vez ésa era la muerte reveladora que había predicho el Cerebro Microfílmico, aquella recóndita esfinge.

El ministro aguardaba, sonriente, alerta, soberanamente confiado. Esperaba que Alar reventara hasta la última fibra nerviosa para aprovechar al máximo los pocos minutos disponibles para una esgrima efectiva antes de perder el sentido. El Ladrón avanzó; su espada saltó como una flecha en una increíble finta, que fue parada con un movimiento despreocupado, casi filosófico. Su estudiada ambigüedad demostraba que Thurmond comprendía perfectamente la excelencia de su posición: con una buena defensa ganaría, sin correr riesgos.

Eso era cuanto Alar quería saber. En cuanto lo hubo averiguado dejó de improvisar el ataque para retroceder precipitadamente. Tosió y escupió un bocado de líquido salobre y caliente. Había dejado que el pulmón derecho se le llenara lentamente mientras aguardaba el momento preciso para lanzar la sangre. Y el momento era ése. Su adversario debía tomar la iniciativa y se vería obligado a exponerse.

Thurmond soltó una carcajada silenciosa y cerró con una traidora estocada hacia las piernas, seguida inmediatamente por un corte hacia el rostro, que el Ladrón paró a duras penas. Pero era evidente que el ministro no se esforzaba mucho. Podía lograr su propósito a tiempo sin hacer nada, o antes aún si lo prefería, con sólo obligar al Ladrón a un esfuerzo constante. Su único requisito era conservar la vida; Alar, en cambio, no podía limitarse a eso: además tenía que invalidar a su contrincante. Y su juramento como Ladrón le impedía intentar otra cosa.

No estaba desesperado, pero sentía todos los síntomas de la desesperación: la garganta cerrada, el leve estremecimiento de los nervios faciales, un invencible agotamiento.

—«Para evitar la captura o la muerte en una situación de factores conocidos» —citó Thurmond, burlonamente—, «el Ladrón introducirá una o más variantes nuevas, por lo general mediante la conversión de un factor de relativa seguridad en un factor de relativa incertidumbre».

En ese momento Alar penetró en las profundidades de aquella extraordinaria personalidad que comandaba las fuerzas de seguridad de un hemisferio entero. Era una inteligencia veloz y calculadora, que aplastaba toda oposición porque conocía a sus adversarios mejor de lo que ellos mismos se conocían; podía anticipar silenciosamente cada uno de sus movimientos y tenerles preparada una respuesta fatal.

Acababa de citar textualmente el *Manual de Combate de los Ladrones*.

Alar bajó lentamente su espada.

—En ese caso —dijo— es inútil ofrecer mi espada en señal de rendición a fin de que usted extienda la mano izquierda para tomarla...

—...y usted pueda hacerme volar por sobre el hombro. No,

gracias.

—O «resbalar» en mi propia sangre...

—...y atravesarme cuando yo me apresure a terminarlo.

—Sin embargo —retrucó el Ladrón— la filosofía de la conversión en seguridad no se limita a esos artificios obvios que acabamos de realizar. Se lo demostraré en breve.

Y torció la boca en un gesto sardónico. Pero sólo el esfuerzo más extremo y absurdo de su cuerpo ultraterrenal podía salvarlo. Más aún, para realizar su plan tendría que abandonar el sable y mantenerse fuera del alcance de Thurmond por un par de segundos. Su hoja se deslizó por sobre los mosaicos plásticos hacia Thurmond, que dio un paso atrás, evidentemente sorprendido. Al fin apretó la empuñadura de su arma y avanzó otra vez.

—El sacrificio de la seguridad es mi medio de defensa —prosiguió Alar, sin prisa (¡por la galaxia!, ¿no se detendría jamás ese hombre?)—. La he convertido en una variante desconocida, puesto que usted no está seguro sobre lo que haré a continuación. Empieza a actuar más lentamente. No halla razones para no matarme inmediatamente, pero siente ¿el nerviosismo de la expectativa, diríamos? Siente curiosidad por saber qué puedo hacer sin mi arma que no pueda hacer con ella. Se pregunta por qué flexiono repetidamente los brazos y las rodillas. Sabe que puede matarme, que le bastaría con acercarse y lanzar la espada. Sin embargo se ha detenido a contemplarme, consumido por la curiosidad. Y tiene un poco de miedo.

Sofocó una tos y se irguió, apretando los puños, Sus ropas sonaron con un crujido al avanzar él hacia Thurmond.

—¿No se da cuenta, Thurmond? ¿Un hombre capaz de invertir el proceso visual mediante la carga energética de la retina puede, bajo tensión, usar el mismo proceso en sentido inverso? En vez de proporcionar diferencias de energía eléctrica a los nervios para una actividad muscular normal, puede invertir el proceso y hacer que los músculos acumulen el voltaje necesario para descargarlo por los nervios y por las puntas de los dedos.

"¿Sabía usted que ciertos brujos brasileños pueden descargar varios cientos de voltios, los suficientes como para electrocutar a peces y ranas? Con mis actuales poderes podría matar a un hombre con toda facilidad, pero sólo pienso aturdirlo. Puesto que las cargas

electrostáticas escapan fácilmente por las puntas metálicas, comprenderá que debía deshacerme de mi sable, bajo el riesgo de que usted me atravesara antes de reunir la carga necesaria.

Thurmond alzó el arma hacia él.

—¡No se acerque! —gritó ásperamente.

El Ladrón se detuvo. Su pecho desnudo quedó apenas a veinte centímetros de aquella punta ondulante.

—El metal es un excelente conductor —dijo con una sonrisa.

Y volvió a avanzar.

El ministro de policía saltó hacia atrás, aferró el sable como si fuera una lanza, apuntó velozmente hacia el corazón de Alar y...

Cayó al suelo con un alarido, con el cuerpo retorcido envuelto en un resplandor azul celeste. Logró sacar la pistola de su funda y disparó dos veces contra Alar. Las balas rebotaron inofensivas contra la armadura del Ladrón. Hubo una breve pausa sofocante, en tanto el caído lanzaba una mirada demencial a su extraordinario vencedor.

El tercer disparo llevó por meta su propio cerebro.

Antes de que ese último eco se apagara, Alar estaba ya en el cuarto de controles. El duelo había durado casi cuarenta minutos. ¿Hasta dónde habría derivado la estación? El medido pirométrico denunciaba 4.500 K. El descenso de temperatura desde los 5.700 grados K. de la fotosfera indicaba sin lugar a dudas que el solarío estaba en la parte más fría de la mancha solar: su mismo centro. Eso significaba que la estación había estado cayendo durante varios minutos hacia el corazón del sol.

Los ojos aturdidos de Alar observaban el pirómetro, cuya aguja iba trepando lentamente por la escala, registrando la caída de la estación hacia el centro mismo de la mancha solar: 4.560, 4.580, 4.600... Cuanto más profundidad alcanzaba, mayor era la temperatura. Naturalmente, jamás alcanzaría el centro del sol. El ojo de la mancha se reduciría probablemente a la nada en unos mil quinientos kilómetros, cuando llegara a una región lo bastante profunda como para que su temperatura fuera de varios millones de grados. El sistema de refrigerador del solarío podía soportar un límite máximo de 7.000.

Cabían varias Posibilidades. El vórtice de la mancha podía prolongarse hasta muy cerca del centro solar, donde la temperatura subiría a unos veinte millones de grados. Pero aunque se mantuviera por debajo de los 7.000 (cosa imposible) la estación acabaría por estrellarse contra la enorme densidad del centro y se tornaría incandescente.

Pero ¿si el vórtice no se extendía hasta ese núcleo increíblemente ardoroso, sino que, como era más probable, se originaba sólo a unos pocos miles de kilómetros de profundidad? Alar escupió una bocanada de sangre y calculó con rapidez. Si la mancha tenía 24.000 kilómetros de profundidad la temperatura del vértice del cono no llegaría a los 7.000 grados. Si la estación pudiera descender suavemente hasta posarse allí le sería posible sobrevivir durante varias horas antes de que la pesada planta acabara por hundirse a mayor profundidad, hasta alcanzar una temperatura intolerable. Pero su descenso no sería suave; caía ya con una aceleración de veintisiete gravedades, y probablemente llegaría al fondo del cono a una velocidad de varios kilómetros por segundo, a pesar de la viscosidad que presentaban los gases de la mancha. Todo se desintegraría instantáneamente en torno a Alar.

Sintió que los almohadones de la silla empujaban contra su espalda y que los brazos metálicos estaban mucho más calientes. Tenía la boca seca y la cara mojada. En ese momento recordó la provisión del capitán Andrews. Puesto que no tenía nada que hacer por el momento obedeció al súbito capricho. Se levantó, estiró el cuerpo y se encaminó hacia el gabinete refrigerado. En cuanto abrió la puertecilla sintió contra la cara sudorosa una súbita oleada de aire fresco, inspirándole un pensamiento irracional ¿por qué no acurrucarse en aquella reducida caja y cerrar la puerta? Lo absurdo de la idea le hizo reír entre dientes.

Sacó una botella de espuma y se la exprimió en la boca. La sensación era muy agradable. Con los ojos cerrados pudo imaginar al capitán Andrews ante él, diciéndole: «Es fría, y eso ya es bastante en un sitio como éste».

Guardó la botella y cerró nuevamente: la puerta. «¡Qué gesto inútil!», se dijo. La situación parecía totalmente irreal. Keiris le había advertido...

Keiris.

¿Acaso sentía ella, en aquel preciso instante, lo que él estaba enfrentando?

Sus propios pensamientos le arrancaron un resoplido. Volvió a su silla, pensando en todo aquello. ¿A qué se enfrentaba, exactamente? Había varias posibilidades, por cierto, pero sus condiciones eran idénticas: una larga espera; tras la cual sobrevendría la desaparición instantánea e indolora. Ni siquiera podía contar con algún sufrimiento prolongado e insoportable que le lanzara por el eje del tiempo, tal como le había ocurrido en el cuarto de torturas de Shey.

En ese momento percibió un zumbido bajo y hueco; al fin comprendió que eran las pulsaciones de sus propias sienas. El corazón le palpitaba a tal velocidad que ya no había latidos separados; aquello indicaba que había alcanzado los doce mil por minuto, frecuencia inferior al espectro auditivo. Estuvo a punto de sonreír: en el umbral de la catástrofe que Haze-Gaunt estaba por lanzar sobre la Tierra, aquella frenética preocupación del subconsciente por su propia supervivencia parecía súbitamente divertida.

Fue entonces cuando notó que el cuarto estaba ligeramente inclinado. Eso no era posible a menos que el gigantesco giróscopo central estuviera aminorando la marcha. El giróscopo debía mantener la estación en posición correcta a pesar de las más violentas fúculas y de los tornados más notables. Sin embargo, una ligera mirada al panel de controles indicó que nada malo ocurría con el gran estabilizador. Pero el pequeño giróscopo de la brújula estaba girando lentamente, en una forma muy extraña, pero familiar, que reconoció inmediatamente: el eje de la estación se estaba inclinando hacia fuera de su dirección vertical y rotaba en torno a su antiguo centro siguiendo una dirección en cono. El solarío había tomado un movimiento en precesión, y eso significaba que alguna fuerza titánica y desconocida estaba tratando de invertirlo contra la valiente resistencia del gran giróscopo central.

De cualquier modo, era una batalla perdida.

Por un instante imaginó la gran estación vuelta sobre sí, como una tortuga, en lenta y poderosa grandeza. El antigravitatorio a muirio instalado en la parte superior, que en ese momento contrarrestaba 26 de las 27 Gs del sol, pronto estaría por debajo,

sumándose a esas 27 Gs. Aplastado por aquellas 53 Gs, Alar pesaría aproximadamente cuatro toneladas. La sangre manaría por todos los poros de su cuerpo exprimido y deshecho, para esparcirse en un delgada capa por sobre toda la cubierta.

Pero ¿cuál era esa fuerza que pugnaba por invertir el solarío?

Los pirómetros indicaban temperaturas de convección casi idénticas a los lados, en la parte superior y en el fondo de la estación: alrededor de 5.200 grados. El calor de radiación a los costados y en el fondo de la planta era de unos 6.900 grados, como cabía esperar. Pero los pirómetros que medían la radiación recibida por la parte superior de la estación (que no debía exceder los 2.000 grados, puesto que la superficie sólo recibía la de la delgada fotosfera) alcanzaba la increíble cifra de 6.800.

La estación debía estar totalmente sumergida en el sol; así lo probaba la radiación uniforme de los lados. Sin embargo aún estaba en el vórtice de la mancha solar, como lo indicaban las corrientes mucho más frescas que la bañaban.

Había sólo una explicación posible: el vórtice de la mancha debía estar regresando a la superficie solar a través de un gigantesco tubo en forma de U. Todo lo que bajara por un brazo del tubo ascendería lógicamente por el otro brazo en forma invertida. Y ese tubo en forma de U explicaba finalmente por qué todas las manchas se producían en parejas y eran de polaridad magnética opuesta. El vórtice ionizado rotaba en direcciones opuestas en cada uno de los brazos.

Si el giróscopo central vencía al torbellino, la estación *podría*, tal vez, emerger por el otro brazo hacia la mancha gemela. En ese caso tal vez Alar *pudiera* llevar el solarío hasta un lugar seguro de la penumbra... siempre que el pulmón perforado le permitiera vivir hasta entonces. Después, las gigantescas cámaras de almacenamiento se llenarían de muirio y el sintetizador comenzaría a arrojar nuevamente al sol aquella mortal materia, causando una dantesca explosión.

De cualquier modo, aun cuando hallaran la estación durante ese intervalo, no habría rescate. El descubrimiento estaría a cargo de los vehículos imperiales y la policía se limitaría a mantener el solarío bajo observación hasta el final:

Alar, caviloso, permaneció en la silla del operador durante largo

rato, hasta que el suelo, cada vez más inclinado, amenazó con expulsarlo del asiento. Se levantó entonces, pesadamente; aferrándose a las barandillas recorrió toda la longitud del panel hasta llegar a donde estaban las enormes llaves de conexión. Allí abrió el mecanismo de seguridad del gran giróscopo central y lo arrancó en medio de una flamígera y siseante protesta. La cubierta comenzó inmediatamente a vibrar bajo sus pies; la inclinación del suelo, cada vez más pronunciada, le hizo difícil el permanecer erguido.

El cuarto giraba vertiginosamente en su torno. Alar enlazó con una sogla la llave principal que manejaba las escotillas exteriores de los depósitos. Después se ató el otro extremo a la cintura. Cuando la estación quedara invertida él caería hacia la otra pared del cuarto y la sogla atada a su cuerpo abriría las escotillas. Todo el muirio acumulado se disolvería en su materia original y la estación se convertiría bruscamente en un gigantesco cohete espacial; al menos teóricamente debía lanzarse por el brazo ascendente de la U a una velocidad inimaginable.

Cualquier ser humano moriría instantáneamente. Empero, si Alar no era humano podría sobrevivir a la fantástica aceleración inicial y acompañar a la estación hacia las negras profundidades del espacio.

La cubierta se había convertido casi en una pared vertical. El giróscopo debía haberse detenido y ya no había forma de regresar. Por un momento lamentó su decisión.

Siempre un poco más. Había vivido cinco años mediante ese método, pero ya no servía. Con la cara chorreante de sudor, resbalando, inclinándose, se aferró locamente a los lisos mosaicos de acero que formaban la cubierta. Ésta se lanzó en su dirección para convertirse en techo. Al fin Alar cayó erguido sobre lo que hasta hacía pocos minutos era el cielorraso; allí quedó, aplastado bajo las 53 gravedades, imposibilitado hasta de respirar; la conciencia se le escapaba velozmente.

Supo vagamente que la cuerda había abierto las bodegas de muirio antes de romperse bajo el enorme peso de su cuerpo. Los fragmentos astillados de las costillas, ya quebradas, le habían perforado el corazón. Estaba en agonía.

En aquel instante estalló el muirio. Cuatro mil toneladas de la

sustancia más energética descubierta por el hombre sucumbieron en milésimas de segundo, convirtiéndose en una titánica lluvia de radiación.

Alar no tenía ya sensación alguna de dolor, de movimiento, tiempo o sensación física. Nada. Pero no importaba. A su modo estaba aún muy vivo. Alar había muerto.

Sin embargo sabía quién era y cuál sería su destino...

Difícilmente podía esperarse que el espacio sólo proporcionara diversión. Uno de los desafíos del espacio lo constituía la confrontación del hombre con lo Desconocido; y lo desconocido generalmente es peligroso.

Hubiera sido fácil llenar este volumen con narraciones horripilantes. Pero, en mi opinión, lo realmente horripilante es aquello que a uno se le mete en la cabeza y a partir de ahí se desarrolla. Como ocurre en la narración de James Gunn, *Punto crítico*. Algún día llegará a escribirse una tesis acerca de lo extraño en la ciencia ficción y cómo ésta, a partir de la captura de un dragón o un animal salvaje evolucionó hasta algo mucho más metafísico, una criatura incorpórea que le ataca a uno en su punto más vulnerable, en su punto débil. Esta evolución está conectada con la tendencia de la ciencia ficción a abandonar la preocupación por la simple tecnología para prestar una mayor atención a los caracteres psicológicos.

En esta sección, el énfasis recae sobre uno de los aspectos psicológicos de la obra del espacio acerca del cual los escritores siempre han demostrado ambivalencia: el tema del exilio. Estar lejos de las presiones de la vida ordinaria, perdido entre las estrellas, viajando esperanzadamente, ¡qué cosa tan grande! Por otro lado, ¡cuántos peligros aparecen al estar lejos de casa, qué vulnerable es uno perdido en otro planeta donde las reglas pueden resultar completamente extrañas!

Un poeta del siglo diecinueve, Lord Tennyson, resumió alguno de los sentimientos ambivalentes expresados en esta sección cuando escribió *Los Comedores de Lotos*. A propósito de *Punto Crítico* dice:

Hay una confusión peor que la muerte,
Tribulación sobre tribulación, dolor sobre dolor.

Pero el exilio en la novela de Leigh Brackett, *La espada de Rhiannon*, es un exilio de otro orden, un exilio nacido del amor a lo exótico. Como señaló Tennyson cuando leyó la tortuosa novela de la señora Brackett,

Entonces alguien dijo, «Nunca regresaremos»,
Y todos se pusieron a cantar, «Nuestra isla
Está mucho más allá de la ola; nunca volveremos a vagar
por sus parajes».

Desgraciadamente, sólo se habla de asuntos del espacio en los tres primeros capítulos de *La espada de Rhiannon*. De todas las narraciones de ciencia ficción que se han inspirado en las novelas de Lowell, Rider Haggard, y de la popularidad de Edgar Rice Burroughs, la de Leigh Brackett es una de las mejores, sazónada como un espléndido plato oriental.

El lugar que elige para el exilio es Marte, donde el héroe, Matt Carse, ha retrocedido un millón de años en la historia para ser testigo de cómo era Marte entonces, para surcar los antiguos océanos, en los que ve «la flota de Jekkara volviendo a su base con velas de cinabrio formando sombras chinescas bajo la luz del ocaso», para aventurarse en tierras perdidas y entre razas remotas.

Carse, después de todas sus aventuras, decide volver a la tierra, lleno de nostalgia de Marte, aquel lugar que él ama pero que no puede considerar su casa. También hay ecos de nostalgia en la narración de Ray Bradbury; y en este caso su lugar de origen no es la tierra sino Venus. Y no hay regreso, y el sol es casi tan extraño como la Tierra. Bradbury nos invita, tal como dice Tennyson,

A abrir nuestros corazones y nuestros espíritus
A la influencia de la apacible melancolía.

Tampoco hay esperanza de retorno de Jack Vanee. Vanee es famoso por sus atrevidas obras acerca del espacio; aquí en *La Mitra* presenta una trama cuyas implicaciones resultan tremendas. Para su trágica heroína cada día es

Dolorosa tarea para los corazones destrozados por tantas guerras

Y ojos ensombrecidos mirando las estrellas fijas

como apunta Tennyson.

La Mitra es una hermosa narración; no obstante, que yo sepa, no se ha reimpresso hasta hoy. Porque los escritores de ciencia ficción viven su propio exilio. Esto es, sus escritos generalmente aparecen en oscuras revistas que suelen estar lejos de la atención del gran público. En este volumen están representadas más de una docena de estas revistas; algunas de ellas, como la *Amazing* y la *Astounding* (más tarde *Analog*) han adquirido cierto renombre con el tiempo; para otras su corta vida y el olvido han significado la tumba. *La Mitra* fue publicada en la *Vortex Science Fiction*. Esta revista sólo tuvo dos apariciones en Nueva York en el año 1953.

Al principio de los cincuenta comenzó el apogeo de las revistas de ciencia ficción. A partir de entonces también empezó a ampliarse la industria del libro de bolsillo y las revistas redujeron sus tirajes. No obstante, éstas marcaron un período particular en la historia de la literatura y de las publicaciones —un período en el que tendrán que pensar con deleite aquellos que puedan recordar cómo los libros de «western» quedaron desplazados repentinamente por las revistas de ciencia ficción, y vieron cómo todo cambió de la noche a la mañana.

Como arqueólogo, Matthew Carse estaba investigando en el pasado remoto de Marte. No fue él quien se encontró con el pasado marciano, sino éste con el arqueólogo. Y, en poco tiempo, estaba luchando por sobrevivir.

LA ESPADA DE RHIANNON

por Leigh Brackett

Al salir de la casa de Madam Kan, Matt Carse notó que alguien le seguía. Aún resonaba en sus oídos la risa de las muchachas de piel oscura, y los vapores del thil nublaban sus ojos como un velo cálido y dulce. Pero ello no le impidió advertir a su espalda, en el silencio de la fría noche marciana, el roce de unos pies calzados con sandalias.

Cautelosamente, Carse comprobó que la pistola de protones salía con facilidad de la funda. Pero no intentó despistar a su perseguidor mientras recorría las calles de Jekkara sin aflojar ni apretar el paso.

«En el Barrio Antiguo será mejor. Por aquí aún quedan demasiados transeúntes», se dijo.

Jekkara no dormía, pese a lo avanzado de la hora. Nadie duerme en los Canales Bajos, pues se hallan fuera de la Ley y allí el tiempo no cuenta. En Jekkara, en Valkis y en Barrakesh la noche no es más que un día con menos luz.

Carse continuó su camino a la orilla de las aguas negras y tranquilas del antiguo canal, abierto en el fondo de un mar ya extinguido para siempre. Vio que el viento agitaba la llama de las

antorchas siempre encendidas, y oyó fragmentos de melodía de los laúdes que nunca dejaban de tocar. Mujeres y hombres, menudos, delgados y cautelosos como gatos cruzaban por las calles en sombras, sin hacer otro ruido sino el tintineo de las campanillas que llevaban ellas. Era un sonido tan tenue como el de la lluvia, un sonido en el que se concentraban todas las dulces perversidades del mundo.

No hicieron caso de Carse, aunque las ropas de éste revelaban bien a las claras su condición de terrícola. Normalmente, la vida de un terrícola vale menos que un cabo de bujía en los Canales Bajos. Pero Carse era diferente. Los ladrones de Jekkara, de Valkis y de Barrakesh son la aristocracia del hampa. Admiran la astucia, respetan la experiencia y saben distinguir a un auténtico caballero en cuanto le ven.

Por eso Matthew Carse, ex miembro de la Sociedad de Arqueología Interplanetaria, ex asistente a la Cátedra de historia antigua marciana de Kahora, afincado en Marte desde hacía treinta de sus treinta y cinco años de edad, era bien recibido en aquella compañía, mucho más exigente, del hampa marciana. Allí había prestado el juramento de amistad que no puede ser violado.

Aunque ahora, mientras caminaba por las calles de Jekkara, uno de los supuestos «amigos» de Carse estaba siguiéndole con toda la astucia de un lince. Por un instante se preguntó si la Policía de Control terráquea habría enviado a algún agente para que siguiera sus pasos. Pero descartó en seguida tal posibilidad.

No; ningún policía enviaba hombres a Jekkara. Tenía que ser un oriundo de los Canales Bajos, impulsado por algún tejemaneje de los suyos.

Carse abandonó el canal, dando la espalda a lo que antaño fuera un fondo marino, y dirigiéndose hacia la antigua tierra firme. El terreno subía en pendiente hacia los acantilados, profundamente roídos por milenios de viento incesante. Sobre ellos se cernía el barrio viejo, resto de la que fue capital de los Reyes-Almirantes de Jekkara, cuyo imperio decayó cuando los mares empezaron a desecarse.

El Barrio Nuevo de Jekkara, es decir la parte habitada a orillas del canal, era ya viejo cuando la terrestre Ur de los caldeos surgió como aldehuela recién fundada. La antigua Jekkara, cuyos muelles

de piedra y mármol aún podían verse en el puerto ya inútil y cegado por la arena, existió en un pasado tan remoto que resultaba inconcebible para la mente humana. El mismo Carse, que conocía aquel pasado como nadie entre los terrícolas, se estremecía con sólo pensarlo.

Decidió ir allí, porque era un lugar totalmente muerto y abandonado. Es preciso, a veces, buscar la soledad para entendérselas con un amigo.

Las casas desiertas abrían sus portales a la noche. Los siglos y el viento abrasivo habían pulido sus esquinas y redondeado los dinteles de sus puertas hasta que se confundieron con el paisaje borroso y monótono. Las dos lunas, pequeñas y bajas, dibujaban sombras equívocas. No le fue difícil al corpulento terrícola envolverse en su larga capa negra para fundirse con la oscuridad y desaparecer.



Oculto detrás de una pared, escuchó los pasos del individuo que le seguía. Las pisadas se apresuraron, se hicieron más audibles; hubo unos instantes de titubeo y luego se acercaron de nuevo, cada vez más rápidas. El desconocido pasó de largo, y entonces Carse saltó como un tigre, saliendo al centro de la calle. Una fracción de segundo después aferraba entre sus puños un cuerpo menudo pero vigoroso. El perseguidor de Carse aulló de miedo al sentir en las costillas el helado cañón de la pistola de protones.

—¡No! —chilló—. ¡No dispaes! Estoy desarmado. No intentaba nada malo; sólo pretendía hablar contigo unos momentos. —Pese al miedo, su voz no lograba disimular un deje de astucia—. Tengo una cosa para ti.

Carse comprobó que su contrincante estaba efectivamente desarmado. Sólo entonces aflojó la presa. El rostro del marciano podía distinguirse con bastante claridad. Era un tipo esmirriado con cara de ratero, y no muy afortunado por cierto, según llevaba de remendada la túnica y desprovista de adornos la coraza.

Las heces y fangos de los Canales Bajos producían individuos así, hermanos del escorpión que mata traicioneramente, escondido bajo la arena. Carse no dejaba de apuntarle con su arma.

—Adelante —replicó—. ¡Habla!

—Ante todo, te diré que soy Penkawr de Barrakesh. Puede que te hayan hablado de mí.

Al enunciar su propio nombre se pavoneaba como un viejo gallo de pelea.

—Pues no —le atajó Carse.

El tono acerado con que fueron pronunciadas esas palabras era como un bofetón. Penkawr sonrió con rabia.

—No importa. Yo sí he oído hablar de ti, Carse. Como dije, te reservo un regalo. Un objeto muy raro y valioso.

—Tan raro y valioso, que te ha inducido a seguirme por las calles a oscuras hasta Jekkara, sólo para decírmelo.

Carse frunció el ceño mientras contemplaba a Penkawr, tratando de sondear su duplicidad.

—¡Bien! ¿De qué se trata?

—Acompáñame y te lo enseñaré.

—¿Dónde está?

—Escondido y bien escondido, cerca de los muelles de Palacio.

Carse asintió.

—Un objeto demasiado raro y valioso para llevarlo encima o mostrarlo en la feria de ladrones, ¿eh? Has conseguido agujonear mi curiosidad, Penkawr. Vamos a echar un vistazo a tu regalo.

Penkawr hizo brillar sus dientes puntiagudos a la claridad de las lunas y se volvió, seguido de Carse. Éste avanzaba con paso elástico, preparado para reaccionar en cualquier momento.

Su mano apenas se apartaba de la pistolera. Empezaba a preguntarse qué le pediría Penkawr de Barrakesh a cambio del supuesto «regalo».

Mientras subían por la pendiente hacia el palacio, trepando sobre arrecifes erosionados y rocas que aún presentaban huellas del oleaje marino, a Carse le pareció como si estuviera cruzando una especie de pasarela hacia el pasado. Le causaba un extraño estremecimiento el ver aquellos enormes muelles casi intactos, todavía con las marcas de los primitivos amarraderos. Bajo la extraña claridad lunar, uno casi podía imaginar...

—Entra aquí —dijo Penkawr.

Carse le siguió al interior de una oscura cabaña de piedra desmoronada, mientras sacaba de su zurrón una linterna de kriptón

para alumbrarse. Penkawr se arrodilló y empezó a hurgar entre las losas rotas del suelo, hasta encontrar un lío de trapos que envolvían un objeto de forma alargada.

Empezó a desatarlo dando muestras de un extraño respeto, casi de miedo. Carse se arrodilló a su lado. Reparó en que estaba conteniendo la respiración mientras vigilaba las finas manos del marciano. Parecía como si esperasen un acontecimiento desusado. Al aventurero se le había contagiado la tensión del otro.

La linterna arrancó un reflejo a una gema todavía medio envuelta en trapos, y luego hubo un limpio resplandor metálico.

Carse hizo un movimiento instintivo para ver mejor. Los ojos de Penkawr, rasgados como los de un lobo y amarillos como el topacio, se volvieron hacia el terrícola y por unos instantes sostuvieron la férrea mirada azul de éste. Luego Penkawr se volvió y quitó las últimas envolturas que cubrían el objeto depositado en el suelo.

Carse no hizo el menor ademán. El objeto, terso y brillante, yacía entre los dos hombres inmóviles, que no osaban respirar siquiera. La rojiza luz de la linterna iluminaba sus rostros haciéndoles semejar calaveras de sombras aceradas. Los ojos de Matthew Carse eran los del hombre que acababa de ver un milagro.

Al cabo de largo rato alargó la mano para tomar el objeto.

La mortífera pureza de sus líneas, su longitud y equilibrado perfecto, la guarda y la empuñadura negra que se adaptaba perfectamente a su ancha mano, la solitaria gema ahumada que parecía contemplarle como un testimonio viviente de sabiduría, el nombre grabado en extraños y antiquísimos jeroglíficos sobre la hoja.

Entonces habló, y su voz fue apenas un susurro.

—¡La espada de Rhiannon!

Penkawr dejó escapar el aire en un prolongado suspiro.

—La encontré —dijo—. ¡La encontré!

—¿Dónde? —inquirió Carse.

—Eso no importa. La encontré, y puede ser tuya... por un módico precio.

—¡Un módico precio! —se sonrió Carse—. Un módico precio por la espada de un dios.

—De un dios malo —murmuró Penkawr—. Desde hace más de un millón de años, Marte ha venido llamándole el Maldito.

—Lo sé —asintió Carse—. Rhiannon el Maldito, el Inmundo, el Maligno, el rebelde entre los dioses de antaño. Sí; conozco la leyenda, el relato de cómo los dioses inmemoriales vencieron a Rhiannon y le arrojaron a una tumba secreta.

Penkawr desvió la mirada y dijo:

—No sé nada de ninguna tumba.

—Mientes —replicó en voz baja Carse—. Tú has encontrado la Tumba de Rhiannon, o de lo contrario no habrías hallado esta espada. De algún modo has encontrado la clave de la más antigua y sagrada leyenda de Marte. Hasta las piedras de ese lugar valen su peso en oro para los entendidos.

—No he encontrado ninguna tumba —se emperró Penkawr y agregó en seguida—: Pero la espada vale por sí sola una fortuna. No me atrevía a venderla... Esos jekkaranos me la habrían arrebatado como fieras tan pronto como la hubieran visto.

El ladronzuelo estaba temblando de codicia reprimida.

—Tú sí podrás venderla, Carse. Pásala de contrabando a Kahora y no faltarán terráqueos dispuestos a pagar una fortuna por ella.

—Eso pienso hacer —asintió Carse—. Pero antes buscaremos los demás objetos de esa tumba.

Penkawr sudaba de angustia. Al cabo de un largo rato replicó:

—Conténtate con la espada, Carse. Es suficiente.

Le pareció a Carse que la angustia de Penkawr era una mezcla de codicia y miedo. Y no era temor a los jekkaranos, sino a otra cosa, a algo que debía ser verdaderamente terrible, puesto que vencía a la avaricia de un Penkawr.

Carse lanzó un juramento despectivo.

—¿Acaso tienes miedo del Maldito? ¿Estás temblando por una simple leyenda, tejida quizás alrededor de algún viejo rey fenecido hace un millón de años?

Se echó a reír y esgrimió la espada, haciéndole lanzar destellos a la luz de la linterna.

—No te preocupes, pequeñín. ¡Yo ahuyentaré los espíritus de los difuntos! Piensa en el dinero que podría ser tuyo. Podrías tener un palacio de tu propiedad, con cien esclavas dedicadas a hacerte dichoso.

En las facciones del marciano, el pánico luchaba con la codicia.

—Había algo allí, Carse. Algo que me espantó, sin saber por qué.

Pero la codicia ganaba por fin. Penkawr se humedeció los labios resecos.

—Aunque, bien mirado, tal vez no sea más que una leyenda, como tú dices. Y hay tesoros allí... sólo con la mitad que me corresponde tendría de sobra para vivir con más lujo del que nunca soñé.

—¿La mitad? —repitió Carse con sorna—. Te equivocas, Penkawr. A ti te toca una tercera parte.

La rabia desfiguró el rostro de Penkawr, quien se puso en pie de un salto.

—Pero ¿qué te figuras? ¡Yo descubrí la tumba! ¡Es un secreto mío!

Carse se encogió de hombros.

—Si no te gusta el reparto, puedes quedarte con tu secreto.

Guárdatelo... que ya se encargarán de sacártelo con tenazas al rojo tus «hermanos» de Jekkara, cuando yo les haya contado tu descubrimiento.

—¡Serías capaz! —se ahogó de ira Penkawr—. ¿Irías a decírselo para que acabaran conmigo?

El ratero miraba a Carse con furor impotente, mientras su adversario se erguía en toda su estatura a la luz de la linterna, con la espada en la mano, la capa medio caída de su hombro desnudo, y el collar y el cinto robados de un tesoro real lanzando destellos. No había la menor blandura en Carse, ni disposición alguna a hacer concesiones. Los desiertos y los estíos de Marte, las hambres, los fríos y los calores, le habían templado y resecado hasta no dejar más que los huesos y los nervios de hierro.

Penkawr se estremeció.

—Muy bien, Carse. Te conduciré allí... a cambio de la tercera parte del botín.

Carse asintió y sonrió.

—Me lo figuraba.

Dos horas más tarde, se encontraban en las negras colinas, erosionadas por el tiempo, que dominaban Jekkara y el lecho del mar muerto.

Aquella hora avanzada era la preferida de Carse, pues le parecía

que Marte se mostraba entonces bajo su más auténtico aspecto. Hacía pensar en un viejo guerrero, envuelto en una capa negra y con una espada rota entre las manos, perdido, añorando la llamada del clarín y las risas y el vigor de la juventud.

El polvo de las antiguas colinas sollozaba bajo el viento eterno conjurado por Fobos, y las estrellas tenían un brillo sobrenatural. Las luces de Jekkara y la gran llanura negra del mar muerto quedaban ahora muy lejos debajo de ellos. Penkawr le conducía hacia los desfiladeros, mientras sus extrañas monturas escalaban con agilidad asombrosa la traicionera cuesta.

—Así fue como tropecé con el lugar —explicó Penkawr—. Al pasar un saliente, metí el pie en un agujero... que fue haciéndose más grande a medida que se hundía la arena, y allí estaba la tumba, excavada en la misma roca del desfiladero. Pero la entrada estaba obstruida cuando yo la encontré.

A estas palabras hizo alto y se volvió para mirar a Carse con un fulgor amarillento en los ojos.

—Sí, yo la encontré —repitió—. Sigo sin comprender por qué he de cederte a ti la parte del león.

—Porque yo soy el león —replicó alegremente Carse.

Azotó el aire con la espada, satisfecho al comprobar cómo se adaptaba al flexible juego de su muñeca, y contemplando cómo resbalaba el reflejo de las estrellas a lo largo de la hoja. El corazón le latía con fuerza; era la emoción del arqueólogo, tanto como la del saqueador.

Conocía incluso mejor que Penkawr la importancia de aquel descubrimiento. La historia marciana abarca un lapso tan enorme, que su pasado se convierte en una niebla de donde sólo emergen vagas leyendas..., relatos acerca de razas humanas y semihumanas, de guerras olvidadas, de dioses desaparecidos.

Los más grandes entre aquellos dioses fueron los Quiru, héroes divinizados que eran a la vez humanos y sobrehumanos, que poseían el poder y la sabiduría. Pero hubo entre ellos un rebelde..., el oscuro Rhiannon, el Maldito, cuyo pecado de orgullo acarrió quién sabe qué catástrofe misteriosa.

Por ese pecado, según el mito, los Quiru aplastaron a Rhiannon

y lo encerraron en una tumba secreta. Y durante más de un millón de años, los hombres buscaron la Tumba de Rhiannon, pues confiaban en hallar allí el secreto de los legendarios poderes de Rhiannon.

Carse era demasiado versado en arqueología como para conceder mucha importancia a las viejas leyendas. Pero estaba seguro de que debía existir en alguna parte una tumba de incalculable antigüedad, que debió dar origen a todos aquellos mitos.

Tratándose de la más antigua reliquia de Marte, la tumba y los objetos que contuviera harían de Matthew Carse el hombre más rico de los tres mundos... si lograba sobrevivir a la aventura.

—Por aquí —dijo Penkawr de repente.

Había viajado largo rato en silencio, meditabundo.

Estaban en la parte más alejada de las colinas, a espaldas de Jekkara. Carse siguió al pícaro por un estrecho sendero, al pie de una pared de roca.

Penkawr desmontó y empujó un grueso pedrusco, revelando una cavidad en la roca. Por el agujero podía pasar con cierta dificultad un hombre.

—Tú primero —dijo Carse—. Toma la linterna.

Penkawr obedeció a regañadientes, y Carse le siguió al interior de la madriguera.

Al principio no vieron sino la oscuridad más impenetrable allí donde no llegaba la luz de la linterna de kriptón. Penkawr avanzaba furtivamente, encogiéndose como un chacal asustado.

Carse le quitó la linterna y la levantó por encima de la cabeza. La tortuosa entrada daba a un corredor excavado en la roca viva. Era de sección cuadrada y sin ornamentos, aunque la piedra aparecía espléndidamente pulida. Echó a andar por el mismo, seguido de Penkawr.

Al final del corredor había una vasta cámara. Era también cuadrada y de una sencillez magnífica, hasta donde Carse pudo abarcar. Al fondo se veía un estrado con un altar de mármol, que ostentaba un símbolo idéntico al grabado en la cruz de la espada: el ouroboros en figura de serpiente alada. Pero aquí el círculo estaba roto, la cabeza de la serpiente levantada como para mirar hacia algún nuevo infinito.

La voz de Penkawr se dejó oír como un ronco susurro por encima de su hombro.

—Aquí fue donde encontré la espada. Hay otras cosas en esta cámara, pero no he querido tocarlas.

Carse ya había entrevisto algunos objetos alineados junto a las paredes de la gran cámara, brillando tenuemente a la luz de la linterna. Colgó ésta de su cinturón y se dispuso a examinar los hallazgos.

¡Era un tesoro, en efecto! Había cotas de malla que eran verdaderas obras maestras de la artesanía, enjoyadas con piedras preciosas de variedades desconocidas. Había cascos de extrañas formas, cuyo metal lanzaba insólitos destellos. Halló también una silla grande a modo de trono, ejecutada en oro con arabescos de un metal oscuro; cada brazo lucía una gran gema de color leonado.

Carse comprendió que todas aquellas cosas eran increíblemente antiguas. Debían proceder de los más lejanos lugares de Marte.

—¡Démonos prisa, por favor! —suplicó Penkawr.

Carse se relajó y sonrió, burlándose de su propio descuido.

Por unos momentos, su personalidad de estudioso había suplantado a la del saqueador.

—De momento nos llevaremos sólo los objetos pequeños y muy adornados de piedras preciosas —dijo Carse—. Con este primer viaje ya seremos ricos.

—Pero tú serás el doble de rico que yo —replicó Penkawr con rencor—. Conozco a un terrícola de Barrakesh que me habría comprado estos objetos por la mitad de su valor.

Carse soltó una carcajada.

—Debiste recurrir a él, Penkawr. Cuando uno contrata los servicios de un buen especialista, debe saber que se exigen honorarios fuertes.

En su recorrido por la cámara se había acercado de nuevo al altar. Entonces observó que había una puerta al lado del mismo, y la traspasó, seguido a regañadientes por Penkawr.

La entrada daba a un corto pasillo, que terminaba en una maciza puerta de metal, fuertemente atrancada. Pero alguien había retirado las trancas y la puerta cedía. Sobre el dintel se veía una inscripción, grabada en los antiguos e inmutables caracteres del idioma alto marciano. Carse la leyó con soltura debida a una larga práctica.

¡Sea ésta la condena de Rhiannon, por los siglos de los siglos, según el veredicto de los Quiru, amos del Espacio y del Tiempo!

Carse empujó la puerta de metal y entró. En seguida se inmovilizó como una estatua, con los ojos muy abiertos.

Al otro lado de la puerta sólo había otra cámara, tan grande como la anterior.

Pero en esta cámara no se veía sino una sola cosa.

Era como una gran burbuja de oscuridad. Una enorme esfera hirviente de negrura, atravesada por diminutas partículas de brillo sombrío, como estrellas fugaces vistas desde algún planeta ignoto. Ante aquella siniestra burbuja de tremenda oscuridad, la luz de la linterna se quebraba y parecía retroceder con espanto.

Un temblor, un relámpago helado recorrió el cuerpo de Carse. Podía ser pavor, superstición o una especie de fuerza puramente física. Sintió que se le ponían los pelos de punta y le pareció como si la carne fuese a desprenderse de sus huesos. Quiso hablar y no pudo, con la garganta estrangulada por el pánico y la tensión.

—Esto era ese algo del que te hablé —susurró Penkawr—. La cosa que vi la primera vez.

Carse apenas le oía. Su cerebro estaba sacudido por una conjetura tan vertiginosa, que apenas conseguía abarcarla. Sentía el delirio de los científicos, el éxtasis del descubrimiento, tan semejante a la misma locura.

Aquella burbuja de temerosa oscuridad... era extrañamente parecida a la oscuridad de esos agujeros negros, allá en los remotos confines de la galaxia, donde los sueños de los científicos han querido ver una anomalía del continuum espacio-temporal: ¡ventanas hacia el infinito exterior a nuestro universo!

Increíble, sin duda. Y sin embargo, aquella misteriosa inscripción de los Quiru... Fascinado por aquel algo, pese a su aureola de peligro, Carse avanzó dos pasos.

Oyó el ligero roce de las sandalias sobre el piso de piedra, a su espalda. Penkawr se movía con rapidez, y Carse comprendió en una fracción de segundo que había cometido un error al volver la espalda a su rencoroso acompañante. Hizo ademán de volverse, levantando la espada.

Las manos de Penkawr le empujaron antes de que pudiera completar su acción. Al instante, Carse supo que sería arrojado a la

oscuridad hirviente.

Sintió una conmoción desgarradora, terrible, que torturó todos los átomos de su cuerpo, y luego perdió el mundo de vista.

—*¡Vaya a compartir la maldición de Rhiannon, terrícola! ¡Ya le dije que podía buscarme otro socio!*

Los estridentes gritos de Penkawr parecían llegar desde muy lejos, mientras Carse caía por un abismo infinito, negro y sin fondo.

Carse creyó caer por un abismo tenebroso, azotado por todos los vientos aulladores del espacio, Una caída eterna, eterna, con el horror intemporal y sofocante de una pesadilla.

Luchó con el coraje ciego de un animal atrapado en una trampa desconocida. Pero no fue una lucha física, pues de nada le valía el cuerpo en aquel vacío lóbrego y ensordecedor. Fue un combate mental, una afirmación del amor propio viril, un esfuerzo por terminar aquella caída vertiginosa a través de la nada.

Y mientras caía le sacudió una nueva impresión, aún más terrorífica. Sintió que no estaba solo en aquel despeñarse a través del infinito como en una pesadilla. Fue como tener al lado, muy cerca, una presencia oscura, fuerte y palpitante que pretendía apoderarse de él, encerrar el cerebro del hombre entre sus dedos ávidos.

Carse hizo un esfuerzo mental supremo y desesperado. El vértigo de la caída pareció alejarse, y luego sintió el roce de la piedra firme bajo los pies y las manos. Gateó con frenesí hacia delante, haciendo esta vez un intenso esfuerzo físico.

De manera bastante inopinada, se encontró fuera de la burbuja negra, de bruces sobre el suelo de la cámara interior de la Tumba.

—*¡Por los Nueve Infiernos! ¿Pero qué...?* —empezó con voz insegura, interrumpiéndose al advertir que su juramento sonaba lastimosamente, en comparación con lo que acababa de ocurrir.

La pequeña linterna de kriptón enganchada al cinto aún despedía su resplandor rojizo, y la espada de Rhiannon brillaba en su mano.

Y allí, a medio metro de él, hervía la amenazante burbuja de oscuridad recorrida por corrientes de fulgor diamantino.

Carse comprendió que toda su pesadilla de caída a través del

espacio había ocurrido durante el lapso de tiempo en que estuvo dentro de la burbuja. Bien mirado, ¿qué maldito truco de ciencia antigua podía ser aquél? Algún extraño remolino perpetuo de fuerzas, inventado por aquellos misteriosos Quiru de la leyenda, se dijo.

Pero ¿cómo creyó caer a través del infinito mientras permanecía dentro de aquella... cosa? ¿De dónde provino la terrible sensación de unos dedos titánicos ávidamente alargados hacia su cerebro mientras él caía?

«Un truco de la vieja ciencia Quirú —se dijo con desmayo—. Y las supersticiones de Penkawr le hicieron creer que me mataría al empujarme ahí dentro».

¡Penkawr! Incorporándose de un salto, Carse esgrimió la espada de Rhiannon, que lanzó destellos amenazadores.

—¡Maldita sea su estampa de pillo!

Aunque Penkawr ya no estaba allí, no podía andar muy lejos. Carse salió de la cámara con cara de pocos amigos.

Al salir a la cámara exterior se detuvo en seco. Allí había infinidad de objetos, extraños, voluminosos y brillantes, que no estaban cuando él entró.

¿De dónde habrían salido? ¿Quizá su permanencia dentro de la siniestra esfera fue más larga de lo que creía? ¿Tal vez aquellos objetos fueron hallados por Penkawr en alguna cripta secreta, y guardados allí hasta que volviese el ratero?

El asombro de Carse crecía sin límites a medida que iba contemplando aquellos objetos que ahora se exhibían junto a las cotas de malla y demás obras de artesanía vistas al entrar. El nuevo hallazgo no parecía formado por cosas de adorno, sino más bien por instrumentos delicadamente trabajados, de complicadas formas, cuya utilidad no lograba adivinar.

El más voluminoso de ellos era una rueda de cristal del tamaño de una mesita, montada horizontalmente sobre una esfera de metal mate. La llanta de la supuesta rueda estaba constelada de piedras preciosas, talladas en formas poliédricas perfectas. Había también otros aparatos más pequeños, hechos con prismas de cristal y tubos articulados, y otros que parecían anillos metálicos concéntricos, así como serpentinas y haces de tuberías.

Aquellos objetos, ¿podían ser los restos incomprensibles de una

antiquísima ciencia marciana, totalmente desconocida hasta entonces? Tal suposición parecía inverosímil. El Marte del remoto pasado, según los eruditos, había sido un mundo de saber rudimentario, un mundo de corsarios portadores de espadas, cuyas galeras y reinos habían chocado en océanos ya desaparecidos.

Sin embargo, ¿podía ser que en un Marte del pasado aún más remoto existiese una ciencia de recursos ahora desconocidos e indescifrables?

«Pero ¿dónde pudo encontrarlos Penkawr, cuando no los habíamos visto antes? Y ¿por qué se ha ido sin llevarse nada?».

Al recordar a Penkawr comprendió que cada instante de vacilación era una ventaja concedida al pequeño ratero. Blandiendo la espada con energía, Carse giró sobre sus talones y cruzó a la carrera el pasillo de piedra que daba al exterior.

A medida que avanzaba, Carse notó que la atmósfera de la tumba tenía una humedad extraña. Ésta se condensaba en forma de agua sobre las paredes. Al entrar no había observado aquella humedad tan poco marciana, y ello le sorprendió.

«Probablemente serán filtraciones de algún caudal escondido, como los que alimentan los canales —pensó—. Pero no estaban aquí antes».

Dirigió la mirada al suelo del corredor. La capa de polvo era tan gruesa como la que había visto al entrar. Pero ahora no se veían en ella huellas de pasos. Ninguna pisada, excepto las que iba imprimiendo él mismo.

Una duda horrible, una sensación de irrealidad, agarrotaron a Carse. La humedad antimarciana, la desaparición de las pisadas..., ¿qué había ocurrido con todas las cosas mientras él estuvo encerrado dentro de la burbuja negra?

Llegó al final del corredor de piedra. Estaba cerrado, condenado por una enorme losa monolítica de piedra.

Deteniéndose en seco, Carse miró la losa con ojos desorbitados. Luchando contra la creciente sensación de espantosa irrealidad, quiso buscar una explicación racional.

—Esa puerta de piedra debía estar ahí, aunque yo no la viese... y Penkawr la habrá cerrado para evitar que le persiguiese.

Intentó apartar la losa. Ésta no se movió. Además, no presentaba ni rastros de cerradura, tirador o bisagra de ninguna especie.

Por último, Carse retrocedió un par de pasos y sacó la pistola de protones. El rayo atronador de fuego atómico reverbero sobre la piedra, rompiéndola y arrojando fragmentos en todas direcciones.

Era una piedra muy gruesa. Mantuvo el gatillo apretado durante varios minutos. Entonces la losa se rajó con un estampido hueco, reverberante, y los pedazos cayeron hacia dentro.

Pero al otro lado no apareció el aire libre, sino una capa maciza de tierra color rojo oscuro.

—Toda la tumba de Rhiannon... sepultada, ahora. Penkawr se habrá propuesto enterrarme vivo.

Carse no lo creía en realidad. No creía ni una sola palabra, pero deseaba creer, porque empezaba a sentirse más y más espantado. Y la causa de su espanto era una causa imposible.

Ciego de rabia, siguió dirigiendo el rayo de su pistola para abrir zanja en la masa de tierra que bloqueaba la salida. Así trabajó largo rato, hasta que de súbito el rayo cesó por haberse agotado la carga de la pistola. Arrojó a un lado el arma inutilizada y atacó la masa calcinada y humeante con la espada.

Jadeante, sudoroso, con la mente hundida en un torbellino de especulaciones confusas, excavó el terreno blando hasta ver ante sí una rendija de brillante luz diurna.

¿Luz diurna? Entonces, había permanecido en la misteriosa burbuja de oscuridad más tiempo del que creyó.

Una corriente de aire penetró a través de la rendija, dándole en el rostro. Era aire caliente. Un viento caliente y *húmedo*, absolutamente insólito en los desiertos de Marte.

Carse terminó de abrirse paso y salió afuera, a la luz del día.

Hay circunstancias en que uno se queda sin emoción, sin reacciones. Circunstancias en que todos los centros nerviosos quedan embotados; los ojos ven y los oídos oyen, pero nada de eso es recogido por el cerebro, el cual se protege así para no caer en la locura.

Por último quiso reírse de lo que veía, pero su propia risa le sonó como un sollozo forzado y sofocante.

—Un espejismo, ¡claro! —susurró. No es más que un gran espejismo. Grande como todo Marte.

La brisa caliente agitó su cabello leonado y le ciñó la capa contra las piernas. Una nube viajera ocultó el sol por breves instantes, y en algún lugar se oyó el estridente grito de un pájaro. Carse permaneció inmóvil.

Estaba viendo un océano.

La vasta extensión de agua en perpetua agitación alcanzaba hasta el horizonte, blanquecina, lanzando destellos de una trémula fosforescencia visible incluso a pleno día.

—Un espejismo —insistió con tozudez, mientras su mente en desvarío se aferraba con la desesperación del pánico a aquella única explicación—. Eso debe ser, puesto que todavía estoy en Marte.

Era Marte en efecto; era todavía el mismo planeta. Las mismas colinas que había cruzado con Penkawr la pasada noche.

Aunque, bien mirado, ¿eran realmente las mismas? Antes, la cueva de entrada a la Tumba de Rhiannon quedaba al pie de una pared de roca. Ahora Carse estaba sobre una extensa ladera cubierta de hierba.

A sus pies se extendía una cadena de lomas verdes y marchas sombrías de bosque, donde antes era todo desierto. Colinas verdes, arbolado verde y un río plateado que serpenteaba por un desfiladero hacia lo que antes era un fondo marino seco, pero ahora... era el mar.

Carse volvió hacia éste sus ojos enturbiados, recorriendo la extensa línea costera hasta donde se perdía en la lejanía. Y allí lejos, sobre aquella costa bañada por el sol y el mar, distinguir los blancos perfiles de una ciudad, y supo que era Jekkara.

Jekkara, rutilante y viva entre verdes colinas y un poderoso océano. Un océano inexistente en Marte desde hacía casi un millón de años.

Matthew Carse supo entonces que no se trataba de ningún espejismo. Se dejó caer sentado en el suelo y ocultó el rostro entre las manos. Su cuerpo era sacudido por dolorosos estremecimientos, y clavó las uñas en su propia carne hasta que hizo correr la sangre por sus mejillas.

Por fin había comprendido lo que le ocurrió dentro de aquel remolino de oscuridad. Creyó escuchar una voz helada repitiendo las amenazantes palabras de cierta inscripción, como ecos cae un trueno lejano.

«Los Quiru son los amos del Espacio y del Tiempo... *del Tiempo...* ¡DEL TIEMPO!».

Mientras contemplaba con los ojos muy abiertos las verdes colinas y el blanquecino mar, Carse hizo un tremendo esfuerzo por asimilar lo inconcebible.

«He sido arrojado al pasado de Marte. Durante toda mi vida estudié ese pasado, concentré mi fantasía en él. Ahora lo estoy viviendo. Yo Matthew Carse, arqueólogo, renegado y profanador de tumbas».

«Los Quiru, cualesquiera que fuesen sus razones, construyeron un acceso, y yo he pasado por él. Para nosotros el Tiempo es la dimensión desconocida, ¡pero los Quiru lo conocían!».

Carse había estudiado las ciencias. Para llegar a ser un arqueólogo interplanetario era preciso dominar los fundamentos de media docena de disciplinas, por lo menos. Frenéticamente, pasó revista a su memoria en busca de una explicación.

¿Tal vez había sido acertada su primera intuición acerca de aquella burbuja de oscuridad? ¿Y si fuese realmente una discontinuidad del universo. En tal caso, podía entender lo ocurrido, siquiera fuese aproximadamente?

Pues el continuum espacio-temporal era cerrado, finito. Esto lo habían demostrado Einstein y Riemann hacía muchos años.

Sin embargo, él fue arrojado fuera de dicho *continuum*, para volver a entrar en él... pero en una dimensión temporal distinta de la propia.

¿Podía ser ése el significado de lo escrito por Kaufman? «El Pasado no es sino el Presente-que-existe-a-cierta-distancia». En tal caso, Carse no habría hecho sino regresar a ese otro Presente lejano. Eso era todo; no había motivo para asustarse.

Pero no por eso *dejaba* de estar asustado. El horror de aquella transición delirante a un Marte verde y feraz, como debió de serlo milenios atrás, arrancó de sus labios un grito de espanto.

Ciegamente, sin darse cuenta de que aún empuñaba la valiosa espada, se puso en pie de un salto, disponiéndose a regresar a la escondida Tumba de Rhiannon.

—Puedo volver por el mismo camino, cruzando de nuevo esa discontinuidad del universo.

Se detuvo con el cuerpo recorrido por un temblor convulsivo. No se veía capaz de enfrentarse otra vez a aquella masa de negrura

hirviente; no se atrevería a sumergirse de nuevo entre dimensiones infinitas.

No se atrevía. Él no poseía la ciencia de los Quiru. En aquella peligrosa inmersión a través del tiempo, sólo un azar había determinado su salida al pasado remoto. No podía contar con que otra casualidad le devolviese a su propia época, en el lejano futuro.

«Aquí estoy —se dijo. Estoy en el pasado inmemorial de Marte, y aquí me quedo».

Volvió sobre sus pasos y se detuvo para recorrer con la mirada aquel espectáculo increíble. Así permaneció largo rato, inmóvil. Las aves marinas se acercaban, contemplándose unos instantes para luego alejarse con un quiebro de sus alas blancas y puntiagudas. Las sombras empezaron a alargarse.

Volvió la mirada hacia las blancas torres de Jekkara, allá a lo lejos, espléndidas bajo el sol que descendía sobre el puerto. No era la Jekkara que él conocía, madriguera de ladrones de los Canales Bajos, campo de ruinas cubiertas de polvo, pero al menos suponía una relación con algo familiar. Relación que Carse necesitaba desesperadamente.

A Jekkara encaminaría sus pasos, pues, procurando no pensar. Tendría que abstenerse de pensar, o de lo contrario iba a perder la razón.

Carse aferró el puño enjovado de la espada y empezó a bajar por la cuesta verdeante de hierba.

La nave estaba construida a prueba de todo, pero los hombres que estaban en su interior podían estar sometidos individualmente a horribles tensiones. Desgraciadamente, aunque los hombres lo sabían no podían creerlo. Los extraños si podían... y así lo hicieron.

PUNTO CRÍTICO

por James Gunn

Enviáronme una unidad de vanguardia para explorar el nuevo planeta. La unidad viajaba en el Ambassador y aterrizó siguiendo las señales secretas que seguía una caja informe que había depositado una anterior patrulla de exploración. Luego se asentaron en G.H.Q. y entonces comenzó el mismo tipo de preocupación que se daba en cada unidad de vanguardia.

Y no se trataba de la nave. El Ambassador era una máquina perfecta, automática, con autoajuste, con autorregulación. Estaba construida para que durara eternamente y para que fuera capaz de llevar a cabo su cometido sin ningún fallo en ninguna de las condiciones posibles mientras hubiera un universo a su alrededor.

Pero una unidad de vanguardia está compuesta de hombres. Los factores de seguridad son indeterminables; los mecanismos de sus resortes internos son imprevisibles y variables. La fortaleza de la unidad es la suma de las fortalezas de sus miembros. La debilidad de la unidad puede ser el resultado del simple fallo de un solo hombre.

Bip... bup...

—¡Gotcha! —dijo Ives. Ives era Comunicaciones. Tenía la vista

rápida, tenía las manos rápidas. Era corpulento, casi grueso, pero ágil—. Narices —gruñó, y subió el volumen.

Bip... bup...

—¿A qué estáis esperando? —dijo Johnny. Johnny era el piloto, era joven, inteligente, escueto. Sus movimientos eran tan controlados y decisivos como los de la propia nave, en la que tenía una inquebrantable fe. Se sentó en su butaca frente al cuadro de mandos.

Bip... bup...

—Estamos esperando que la máquina haga su trabajo —dijo Hoskins, el ingeniero. Era un hombre apacible, de mediana edad, con una frente ancha, con unos ojos azules detrás de sus viejas gafas. Compartía el interés de Johnny por la máquina, pero más bien con incompreensión que con admiración—. Pero siempre es agradable ver cómo va.

Bip... bup...

—Estupendo —dijo el capitán Anderson pausadamente, lo mismo que hubiera podido hablar del aterrizaje de la nave siguiendo las señales de la pequeña caja informe que había depositado el Survey en el planeta inexplorado, o del planeta mismo, o incluso acerca de la perfecta integración de su tripulación.

Bip... bup...

Paresi no dijo nada. Tenía las cejas y la nariz tan sensitivas como un radar, y sus ojos eran negros y luminosos. Los rostros y las expresiones eran para él lo mismo que para el ingeniero los indicadores y los reguladores. Paresi era el médico, y tenía mucha intuición y mucha habilidad para detectar enfermedades invisibles. Lo miraba todo y comprendía muchas cosas. Se apoyó contra la mampara y pasó la mirada por cada uno de los miembros de la dotación. Ocasionalmente, sus bigotes se erizaron como los mostachos de un gato mirando un pájaro.

Apenas audible, leve como el azul de por encima de una colina distante, hambriento y perdido como el grito de amenaza de muerte para toda una familia, llegó el fino sonido de la atmósfera contra el casco de la nave.

Transcurrió una hora.

Bup-bup-bup-bup-bup...

—¡Haz callar ese trasto!

Ives miró al piloto, sobrecogido. Su voz se convirtió en un susurro. Paresi se aproximó a Johnny.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Su voz parecía el ronroneo de un felino.

Johnny volvió la mirada hacia él rápidamente y espetó.

—Puedo hacerlo —dijo—, para eso estoy aquí. Quisiera creer que puedo hacerlo. No me resulta posible creer que el autopiloto haya decidido por sí mismo y haya elegido un rumbo.

Johnny tiró de las palancas de control. La nave le ignoraba, el rumbo parecía realmente fijo. La nave computaba la altitud, la gravedad, la polarización magnética, la presión atmosférica, y el viento; todos estos datos eran usados y computados, y ajustados sin contar en absoluto con los controles manuales. La nave servía perfectamente a los hombres que conducía y al mismo tiempo los ignoraba de una forma absoluta.

Johnny se volvió para mirar a sus compañeros y al mismo tiempo echar una ojeada a lo que ocurría allá abajo. La mirada de Paresi siguió el mismo curso. Era un hermoso planeta, tal vez tenía un aspecto más verdoso que la Tierra. Parecía mucho más urbanizado. Tenía cierto aire de mundo controlado, organizado y en el que era posible vivir en paz.

Los cohetes de frenado atronaron cuando Johnny soltó el control. Paresi meneó la cabeza cuando vio que la mano del piloto se movió, porque sabía que quien lo había hecho era el autopiloto y el movimiento de Johnny era sólo un reflejo y un impulso producido por la máquina. Los muchachos, bien adiestrados, estaban atentos y alerta, lo bastante como para darse cuenta de que si algo fallaba en la máquina iba a repercutir en todos sus destinos.

Pero, desde luego, la máquina no falló.

Entonces bajo ellos aparecieron campos parcelados que parecían un edredón hecho con retales. Nada se movía sobre ellos. Hoskins se asomó a la ventanilla y miró abajo.

—Muy pastoril —dijo—. Precioso.

—No están muy avanzados —dijo Ives.

—O han ido demasiado lejos —dijo el capitán Anderson.

Johnny gruñó:

—No hay fábricas. No hay puentes. No hay establos ni senderos. El capitán se sonrió y dijo:

—Ciertas culturas llegan a una civilización tecnológica partiendo de un estatus agrario, y otras llegan a lo pastoril mediante la tecnología.

—¡Bah! No sé —dijo Johnny escuetamente, con la mirada perdida.

La mano de Paresi tocó la mano del capitán y éste no dijo nada.

Pwing-g-g.

—Listos para aterrizar —dijo el capitán.

Ives y Hoskins se dirigieron a los paneles de control que estaban a la cabeza de la nave. Paresi y el capitán se situaron en sus puestos, que flanqueaban el tablero principal de mandos.

Johnny tocó un control que hizo que los pistones hidráulicos de su asiento quedasen liberados. Tanto la butaca como todos los demás elementos accesorios precisos para cualquier aterrizaje ya no serían necesarios mientras funcionaran los campos de gravedad y de inercia artificiales; era un ritual.

La nave fue rozando las copas de los árboles y se dirigió hacia un macizo rocoso. Tras un potente impulso de su sistema de navegación el aparato pudo evitar el choque contra la cresta mellada del macizo. Se produjo un fogonazo, luego otro y la nave recorrió la ladera de una colina y fue a posarse sobre el terraplén que se encontraba sobre su base. Fijó la trayectoria y redujo velocidad, pareciendo que el suelo subía en vez de descender la máquina. Fue un momento de semivuelo, de semideslizarse, y luego se produjo una nube de polvo y una humareda que les envolvió. Cuando todo fue aclarándose, ya formaban parte del llano, parte del planeta.

—Buen aterrizaje, John —dijo Paresi—. Hoskins frunció el ceño. Paresi esbozó una amplia sonrisa, y el intercambio entre ellos estaba claro: *¿Por qué provocas al muchacho? y tranquilo ingeniero, sé lo que me estoy haciendo.* Hoskins se encogió de hombros y, junto a Ives, se dirigió hacia el tablero de comunicaciones.

Ives manipuló con destreza los controles y observó cuidadosamente los indicadores.

—Eso es más que un buen aterrizaje —gruñó—. Ese transmisor que depositamos ahí no puede estar a más de cien metros. Es la primera vez que veo algo semejante. Eso sí que es vista.

Johnny se puso en tensión y paseó su mano, de un modo

sensitivo, por encima del cuadro de mandos, como si se tratase de una mujer.

—Porque... ¿cuánto suele usted aproximarse?

—Tanto como permite el Survey —dijo el capitán—. Normalmente el emisor se encuentra en un entorno de unas dimensiones que resultan las de un continente. Pero, en esta ocasión, creo que nos hemos superado. Casi hemos aterrizado encima de él. Hoskins asintió:

—Usualmente está enterrado en alguna jungla, o en el fondo de algún océano. Pero esta vez hemos acertado. ¡Vaya tripulación! Nueve octavos de la gravedad terrestre, una atmósfera semejante a la de la Tierra.

—Rica en argón —dijo Ives—. Muy rica.

—Eso significa que no hay gran diferencia —añadió Hoskins—. La temperatura es la propia de un verano temprano en nuestro planeta... parece como si nos sirvieran las cosas en bandeja.

Paresi dijo, como si hablara consigo mismo:

—Las cosas fáciles me preocupan.

—Sí, lo sé —dijo Johnny estirándose—. Siempre resulta difícil estar en vanguardia. A nadie le gusta ser el primero en probar un plato nuevo. Aunque la distancia más corta de un punto a otro sea la recta, cuídate de tomar ese camino... acuérdate del Viejo Edipo.

—Corta, Johnny —espetó el capitán Anderson—. Tal vez el razonamiento de Paresi pueda parecer demasiado tortuoso en un día tan hermoso como el que hace hoy. Pero recuerda: la vigilancia eterna no es sólo el precio de la libertad, como dicen las viejas escrituras. Es el precio de la existencia. Sabemos que estamos aquí, pero no sabemos dónde estamos, ni lo sabremos hasta que estemos de vuelta a nuestro lugar de origen. Realmente, esto es *Terra Incógnita*. La ubicación de la Tierra, o incluso de nuestra parte de la galaxia, es algo que tiene que quedar oculto a toda costa, en tanto no estemos seguros de que no vamos a encontrarnos con una cultura más fuerte que la nuestra y a la vez superior. No hay ninguna posibilidad de que lo desconocido pueda perjudicar a la Tierra. No puede concebirse que exista un método para obtener información acerca de nosotros, de no ser a través de la caja emisora que depositó aquí el Survey.

—Está bien, Johnny. Aunque esto sólo parezca una tontería, es

un ejemplo de todo lo que debemos tener en cuenta.

—Diablos —dijo el piloto—. Ya lo sé. Simplemente quería no oír más sandeces.

Extrajo un cigarrillo de su túnica y sacó el encendedor, frunció el ceño, miró el encendedor, e intentó por segunda vez que funcionara.

—¡Maldito trasto! —exclamó—. No funciona. ¡Me disgustan las cosas que no funcionan!

Paresi estaba a su lado y le observaba con mirada felina.

—Ahí tienes fuego. Tranquilo, Johnny. Un mechero estropeado no es tan importante.

Johnny echó una mirada hosca a su encendedor y murmuró:

—Tiene garantía. Cuando regresemos voy a llevarlo a la fábrica para que me lo cambien por otro nuevo.

Hizo un gesto expresivo para describir lo que estaba explicando, y luego volvió a guardar el mechero en su bolsillo.

La voz gruesa de Ives interrumpió, procedente del panel de comunicaciones:

—¡Eh! —dijo—. Quizá los nativos sean primitivos... No se oye ninguna señal de radio por ninguna parte. Tampoco se captan líneas de tensión. Seguro que son unos gañanes.

Johnny miró al valle dormido y silencioso. En su voz todavía podía advertirse su irritación por lo del mechero.

—Hay que ver. Sin videos ni trideos. Sin carreras de reactores ni perceptores. ¿Cómo empleará el tiempo la gente en un lugar así?

—Libros —dijo Hoskins, casi ausente—. Ajedrez, conversación.

—No sé qué es el ajedrez, y la conversación puede ser maravillosa si uno quiere decirle a alguien algo así como: «tráeme un bistec» —dijo Johnny—. Larguémonos de este agujero —dijo al capitán.

—A su debido tiempo —dijo el capitán—. Ives, trata de localizar cualquier cosa. Intenta ajustar las frecuencias de radio. Si aparece el menor indicio de radiación, aunque sea en el otro extremo del planeta, queremos saber de qué se trata. Hoskins, prepara los trajes para bajar a tierra... el alimento, el agua, el oxígeno, la radio, y todo lo demás. Sea o no un planeta parecido a la Tierra, con características semejantes, no vamos a bromea con posibles virus extraños. Johnny, quiero que explores ese valle en todas direcciones

y que me levantes un plano de, al menos, tres dimensiones.

La tripulación comenzó a trabajar. Ives y Hoskins lo hicieron decididamente. Johnny, haraganeando, como si estuviera realizando algún ritual con chiquillos. Paresi se inclinó sobre un estereomicroscopio, manipulando controles que se dirigían hacia bacterias aerobias y hongos y los colocaban bajo su objetivo. El capitán Anderson se situó junto a él.

—Podríamos salir de la nave como si estuviéramos en Muroc Port —dijo Paresi—. Esos organismos no pueden ser más parecidos a los de la Tierra. Es increíble: se diría que han sido puestos aquí para despistarnos.

El capitán rió.

—A veces tiendo a estar de acuerdo con Johnny. Jamás había encontrado un tipo tan suspicaz como tú. ¿Cómo llegaste a firmar tu contrato?

—Olvidé un par de cláusulas —dijo Paresi—. Mire...

En aquel instante, el normalmente imperturbable Ives lanzó un grito, una especie de gruñido que invadió toda la cabina, en un eco que parecía interminable. Paresi y el capitán se volvieron. Hoskins acababa de aparecer por el pasadizo y sostenía una botella de oxígeno, y sus miembros estaban agarrotados debido al sonido agudo que había lanzado Ives. Johnny se agitó como si el resonar de aquel gruñir hubiera sido un rugido de león. Estaba tenso. Apoyó su espalda contra la mampara de la cabina y quedó dispuesto para luchar o saltar. El grito de Ives era indescriptible, y era el único sonido capaz de producir semejante efecto en aquella variedad de hombres... semejante inmovilización.

Ives estaba sentado frente al panel de comunicaciones, como si estuviera hipnotizado por éste. Estiró uno de sus grandes brazos, renuente, y pulsó un botón.

Toda la habitación quedó inmersa en un suave zumbido.

—Un mensaje —dijo Ives.

Luego se oyeron las palabras. Eran palabras inglesas, pronunciadas sin error, con precisión, con claridad y ruidosamente. Eran palabras inocentes, incluso agradables.

Eran: «¡Hombres de la Tierra! Bienvenidos a nuestro planeta».

La voz quedó suspensa en el aire. Las palabras sonaron en el silencio como insectos revoloteando sobre un alfiler. Luego, la voz

se desvaneció, y se produjo un silencio total y denso. El zumbido de la conexión cesó. La botella de oxígeno de Hoskins golpeó contra la superficie de acero produciendo un breve destello y un sonido de alta frecuencia.

Entonces todos volvieron a respirar.

—Ahí están tus granjeros, Johnny —dijo Paresi.

—Caballo tres alfil dama —dijo Hoskins tranquilamente.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Johnny.

—Otra vez se trata de ajedrez —dijo el capitán—. Un gambito.

Johnny se llevó un cigarrillo a los labios, sacó su encendedor del bolsillo y trató de encender.

—Maldición. Dame fuego, Ives.

Ives lo hizo, mientras, por encima de su robusto hombro, le decía al capitán:

—Por si puede interesarte, no hay ninguna posición determinada en esa emisión. Mis detectores de dirección indicaban que la señal provenía simultáneamente de cuarenta misteriosos transmisores colocados en círculo alrededor de la nave, y éste es su modo de decir «no sé».

El capitán se acercó al globo de observación de la parte delantera del panel de control y escudriñó. Vio el valle, la cálida luz de media tarde, las laderas demasiado verdes y las distancias azul-verde. Árboles, rocas, y un pájaro.

—No funciona —murmuró Johnny.

El capitán le ignoró.

—*Hombres de la Tierra* —repitió para sí—. Ives, creo que han llegado hasta el emisor del Survey y han analizado su origen. ¡Lo saben todo acerca de nosotros!

—No, porque no pueden —dijo resueltamente Ives—. El Survey envía esas emisoras a través de espacios de segundo orden. Luego se materializan cerca de un planeta y descienden. No es posible computar su trayectoria ni desde la Tierra ni desde ninguna parte porque quedan a merced de lo que ocurra en la condición de segundo orden. Los elementos de que está constituida la caja emisora están preparados cuidadosamente con formas isotópicas que podrán provenir de cualquiera de las nueve galaxias que conocemos, o tal vez de otras. Y todo lo que hacen es emitir una señal VUHF que dice *bip* primero, *bup* después, y, en medio *bup-bup*.

No habla Inglés, ni menciona el planeta Tierra, ni anuncia la llegada de nadie ni sus propósitos, ni enseña normas de urbanidad. El capitán Anderson extendió sus manos.

—Pues lo habrán sacado de alguna parte. No les hemos dicho nada. La nave y la caja son los únicos objetos terrestres que hay en este planeta. Por tanto, han obtenido la información de la caja.

—Razonas como Euclides —dijo Paresi admirado—. Pero no olvides que la geometría es una escuela artificial, basada en axiomas arbitrarios. No sirve para las ocasiones en que la distancia más corta no es la línea recta... Yo sugeriría que recopiláramos datos y dejásemos las conclusiones para más tarde.

—¿Cómo crees que lograron la información? —terció Ives.

—Creo que nos basta con saber que la tienen y es mejor dejar los análisis para cuando tengamos más datos. Ives volvió a su puesto y movió un interruptor.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el capitán.

—¿No crees que deberíamos responder?

—Apaga, Ives.

—Pero...

—¡Apaga!

Ives cortó. Una expedición es un grupo informal pero altamente democrático, y, cuando la situación lo requiere, todos los miembros que la componen saben dónde está la autoridad.

El capitán dijo:

—No les podemos decir nada sin aportarles una mayor información. Nada. Según parece, a ellos puede resultarles muy importante saber si hemos recibido su mensaje o no. Nuestro contramovimiento es no hacer nada.

—¿Quiere decir que nos vamos a estar aquí cruzados de brazos hasta que ellos hagan algo más? —dijo Johnny sorprendido.

El capitán le golpeó amistosamente la espalda.

—No te preocupes. Vamos a hacer algo distinto de las comunicaciones. Hoskins... ¿están listos esos trajes para bajar a tierra?

—Sí —dijo Hoskins con viveza. Recogió la botella de oxígeno y desapareció.

Paresi dijo:

—Algo tendremos que hacer si no contestamos.

El capitán apretó las mandíbulas.

—Hacemos lo que podemos, Nick. Hacemos lo mejor que podemos. ¿Tienes alguna idea mejor?

Paresi se encogió de hombros y sonrió.

—Arrasarlo todo. Y cuando todo esté limpio, ya sabes lo que pasa.

—Lo sabría mejor saltando sobre ti —dijo el capitán devolviéndole la sonrisa al doctor—. Johnny, Hoskins. Preparaos para formar una patrulla de exploración.

—Yo voy —dijo Paresi.

—Va Johnny —dijo escuetamente el capitán—. Y va a ir porque es su primer viaje, y porque si no tiene nada que hacer va a reventar. Y Hoskins va a ir porque todos nosotros tenemos tareas más indispensables que el ingeniero. Ives se queda porque lo necesitamos para las comunicaciones. Yo me quedo para coordinar el interior con el exterior. Tú te quedas porque, si algo ocurre, prefiero que te encargues de curar a los hombres antes que intentar curarte yo a ti.

Miró a Paresi y añadió:

—¿Te parece un argumento sólido?

—Sólido.

—Comprueba, Johnny —dijo Ives por un micrófono.

La voz duplicada de Johnny desde el interior de su casco que todavía mantenía la celada abierta, a través del micro, dijo:

—Te oigo bien.

—Comprueba, Hoskins.

—Si no te hubiera visto nunca —dijo su interlocutor tranquilamente—, hubiera creído que estabas aquí dentro del traje conmigo.

—Evidentemente, el casco de Hoskins estaba cerrado.

Los dos hombres se introdujeron desordenadamente en la cabina, y parecían fantasmas vestidos de camaleón. Y, al igual que éstos, adaptaban su color al de las paredes.

—Algún día —gruñó Johnny—, habrá un tipo de traje en el que podrás marcar tu...

—Espera a estar de vuelta —dijo el capitán—. Ahora escucha esto, Johnny: ponte en marcha. Primero saldrás tú porque eres más rápido. Permanece en la esclusa durante treinta segundos hasta que

se abra la compuerta que da al exterior. Cuando Ives te dé la señal, sales, das la vuelta hasta babor y apoyas tu espalda contra la parte del casco opuesta a la compuerta. Ten tu arma a punto, pero apunta hacia el suelo... ¿me oyes? Hacia el suelo, de modo que quienquiera que esté observando comprenda que vas armado pero no estás atacando. Hoskins, entretanto, tú estarás en la esclusa con la compuerta abierta. Cuando Johnny te diga que no hay peligro, saltas y te resguardas apoyándote contra la compuerta. Luego permaneceréis ambos donde estéis hasta recibir nuevas órdenes. ¿Está claro?

—Vale.

—Sí.

—Estáis adecuadamente cubiertos desde la nave. No disparéis sin previa orden. No podéis alcanzar nada con las armas que nosotros no podamos detectar primero con el proyector... excepto si os encontráis a menos de diez metros de la nave. Incluso entonces, es preciso que describáis lo que veis antes de disparar sin haber recibido órdenes concretas, de no tratarse de una emergencia extrema. Un solo disparo equivocado o a destiempo podría hacernos retroceder mil años junto con este planeta. Recordad que esta nave no se llama *Asensio* o *Guerrero*, ni siquiera *Héroe*. Es la nave terrestre *Ambassador*. Adelante. Y buena suerte.

Hoskins retrocedió e indicó a Johnny que pasara.

—Usted primero.

Los dientes de Johnny brillaron detrás del cristal de su casco. Hizo chocar sus tacones y se inclinó en una reverencia, parodiando a un antiguo cortesano. Pasó delante de Hoskins y pulsó el botón que controlaba la esclusa.

Esperaron. No ocurrió nada.

Johnny frunció el ceño y volvió a pulsar el botón. Y luego repitió la operación. El capitán comenzó a hablar, y después permaneció en silencio, expectante. Johnny alargó el brazo hacia el botón, lo tocó, y a continuación lo aporreó salvajemente. Retrocedió dando un traspies. Se volvió parcialmente hacia los demás. Su voz, tal como se transmitía a través del sistema de microfonía, sonaba como los primeros acordes de una tenebrosa sinfonía, con una gravedad profética.

—La compuerta no se abre —dijo.

II

Los extremos de misticismo y pragmatismo tienen sus propias expresiones de culto. Cada uno tiene su forma, y la diferencia entre ellos es la diferencia entre deus ex machina y deus machina est.

E. Hunter Waldo

—Claro que se abre —dijo Hoskins. Pasó delante del piloto aturdido y pulsó confiado el botón.

La compuerta no se abrió.

Hoskins dijo:

—¿Humm? —como si le hubieran hecho una pregunta inaudible, y luego volvió a intentar abrir la compuerta. No sucedió nada.

—Capitán —dijo por encima de su hombro—, eche un rápido vistazo a los aparatos de medición que tiene ahí detrás. ¿Estamos recibiendo energía auxiliar?

—Todo está bien —dijo Anderson después de mirar el tablero—. Y no se aprecia ninguna insuficiencia.

Hubo un silencio puntuado por el leve ruido seco del control mientras Hoskins lo manipulaba.

—Bien, ¿qué te parece?

—No funciona. No quiere funcionar.

—Claro que funcionará —dijo rápidamente Paresi, lleno de convicción—. Tranquilo, Johnny.

—No funcionará —dijo Johnny—. No funcionará.

Fue dando traspiés hasta el otro extremo de la cabina, mirando fijamente la compuerta cerrada, con la cabeza un poco inclinada a un lado, como si estuviera esperando que le gritara.

—Déjame probar —dijo Ives, acercándose a Hoskins. Luego extendió su brazo.

—¡No! —gritó Johnny.

—Cállate, Johnny —dijo Paresi.

—De acuerdo, Nick —dijo Johnny. Abrió su celada y se dirigió a la parte trasera de la cabina, abrió una litera de aceleración y se tumbó sobre ella boca abajo. Paresi lo miró con los labios apretados.

—No lo culpo —dijo el capitán suavemente, al ver la mirada de Paresi—. Es una contrariedad. Eso no debería suceder. El factor de seguridad es demasiado grande... un mil por ciento o más.

—Comprendo lo que quiere decir —dijo Hoskins—. Lo he visto con mis propios ojos, pero no puedo creerlo.

Volvió a pulsar el botón.

—Lo creo —dijo Paresi.

Ives volvió a su tablero, accionó el transmisor y el receptor y volvió a desconectarlos, y movió un par de reóstatos. Después conectó y desconectó el sistema de circulación de aire.

—Todo lo demás parece funcionar —dijo pensativamente.

—¡Esto es ridículo! —exclamó el capitán fuera de sus casillas—. Es como olvidar las llaves en casa, o como llegar al teatro sin las entradas. No es peligroso... simplemente, ¡es estúpido!

—Es peligroso —dijo Paresi.

—¿Por qué? —preguntó Ives.

—Por una cosa... —Paresi señaló hacia Johnny que yacía en tensión y con el rostro contraído—. Además, es fácil calcular que, si no hay nada en la nave que produzca el fallo, la causa habrá que buscarla en el exterior. Y eso no me gusta.

—Eso no es posible —dijo el capitán razonablemente.

Paresi bufó con impaciencia.

—¿A partir de cuál de los dos hechos, que se excluyen mutuamente, va a razonar? ¿Que la nave no puede fallar? Entonces este fallo no es un fallo; es algo que está sujeto a un control externo. ¿O va a admitir que la máquina puede fallar? En tal caso no hay que preocuparse por una posible fuerza exterior... pero será preciso desconfiar de la máquina. Elija la solución que más le guste. Pero sólo una. No es posible adoptarlas las dos.

Johnny se echó a reír.

Ives se le acercó.

—Eh, muchacho...

Johnny se dio la vuelta, bajó los pies y se incorporó hasta quedar sentado, rozando el grueso hombre que estaba junto a él.

Lo que vosotros necesitáis, muchachos —dijo Johnny riendo—, es una especie de policía bonachón que os compre dulces y os lleve a casa. Estáis verdaderamente perdidos.

Ives dijo:

—Johnny, tranquilízate y estáte quieto, ¿vale? Ya encontraremos una solución.

—Yo ya la tengo, papanatas —dijo Johnny ofensivamente. Se levantó y se dirigió hacia la compuerta—. Vaya pandilla de torpes —gruñó.

Caminó hasta dos pasos más allá de la compuerta y asió la rueda de control que estaba al lado de la compuerta, en una posición simétrica a la que ocupaba el botón.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Anderson complacido—, ¡el manual! ¿Nadie más quiere ser capitán?

—Factor de seguridad —dijo Hoskins golpeándose la frente—. Hay un control manual para cualquier cosilla que pueda encontrarse en esta nave. Y nosotros aquí parados como pasmarotes...

Johnny tiró de la rueda.

No se movía.

—Espera... —dijo Ives mientras se aproximaba.

—Aparta —dijo Johnny. Se agarró fuertemente con las dos manos a la rueda, encogió sus enormes hombros y tiró. Con un ruido seco, la rueda se rompió entre sus manos.

Johnny se tambaleó, y luego recuperó el equilibrio. Miró la rueda y después observó el extremo roto, brillando intensamente debajo de la mampara.

—Vaya... —murmuró Ives.

De pronto, Johnny echó su cabeza atrás y estalló en una estruendosa risotada histérica. La carcajada resonó por todos los rincones de la cabina, rebotando contra las paredes de metal como si fuera un torrente que manara de una presa reventada. Y continuó reproduciéndose como si, una vez desaparecido su foco, el fluido pudiera manar sin cesar.

Anderson gritó por tres veces:

—¡Johnny!

Pero el tono de orden no tuvo ningún efecto. Paresi se acercó al piloto y, usando de la práctica inmemorial, le cruzó la cara con dos bofetadas.

—¡Johnny! ¡Para!

La risotada se detuvo tan repentinamente como había comenzado. Johnny permaneció inmóvil, jadeando profundamente, con agitación, casi sollozando. Lentamente fue calmándose. Señaló la rueda y dijo al capitán:

—Está rota.

Su voz era ausente, sin énfasis.

Luego se apoyó contra el casco de la nave y lentamente se dejó deslizar hasta quedar sentado en el suelo.

—Completamente partida —dijo.

Ives entrelazó sus gruesos dedos y los torció hasta que los hizo crujir.

—¿Y ahora qué?

—Sugiero —dijo Paresi, en un tono extremadamente controlado—, que nos sentemos todos a reflexionar meticulosamente sobre todo el asunto.

Hoskins había estado mirando como hipnotizado el mango roto empotrado en el muro.

—Me pregunto —dijo pausadamente—, cómo hizo girar Johnny esa rueda.

—En sentido contrario a las agujas del reloj —dijo Ives—. Ya lo viste.

—Lo sé —dijo Hoskins—. Quiero decir, de qué modo: de la manera correcta, o de la manera incorrecta.

—Oh. —Se produjo un breve silencio. Luego Ives dijo:

—Me parece que nunca lo sabremos.

—No, hasta que regresemos a la Tierra —dijo rápidamente Paresi.

—¿Has dicho «hasta que» o «a menos que»? —preguntó Ives.

—Dije «hasta que», Ives —respondió Paresi sin inmutarse—, y cuidado con lo que dices.

—A veces —dijo el hombre grueso, con una peligrosa jovialidad —, eliges la manera equivocada para decir una cosa correcta, Nick. —Entonces golpeó amistosamente al delgado doctor en la espalda. Y añadió acto seguido—: Pero me portaré bien. No tenemos que sembrar el pánico, ¿verdad?

—Mejor que no lo hagamos —dijo el capitán—. Ya es suficiente con lo que está logrando sembrarlo el exterior.

—¿Está convencido de que todo eso proviene del exterior? —inquirió Hoskins, mirándole expectante.

—Yo... no estoy muy convencido de nada —dijo el capitán despacio. Se dirigió hacia la litera de aceleración y se sentó—. Quiero salir —dijo. Evitó el comentario profesional que veía formarse en los labios de Paresi y prosiguió—: No es claustrofobia, Nick. Salir de la nave es algo más importante que aliviar nuestros sentimientos. Si el problema que tenemos con la compuerta está provocado por algo fantástico que se halla fuera de la nave, lograremos obtener una poderosa victoria sobre ello simplemente ignorándolo.

—Está rota —murmuró Johnny.

—Ignora eso —gritó Ives.

—Otra vez insistiendo en que lo sucedido está causado por algo exterior —dijo Paresi. Su tono era casi de queja.

—¿Tienes una hipótesis mejor? —preguntó Hoskins.

—Hoskins —dijo el capitán—, ¿no hay manera de que podamos salir? ¿Qué hay de los tubos?

—Se necesita un varadero para mover ese grupo electrógeno —dijo Hoskins—, e incluso en el caso de que pudiera hacerse, esos tubos radiactivos le freirían antes de que pudiese avanzar un tercio del recorrido.

—Deberíamos tener un bote salvavidas —dijo Ives, sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Desde cuándo una nave como la Embassador necesita un bote salvavidas? —preguntó Hoskins con genuina estupefacción.

—¿Y qué hay de los ventiladores? —gruñó el capitán.

—Nos llevaría días desmontar y mover todos los filtros y los purificadores —dijo Hoskins— y después nos tendríamos que enfrentar con las compuertas de toma de aire. Usted podría avanzar por cualquiera de ellos más o menos una distancia como la de su

antebrazo. Pero después está la chapa de metal, capitán. Y eso no se puede cortar ni con un pedazo de núcleo solar.

El capitán se levantó y se puso a pasear, lenta y sosegadamente, como si el problema pudiera resolverse con la misma facilidad con la que se pisan uvas. Cerró los ojos y dijo:

—He estado dándole vueltas a esta idea durante media hora. Mirad: la chapa no puede cortarse porque está construida para que no falle. Por tanto, no puede fallar. Y lo mismo ocurre con los controles de la compuerta. Tampoco fallan. Lo que no nos permite salir nos es desconocido. Lo que pudiera dejarnos salir funciona mal. Efecto: nos quedamos dentro. Causa: hay algo que quiere que permanezcamos aquí.

—Oh —exclamó Johnny.

Todos le miraron. Irguió su cabeza, y enderezó su espina dorsal apoyándola contra la mampara. Paresi le sonrió:

—Seguro, Johnny. La máquina no falló. Estaba... controlada. Todo va bien. —Entonces se volvió hacia el capitán y dijo con mucho cuidado:

—No estoy negando que sea verdad lo que está usted diciendo, capitán. Pero no me gusta pensar en lo que puede suceder si consideramos esta idea como la correcta, razonamos acerca de ella y no encontramos respuesta alguna.

—Me molestaría sobremanera ser un psicólogo —dijo Ives fervientemente—. ¿También extrapolas tu masticación y te espantas del hedor que deberá producirse?

Paresi sonrió con frialdad:

—Controlo mis proyecciones.

El capitán Anderson torció los labios en una fugaz mueca de diversión, y luego su expresión volvió a mostrar una actitud seria.

—Acepto el desafío, Paresi. Tenemos una causa y un efecto. Algo nos está reteniendo dentro de la nave. Corolario: Nosotros... o quizás la nave, no somos bien recibidos.

—«*Hombres de la Tierra*» —citó Ives, en una excelente imitación del inglés carente de acento que habían oído por radio—, «*bienvenidos a nuestro planeta*».

—Estaban bromeando —dijo Johnny sinceramente, poniéndose de pie. Dejó caer el mango de la rueda de control manual, que produjo un ruido metálico, y luego lo empujó a un lado con el pie.

—De todos modos, ¿quién puede decir con exactitud qué querían significar? Creo que la única conclusión posible es la que sugiere el «cerebro», y sospecho que usted también piensa lo mismo, capitán si no podemos salir de la nave, lo único que podemos hacer es abandonar el planeta. ¿No es eso?

Paresi asintió con un movimiento leve de cabeza y observó abruptamente al capitán. Anderson les volvió la espalda abruptamente y permaneció en silencio con las piernas abiertas y las manos a su espalda, mirando a lo lejos a través de las ventanillas de la nave. En el tenso silencio, pudieron oír el crujir de sus nudillos. Al cabo de un rato, dijo pausadamente:

—No hemos venido aquí para eso, Johnny.

Johnny se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo. Adelante. La única alternativa es quedarse sentados aquí como sabandijas en un frasco hasta que muramos ancianos. Cuando estén hartos de reflexionar, me lo notifican. Yo les sacaré de aquí.

—Siempre podemos confiar en Johnny —dijo Paresi sin que pudiera detectarse énfasis alguno en su voz.

—No. No en mí —dijo Johnny, y dio una palmada a la mampara—. En la nave. No hay nada en ningún planeta que pueda detener a esta criatura desde que la llevé a la fundición. Tiene demasiados músculos para eso.

—¿Y bien, capitán? —preguntó Hoskins. Anderson miró el valle soleado, el cielo exageradamente azul y los casi familiares peñascos erosionados, con sus formas suaves. Todos estaban esperando.

—Vámonos —dijo el capitán—. Ponedla en órbita a dos mil kilos. Aunque me cuesta ceder.

Ives dio una palmadita al hombro de Johnny.

—Eso quiere decir que vamos a despegar y aterrizar —dijo—, si es que todavía conozco al Viejo. Vamos allá, Jets.

Johnny sonrió ampliamente, mostrando sus dientes blancos, y luego se dirigió hacia el asiento de control.

—Caballeros, siéntense.

—Yo me tumbaré —dijo Ives, y extendió su grueso cuerpo sobre la litera de aceleración. Los demás se colocaron en sus puestos de despegue.

—Pon el automático —dijo el capitán—. ¡Adelante!

—¡Adelante! —dijo Johnny con alegría. Alargó el brazo hacia adelante y pulsó el control central. No sucedió nada.

Johnny volvió a alargar su mano hasta el control. La mano se movió como si hubiera un campo de repulsión alrededor del botón. El gesto fue ralentizándose cada vez más a medida que la mano se aproximaba al control, hasta que quedó suspensa justo delante del botón y comenzó a temblar.

—Con el manual —indicó el capitán—. ¡Adelante!

—El manual, señor —dijo Johnny reflexionando. Su mano temblorosa llegó hasta un mando que se hallaba frente a sí, algo elevado, y tiró de él. Asió los mandos de control e hizo descender pesadamente sus puños sobre las clavijas de contacto. De alguna parte llegó un rugido sordo, como un susurro; una impresión subjetiva del tronar de los reactores.

El rostro de Paresi se ensombreció. El ruido de los propulsores había desaparecido mientras su mente trataba de captarlo, como si se tratara de un pensamiento oculto. Los motores estaban silenciosos; no podía percibirse ningún temblor ni vibración. Y, sin embargo, un ingenio fantasmagórico se estaba preparando para hacer despegar una nave fantasma, de un modo intangible, camino de la nada. Se soltó el cinturón de seguridad y se encaminó rápidamente hacia la consola. Johnny permanecía sentado absorto. Una ligera sonrisa de satisfacción comenzó a extenderse por su rostro. Su mirada se dirigió a los indicadores; meneó la cabeza muy levemente, y bajó las manos como un organista tocando un «fortissimo». Miró los indicadores. Las agujas seguían señalando sus respectivos ceros, y las luces, que debieran estar encendiéndose y apagándose, no hacían ninguna señal. Paresi lanzó un vistazo a Anderson y se topó con una mirada de preocupación. Hoskins tenía la cabeza inclinada a un lado, escuchando, perplejo. Ives se levantó de la litera y caminó hasta situarse junto a Paresi.

Johnny estaba manipulando los mandos con firmeza. Sus manos comenzaron a moverse con rapidez, hábilmente, como si estuviera ofreciendo un concierto silencioso. Su rostro presentaba un aspecto de intensa concentración y de completa confianza en sí mismo.

—Bien —dijo Ives con pesadez—. Eso también está estropeado.

Paresi se volvió hacia él.

—¡Shhh! —el gesto fue tan intenso que Ives reculó. Con una

mirada de advertencia hacia él, Paresi se acercó al capitán, y le susurró al oído.

—Dios mío —dijo Anderson—. De acuerdo, doctor.

Se acercó al asiento del piloto. Johnny seguía totalmente concentrado en su tarea. Anderson miró interrogante a Paresi y éste asintió con un movimiento de cabeza.

—Eso es —dijo el capitán gravemente—. Buen trabajo, Johnny. Ya estamos en órbita. El automático no hubiera podido hacerlo mejor. De momento es un alivio sentirse de nuevo en el espacio. Cierra los propulsores ahora. Puedes hacer tus comprobaciones para una posible corrección más tarde.

—Sí, señor —dijo Johnny. Hizo dos delicados ajustes, desconectó una llave principal y se volvió—. ¡Uf! ¡Eso es trabajar!

Mientras quedaba frente a los cuatro hombres silenciosos, Johnny sacó un cigarrillo, se lo llevó a los labios, acercó su encendedor, encendió e hizo una larga y lenta chupada.

—Hombre, eso va bien...

El cigarrillo no estaba encendido. Hoskins se dio la vuelta, con una expresión de piedad en su rostro. Ives cogió abruptamente su propio mechero, y el doctor lo detuvo con un gesto.

—Cada vez que veo trabajar a un piloto me sorprende —dijo Paresi en tono coloquial y afable—. Con tanta concentración... debes estar deshecho, Johnny.

Johnny chupó su cigarrillo apagado.

—Deshecho —dijo—. Sí.

De pronto aparecieron dos extraños tonos en su voz. Eran la fatiga y la ansiedad. Paresi dijo:

—Tienes mal aspecto. Ve a acostarte.

—Estoy realmente cansado —musitó Johnny. Se levantó pesadamente y caminó hasta la litera, donde se tumbó. Al instante estaba dormido.

Los demás permanecieron congregados junto a los controles y durante un momento prolongado contemplaron en silencio al piloto dormido.

—No lo comprendo —murmuró Ives.

—Creyó realmente que nos estaba sacando de este planeta, ¿verdad? —preguntó Hoskins.

Paresi asintió.

—Me parece que así fue. No hay lugar en este cosmos para máquinas estropeadas. La evidencia de lo contrario sólo puede producir un efecto tan tremendo. Entonces, para él, dicha evidencia dejó de existir. Un encendedor estropeado lo irritó, un control de apertura de una esclusa que no funcionaba lo enojó, y luego lo malhumoró, y finalmente lo volvió histérico. Cuando los controles de mando no respondieron, llegó a su punto crítico y no pudo soportarlo. De modo que su mente se alejó de la realidad.

Paresi miró a todos y cada uno de los rostros de los presentes.

Anderson preguntó:

—¿Qué fue lo que hizo que se derrumbara? Está adiestrado para poder soportar tensiones mucho mayores que ésta.

—Oh, pero si no padece ninguna clase de fatiga física o de conciencia. Todo lo que quería era salir de una situación terrorífica. Se autoconvenció de que salía volando de ella. Lo siguiente que podía hacer para escapar de los ataques de los demás era dormir. Apreció mucho mi sugerencia de que estaba agotado y debía acostarse y descansar.

—A mí también me gustaría que me lo sugirieses —dijo Ives—. Anda, Nick, hazlo.

—Primero llega a tu punto crítico —dijo el doctor llanamente, y fue a colocar una almohada debajo de la cabeza de Johnny.

Hoskins se volvió para contemplar el pacífico paisaje del exterior. El capitán lo observó un momento y luego gritó:

—¡Hoskins!

—¿Sí?

—He visto esta expresión en otras ocasiones. ¿En qué estás pensando?

El ingeniero le miró, se encogió de hombros, y dijo con voz suave:

—Ajedrez.

—¿En qué, especialmente?

—Oh, es algo muy general. La reciprocidad del juego. Eso es lo que lo convierte en algo magnífico. La mayoría de las empresas humanas conducen al hombre a un fracaso detrás de otro, le lanzan de un desastre a otro, sin pausa. Eso no ocurre en el ajedrez. No importa quién sea el oponente, cada vez que te hace algo, *te toca jugar a ti*.

—Muy confortante. ¿Tienes alguna idea de cómo podemos jugar ahora nosotros?

Hoskins le miró, con una expresión de agradable sorpresa invadiendo su rostro.

—Olvidó mi observación, capitán. Nosotros no movemos.

—¡Oh! —exclamó el capitán. Su rostro se puso en tensión mientras palidecía—. Ya... ya comprendo. Pulsamos el botón de la esclusa para salir. Contramovimiento: no funcionó. Intentamos abrir con el manual. Contramovimiento: se rompió. Y así sucesivamente. Ahora hemos intentado despegar. Oh, pero Hoskins... Johnny quedó fuera de sí. ¿No es eso un contramovimiento?

—Tal vez. Quizá tiene usted razón. No obstante, puede que el movimiento no consistiera en bloquear los mandos, sino en dejar a Johnny fuera de combate —volvió a encogerse de hombros—. Pronto lo sabremos.

El capitán exhaló explosivamente a través de sus narices.

—Vamos a saber si nos toca mover —gritó—. ¡Ives! ¡Paresi! Vamos a repasar todos los movimientos desde el principio. Primero intentad abrir la compuerta. Tú, Ives.

Ives gruñó y se dirigió a la parte lateral de la nave. Luego se detuvo.

—¿Dónde está la compuerta?

Anderson y Paresi siguieron la mirada trastornada de Ives en dirección a la mampara donde había estado la silueta de la compuerta cerrada, y junto a ella el agujero que había dejado el mango de la rueda de control manual, y que ahora se había convertido en algo parecido a una cortina plana y de un negro impenetrable. Pero Hoskins miró al capitán ante todo, y dijo:

—Ahora nos toca mover a nosotros —y entonces se volvió para mirar a la oscuridad.

III

¿Lo que no nos es familiar, decís, es lo que no hemos visto, lo completamente nuevo y extraño? No. El epítome de lo que no resulta familiar es lo familiar invertido, lo familiar puesto patas arriba. Basta con contemplar un lugar familiar bajo unas nuevas condiciones —un teatro desierto y oscuro, un club nocturno vacío por la mañana— y uno se siente embargado por una emoción mucho más intensa de extrañeza que si se encuentra ante cualquier cosa, nunca vista. Volved a vuestro barrio y encontradlo todo cambiado. Entrad en vuestra propia casa cuando todo el mundo se ha marchado y las luces están apagadas, cuando los muebles han sido cambiados de lugar... entonces os mostraré lo extrañas y fantasmagóricas que son las figuras que pueden apreciarse cuando la realidad se superpone a las imágenes del recuerdo. Los duendes escondidos dentro de vuestra propia habitación...

Owen Miller

«Essays on Night and the Unfamiliar».

Por un instante, la oscuridad pareció abalanzarse contra ellos como la garra de la muerte. Instintivamente se apretujaron unos contra otros en el centro de la habitación. Pero después de mirar una segunda vez, y una tercera, se aseguraron de que el efecto era real, aunque la causa resultara un misterio, y constataron que la mitad del misterio había desaparecido. Entonces comenzaron a separarse. Cada uno se sintió juzgado, y se concentró en sí mismo y en la imagen que ofrecía de sí a los ojos de los demás.

El capitán dijo quedamente:

—Está... justo ahí. No parece propagarse.

Hoskins lo observó con sentido crítico.

—Alrededor de medio metro de profundidad —murmuró—. ¿De

qué suponéis que está hecho?

—No es un gas —dijo Paresi—. Tiene una... especie de superficie.

Ives, que se había quedado inmóvil, helado de terror, cuando vio la oscuridad al dirigirse hacia la compuerta, avanzó dos pasos más. La mano que había alzado a medias para tocar el botón siguió su camino ascendente a la fuerza, como si se viera impelida a continuar su función aunque hubiera cambiado de propósito.

—¡No lo toques! —ordenó el capitán.

Ives volvió el rostro para mirar al capitán, y entonces desfalleció y dejó caer su mano.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Ciertamente, no es un líquido —reflexionó Paresi, como si no se hubiera producido interrupción alguna—. Y, si es sólido, ¿de dónde salió toda esa materia? ¿Pasó a través de la chapa de la nave?

Hoskins, que conocía bien la estructura y el material del casco de la nave, cómo estaba hecha y cómo estaba tratada la materia prima desde el principio, bufó al oír semejante ocurrencia.

—Si fuese un gas —dijo Paresi—, habría difusión. Y convección. Si fuese venenoso, ya estaríamos todos muertos. Si no, sería bastante probable que hubiésemos olido algo. Y el contador no señala nada... por tanto, no es radiactivo.

—¿Te fías del contador? —preguntó Ives con amargura.

—Sí, me fío —dijo Paresi. Su voz casi susurrante sonó con una carga de algo parecido a la pasión—. Un hombre tiene que tener fe en algo. Yo deposito mi fe en cada sencilla función de cada una de las partes de esta nave mientras todas y cada una de las partes resultan separada y diferenciadamente indigna de que deposite en ellas fe.

—Entonces, por Dios, tienes que comprender mi fe en mis dos manos y en lo que sienten —protestó Ives. Caminó hacia la mampara y alargó hacia ella su mano carnosa con decisión.

—«*Touché*» —murmuró Hoskins, e incluso pudo apreciar la señal de la mano de Ives contrastando contra el sólido, plano y oscuro.

En sueños, Johnny estalló en una carcajada estruendosa, llena de una felicidad juvenil.

—Alguien está contento —dijo Ives.

—Paresi —dijo el capitán—. ¿Qué ocurrirá cuando se despierte?

Frunció el ceño y pareció que se estuviera encogiéndose de hombros.

—Prácticamente nada. Se ha encontrado a sí mismo en su interior, en alguna parte, y ha encontrado un camino para salir. Para él... no para ninguno más de nosotros. Quizás ignorará lo que estamos viendo. Quizá crea que está en otra parte, o en otro tiempo. Tal vez sea otro. Tal vez no quiera despertarse.

—Quizá tenga la idea adecuada —dijo Ives.

—Es la segunda vez que bromeas sobre esto —dijo Paresi—. No lo vuelvas a hacer. No te lo puedes permitir.

—No nos lo podemos permitir —intervino el capitán.

—De acuerdo —dijo Ives con tanta docilidad que indujo a Paresi a echarle una mirada suspicaz. El corpulento hombre encargado de las comunicaciones se dirigió a su puesto y se sentó, dando la espalda a los demás.

—¿Qué están buscando? —dijo el capitán en tono de queja, de pronto—. ¿Qué quieren?

—¿Quién? —preguntó Paresi, que seguía mirando a Ives.

Hoskins se explicó:

—Quienquiera que fuese el que dijo «Bienvenidos a nuestro planeta».

Ives se volvió hacia ellos, y pudo notar el desconuelo de Paresi.

—Nos quieren ver muertos —dijo Ives.

—¿Seguro? —preguntó el capitán.

—No quieren que abandonemos la nave, y no quieren que la nave abandone el planeta.

—Entonces, lo que quieren es la nave.

—Sí —asintió Ives—, sin nosotros.

Paresi dijo:

—No puedes llegar a esta conclusión, Ives. Nos han incomodado. Nos han hecho centrarnos en nosotros mismos, y nos han puesto a prueba como hombres y como grupo. Pero, por el momento no nos han hecho nada. Todo nos lo hemos hecho nosotros.

Ives le miró con desdén.

—Hemos averiado los controles que no pueden averiarse, hemos fabricado esa especie de caja oscura, y nos hemos hablado a nosotros mismos mediante un transmisor sin alimentador acerca de

una información que nadie, en el exterior, puede obtener. ¿Es eso lo que quieres decir?

—No he dicho nada de eso —respondió pausadamente Paresi escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Por supuesto que son responsables de estos fenómenos. Pero ninguno de estos fenómenos nos ha perjudicado ni nos ha producido mal alguno. Son nuestras reacciones ante los fenómenos lo que nos ha perjudicado.

—Una caída nunca hiere, según me dijeron cuando era un chiquillo —dijo Ives puntilloso—. Es la parada repentina.

Paresi ignoró la puntualización encogiéndose de hombros.

—Insisto en que, aunque nos hayamos asustado, aunque nos hayamos sorprendido, aunque nos hayamos quedado sin saber qué hacer, perplejos, no hemos sido seriamente amenazados. Nuestras provisiones de agua, alimentos y aire son prácticamente ilimitadas. Nuestra habilidad para sobrevivir en cien situaciones de emergencia parecidas ha sido comprobada hasta la saciedad, y todo lo que tenemos que hacer es reconocer que nos hallamos ante una emergencia frente a la cual nuestra habilidad no tiene ninguna dificultad para responder satisfactoriamente, del mudo óptimo. —De pronto sonrió—. Podía haber sido peor, Ives.

—Supongo que sí —dijo Ives—. Esa cosa oscura podría haber avanzado hasta atravesarnos, o...

Muy suavemente, Hoskins dijo:

—*Está avanzando.*

El capitán Anderson sacudió la cabeza:

—No... —Y, al oírlo, poco a poco, reconocieron que la sílaba no era una negación, sino una exclamación. Porque la masa oscura no estaba más que a medio metro encajada dentro de la mampara. Nadie se había percatado de ello, pero, de pronto, se dieron cuenta de que la cabina, que era casi cuadrada, se había tornado casi rectangular, con el panel de controles, el muro de comunicaciones, y la bancada de partición de la nave uniéndose y precipitándose sobre ellos formando tres lados que aniquilaban al cuarto.

Ives se levantó de su asiento, agitado y con los ojos fuera de sus órbitas. Lanzó un sonido animal y se abalanzó contra la forma oscura. Paresi trató de detenerlo, pero no con la suficiente rapidez. Ives colisionó torpemente contra la extraña superficie y cayó. Se desplomó, pero no de bruces, sino doblándose sobre sus rodillas

abiertas, con sus brazos encogidos bajo su cuerpo y apoyando una mejilla sobre el suelo. Permaneció inconsciente, inmóvil, como una grosera caricatura de alguien en actitud de adoración.

Se produjo un momento de silencio feroz mientras Paresi colocaba al grueso hombre boca arriba y, con furiosa actividad, pasaba sus dedos sobre el rostro ensangrentado, sobre el pecho, y sobre su cuello hasta palpar el área de la carótida.

—Está bien —dijo Paresi, mientras seguía trabajando; luego, tratando de hallar las palabras adecuadas para evitar que su explicación pareciese una conjetura, dijo—: Ésta es la otra reacción temida. Johnny era «volar», Ives es «luchar». El resultado empírico es muy parecido.

—Creía —dijo Hoskins secamente—, que luchar y volar eran reacciones de supervivencia.

Paresi se puso de pie.

—Y lo son. En un último análisis, se trata de suicidio.

—Pensaré en eso —dijo Hoskins con calma.

—¡Paresi! —espetó Anderson—. ¡Seas o no médico, cállate!

—Perdón capitán. Fue un asomo de pánico. Hoskins...

—No es preciso que me lo expliques —dijo el ingeniero en un tono de comprensión—. Sé lo que quieres decir. El suicidio es el producto directo de los actos compulsivos por sobrevivir... por tratar de salvar algo, lo mismo que luchar y volar constituyen esfuerzos por salvaguardar algo. No creo que tengas que preocuparte; la inmolación no me tienta. Estoy demasiado... demasiado interesado en saber qué va a ocurrir. ¿Qué vas a hacer con Ives?

—Ponerlo en una litera, creo, y tratar de aliviar los dolores que va a sentir. ¿Quieres echarme una mano?

Hoskins se dirigió hacia la mampara y abatió otra litera de aceleración. Fue preciso que los tres colaboraran para colocar la enorme masa de Ives sobre el camastro, y aún así con dificultad. Paresi abrió el botiquín que estaba sujeto debajo de la consola de control y se aproximó al hombre inconsciente.

El capitán intentó encontrar algo adecuado que decir o hacer y aparentemente lo logró.

—¡Hoskins! —dijo.

—¿Sí?

—¿Sueles pensar mejor con el estómago vacío?

—No.

—Yo tampoco.

Hoskins sonrió.

—Creo que he captado la indirecta. Voy a preparar algo caliente y reconfortante.

—Buen chico —dijo el capitán, mientras Hoskins desaparecía hacia las dependencias contiguas. Anderson se acercó al doctor y permaneció inmóvil junto a él observando cómo limpiaba la frente ensangrentada de Ives.

Paresi, sin volverse, dijo:

—Sería mejor que dijera lo que tenga que decir. Adelante.

—¿Eres psicólogo? —dijo Anderson tratando de evitar una sonrisa.

Paresi le dirigió una mirada severa.

—Depende. Si quiere decir que tengo una sensibilidad natural para captar los estados de tensión y, además, llevo algunos años de práctica en observar a la gente... entonces sí. ¿En qué está pensando?

Anderson permaneció largo rato sin decir nada.

Parecía que estuviese esperando una pregunta, un simple empujón de Paresi. Pero Paresi no quería proporcionárselo. Paresi esperaba, se limitaba a esperar, con su rostro oscuro vuelto hacia otra dirección, sin ayudar, sin impulsar, sin hacer nada que pudiera modificar la tensión que estaba atenazando al capitán.

—De acuerdo —dijo el capitán con irritación—. Te lo diré.

Paresi cogió pinzas, un retractor, dos escalpelos y una jeringa hipodérmica. Luego usó uno tras otro y volvió a guardarlos en el botiquín. Cuando hubo terminado, Anderson dijo:

—Me preguntaba *¿quién va a ser el siguiente?*

Paresi meneó la cabeza y cerró el botiquín de un golpe seco. Miró al capitán y volvió a menear la cabeza.

—¿Por qué tiene que ser usted? —preguntó.

—No dije que tuviera que ser yo —dijo el capitán secamente.

—¿No lo dijo? —Cuando el capitán quedó sin respuesta, Paresi le preguntó—: ¿Entonces, por qué se preguntó una cosa así?

—Oh... ya comprendo lo que quieres decir. Cuando uno comienza a sentir temor comienza a estar inseguro... no de la

debilidad de los demás, sino de la suya propia. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí —de pronto apareció una sonrisa en sus labios—. Pero usted no está atemorizado, capitán.

—Por todos los diablos, claro que no.

Paresi sacudió la cabeza.

—Johnny estaba atemorizado y «voló». Ives estaba asustado y «luchó». Sólo hay un temor real, y ése es el único que le conduce a uno a su punto crítico. Cualquier otro temor es una nadería comparado con semejante terror. Tan pequeño que nadie, excepto yo, debe preocuparse por él.

—¿Por qué tú?

Paresi tropezó con el botiquín de primeros auxilios mientras lo transportaba hacia el lugar donde debía quedar colgado.

—Soy el médico, ¿recuerda? Los síntomas son el objeto de mi trabajo. Déjeme observarlos, capitán. Déme órdenes, capitán, pero no se entrometa en mi especialidad.

—Eres un insubordinado, Paresi —dijo Anderson—, y resultas muy reconfortante.

El rostro del capitán se iluminó con una sonrisa y sus ojos se alargaron mostrando unas arrugas horizontales.

—Dime por qué tuve esa desagradable fase de duda acerca de mí mismo.

—¿Cree que puedo?

—Sí —estaba en lo cierto.

—Ésa es media razón. La otra mitad es Hoskins.

—¿De qué estás hablando?

—Johnny quedó fuera de combate. Ives también. Su pregunta fue «¿quién será el siguiente?». Sospecha que no voy a ser yo porque soy, *de facto*, quien tiene respuesta para todo. Cree que no va a ser Hoskins porque no puede extrapolar cómo podría quedar fuera de combate... o, ni siquiera, si podría quedar fuera de combate. Por tanto, eso le induce a pensar que va a ser usted.

—No lo razoné exactamente de este modo...

—Sí, sí que lo hizo —dijo Paresi agarrando al capitán por el hombro—. Ahora olvídelo. Confucio dice que quien mira su interior acaba bizco. No podemos arriesgarnos a terminar siendo bizcos, capitán. Nuestros amigos de ahí afuera están obligados a hacer otro

movimiento.

—No lo están.

El doctor y el capitán se estremecieron al oír aquella voz sombría.

—¿Qué quieres decir, Hoskins?

El ingeniero entró en la cabina, la atravesó y se dirigió hacia su puesto, y comenzó a hurgar entre sus cajones.

—Ya han movido —dijo. Y del fondo de uno de los cajones extrajo un tablero de ajedrez plegable y una caja rectangular. Entonces les miró directamente—. Ha desaparecido la comida.

—La comida... ¿ha desaparecido? Hoskins esbozó una sonrisa cansada.

—¿Dónde está la compuerta? ¿Dónde está la parte exterior de la mampara? Eso negro lo ha cubierto... las unidades de calefacción, los armarios en que se guardaba la comida, todo...

Cogió un par de asientos que estaban enganchados a la mampara y los llevó, a través de la cabina, hacia la mancha oscura.

—Hay agua —dijo mientras desplegaba las sillas. En una de ellas colocó el tablero de ajedrez. Él se sentó en la otra y se situó muy cerca de la oscuridad—. La despensa todavía está dentro, y sigue a nuestro alcance —dijo con una voz que parecía debilitarse por momentos, como si se estuviera alejando de él—. Pero no hay comida. No hay comida.

Y comenzó a colocar las piezas sobre el tablero, con su rostro encarado al muro negro.

IV

La función primaria de la personalidad es la autoconservación, pero la propia personalidad no es algo estático, sino dinámico. El factor básico para su desarrollo es la integración; cada nueva situación exige un nuevo ajuste que modifique o altere la personalidad en el proceso. La propia meta de la personalidad, por otra parte, no es la permanencia, ni tampoco la estabilidad sino la unificación. La incapacidad de una personalidad para ajustarse o integrarse a una nueva situación, la resistencia de la personalidad a la unificación, y sus esfuerzos por preservar su integridad son conocidos popularmente como demencia.

Morgan Littlefield

Notes on Psychology

—¡Hoskins!

Paresi se agarró al brazo del capitán y se colocó detrás de él.

—¡Capitán Anderson! ¡Déjelo! —dijo en voz baja—. Dejémoslo solo. Está haciendo lo que tiene que hacer.

Anderson miró al pequeño ingeniero por encima de su hombro.

—¿Le toca a él, ahora? ¡Condenado, sigue bajo mis órdenes!

Anderson miró a su alrededor, a los controles, afuera, a las montañas adormecidas y silenciosas.

—Creo que no. Pero me gustaría saber si obedecería una orden mía.

—Déjelo solo hasta que tenga alguna orden que darle. Hoskins es muy sensato, capitán. Pero ahora ya ha traspasado el límite. No insista.

El capitán se pasó la mano por la frente y caminó a tientas hacia los controles. Volvió la espalda al asiento del piloto y se desplomó pesadamente sobre él.

—De acuerdo —dijo—. Esto se está convirtiendo en un duelo entre tú y esos... esos colegas tuyos de ahí afuera. Creo que lo menos que nosotros... que yo... puedo hacer es no atacarte mientras luchas contra ellos. Paresi dijo:

—Se está usted equivocando, está llevando las cosas por derroteros erróneos. Nos están atacando, de acuerdo. Nosotros estamos peleando contra nosotros mismos. No quiero decir uno contra el otro; quiero decir cada uno contra sí mismo. Debemos cesar de hacer esto, capitán.

El capitán le dedicó una sonrisa triste.

—¿Quién ha logrado semejante cosa a lo largo de los tiempos?

Paresi le devolvió la sonrisa.

—Los drogadictos... los catatónicos... los visionarios... y los santos. Creo que debemos sumarnos a estas categorías.

—¿Qué hay de los muertos?

—¡Ives! ¿Cuánto rato hace que has despertado?

El hombre corpulento se arrastró, se incorporó sobre un brazo, sacudió la cabeza y gruñó como si hubiera sido golpeado en el plexo solar.

—¿Quién me golpeó, y con qué? —dijo con dificultad, por entre los dientes apretados.

—Parece que creíste que la mampara era de papel e intentaste pasar a través de ella —dijo Paresi. Hablaba con fluidez pero su rostro estaba ensombrecido y concentrado observando.

—Ooooh... —Ives se apretó la cabeza con las manos y después miró a la oscuridad—. Ya recuerdo —dijo en un extraño susurro. Miró a su alrededor, vio al ingeniero inclinado sobre su tablero de ajedrez, y dijo—: ¿Qué está haciendo?

Todos miraron al ingeniero cuando se levantó, movió una pieza y volvió a sentarse tranquilamente.

—¡Eh, Hoskins!

Hoskins ignoró el mugido de Ives. Paresi dijo:

—No habla, ahora. Está... bien. Ives, déjalo. Por ahora, me interesas más tú. ¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente. Aunque tengo hambre. ¿Qué hay para comer?

Anderson dijo quedamente:

—Nick no nos quiere preparar nada de comer por ahora.

—Gracias —murmuró Paresi con ironía.

—Él es el médico —dijo Ives con naturalidad—. Pero no lo entretengamos demasiado, ¿eh? Este horno necesita ser alimentado —dijo dándose con el puño en su enorme cabeza.

—Bien, eso es buena señal —dijo Paresi.

—Ciertamente —dijo el capitán—. Quizás el punto crítico sólo es un punto de impacto y después de él se produce un rebote, ¿hum?

Paresi sacudió la cabeza.

—Un punto crítico es un punto crítico. Sólo que, a veces, no se alcanza.

—Tengo que pasar —dijo una voz. Johnny, el piloto, estaba agitado.

—¡Ah! —dijo Anderson con voz exultante—. ¡Ahí viene otro!

—¿Cómo puede estar seguro de ello? —preguntó el doctor. Luego llamó a Johnny—. ¿Qué tal, John?

—Tengo que pasar —dijo Johnny, asustado. Puso sus pies en el suelo—. Ve —dijo con sinceridad—, el hecho de ser el jefe no facilita las cosas. Tiene que mantenerse en su puesto y además pasar los exámenes. Tiene dos trabajos. En cambio, el cuarto de a bordo, pues... sólo tiene una tarea.

Anderson se volvió hacia Paresi con cara de asombro y éste le hizo un gesto indicando que guardara silencio. Johnny puso su cabeza entre las manos y dijo:

—Cuando una variable varía directamente al variar otra, dos pares de sus correspondientes valores se hallan en proporcionalidad —miró a su alrededor y prosiguió—. Esto parece constituir la clave de todo el análisis vectorial, según los hombres, y uno no llega a ser piloto sin saber análisis vectorial. Y eso me parece un sinsentido. ¿Qué voy a hacer?

—Tómate un somnífero —dijo Paresi inmediatamente—. Has estado estudiando demasiado. Todo tendrá más sentido por la mañana.

Johnny sonrió, bostezó al mismo tiempo, y las trazas de preocupación se borraron de su rostro.

—Eso fue una verdadera observación educacional, Martin, viejo amigo —dijo. Se tumbó y estiró con satisfacción—. Eso sí que lo entiendo. Puedes ponerte mi célebre traje marrón con cremallera.

Se volvió y, al instante, estaba dormido.

—¿Quién diablos es Martin? —inquirió Ives—. ¿Martin qué?

—Shh. Tal vez era su compañero de habitación en la escuela de pilotos.

—¿Quieres decir que ha hecho una regresión a sus tiempos de estudiante de piloto? —dijo Anderson embobado.

—¿No es eso lo que parece? —dijo Paresi con tristeza—. Ya dije que la situación le resultaba intolerable. Puesto que no puede escapar a través del espacio, lo hace a través del tiempo. No tiene bastante imaginación para avanzar, por tanto retrocede.

Algo se escabulló precipitadamente correteando por el suelo. Ives levantó sus pies y quedó sentado en posición de Buda, agarrándose los tobillos.

—Por Dios, ¿qué fue eso?

—No vi nada —dijo Paresi.

—¿Qué fue? —preguntó el capitán.

Desde la penumbra, Hoskins dijo:

—Un ratón.

—Tonterías.

—No puedo soportar los bichos que se arrastran o corretean o se deslizan —dijo Ives. Su voz se había tornado repentinamente afeminada—. ¡No dejéis que esos bichos anden por ahí!

De la parte de popa provino un débil ruido como de araño, un chirrido. Ives palideció. Se estremeció.

—Tranquilo, Ives —dijo Paresi fríamente—. Al revisar la nave no encontré ni un simple microbio. No te quedes ahí sentado como la pequeña señora Muffet.

—Yo sé lo que vi —dijo Ives. De pronto se levantó, se volvió hacia el muro oscuro y bramó:

—¡Condenado, envía algo con lo que yo pueda luchar!

Emergieron dos ratones de debajo de la litera. Uno de ellos pasó por encima de un pie de Ives. Luego, ambos desaparecieron lanzando chirridos. Ives dio un brinco y quedó de pie sobre la litera. Anderson retrocedió hasta quedar con la espalda apoyada contra la parte interior de la mampara, y permaneció inmóvil y rígido. Paresi se dirigió con decisión hacia el armario de la enfermería, cogió una pequeña cajita negra y la abrió.

Ives cayó de rodillas y rompió a llorar desconsoladamente, sin

hacer ningún esfuerzo por controlarse, sin articular palabra alguna. Paresi se le acercó, semiocultando un pequeño tubo de metal que sostenía en la mano.

Un movimiento casi imperceptible en el suelo llamó la atención a Anderson. Fue incapaz de evitar que se le escapara un chillido de espanto cuando vio una enorme araña peluda que corría precipitadamente hacia la litera. Luego dio un salto y fue a parar junto a la rodilla de Ives. Volvió a saltar. Paresi se volvió hacia ella y tiró de Ives agarrándolo por el antebrazo. La araña cayó al suelo, se deslizó velozmente, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Ives se sujetó con fuerza al brazo de Paresi y fue incorporándose silenciosamente hasta quedar sobre la litera. Anderson se le acercó.

—Ya está bien —dijo Paresi—. Olvídelo.

—¡No me digas que se desmayó! ¡Ives no!

—Claro que no —Paresi mostró el pequeño cilindro.

—¡Anesttox! ¿Por qué le aplicaste esto?

Paresi respondió irritado:

—Por la razón por la que se suele usar el anesttox. Para dormir a un paciente durante un par de horas sin necesidad de hacerle ningún daño.

—Supón que no lo hubieras hecho.

—¿Cuánto cree que hubiera resistido sin este tratamiento?

Anderson miró al hombre que se comunicaba a través del inconsciente.

—Seguro que más que de este modo —dijo. De pronto miró atentamente a Paresi y preguntó—: ¿De dónde diablos salieron esos bichos?

—Ah. Ahí está la clave. A él le desagradan los ratones y las arañas. Pero había algo especial en éstos. No podían estar ahí, y, sin embargo, estaban. Él lo tomó como un ataque personal y deliberado. No podía comprender gran cosa más.

—¿De dónde salieron? —volvió a preguntar el capitán.

—¡Yo no lo sé! —espetó Paresi—. Perdón, capitán... Estoy un poco nervioso. No estoy habituado a ver las alucinaciones de los pacientes. En todo caso, no con semejante claridad.

—¿Eran alucinaciones de Ives?

—¿Puede recordar lo que se dijo justo antes de que aparecieran?

—Uh... algo se movió. Un ratón.

—No era un ratón hasta que alguien dijo que lo era —el doctor se volvió y miró penetrantemente a Hoskins, que seguía sentado frente a su ajedrez.

—Dios mío, fue Hoskins... ¿qué te hizo decir esto?

El ingeniero no respondió ni se movió. Paresi meneó la cabeza desesperanzado.

—Otro que se ha ido a su propio mundo. No hay nada que hacer, capitán.

Anderson dio un paso hacia Hoskins, y luego, obviamente, cambió de parecer. Se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo. Algo se movió y Hoskins lo definió. Aceptemos esto sin más razonamientos. Pero ¿quién llamó a la araña?

—Usted.

—¿Yo?

Imitando la voz del capitán, Paresi citó:

—¡No te quedes ahí sentado como la señora Muffet!

—Maldita sea —dijo Anderson—. ¿Quizás sería mejor que no dijéramos nada?

—¿Cree que es distinto si *decimos* lo que pensamos?

—Quizás...

—No —dijo Paresi positivamente—. Mire cómo funciona eso. Primero nos atrapa, y luego nos muestra una oscuridad creciente. Elemental. Luego comienza a perseguirnos, uno por uno. Johnny se encuentra con máquinas que no funcionan; él, que adora con toda su alma lo que consiguen hacer las máquinas. Ives recibe una buena carga de claustrofobia debido a esa cosa negra de ahí y queda completamente confundido.

—Salió de ello. Se recuperó.

—Johnny también despertó. En otra época del tiempo. En otro tiempo subjetivo. Muy inofensivo para..., para Ellos. Por tanto, lo dejan en paz. Pero volvieron sobre Ives cuando vieron que presentaba cierta resistencia. Lo que están persiguiendo es el punto crítico, capitán. No otra cosa.

—¿Hoskins?

—Creo que sí —dijo Paresi con voz cansada—. Al igual que Johnny escapó de un problema que no podía resolver y se dedicó a uno que sí era capaz de afrontar. Sólo que, en lugar de regresar, se ha dedicado al ajedrez. Espero que Johnny no vuelva al presente

todavía. Es demasiado... ¡Capitán! ¡Se ha ido!

Se volvieron y miraron atónicos hacia la litera de Johnny. O... donde había estado la litera de Johnny antes de que la pared negra se hubiese adelantado hacia adentro y la hubiera cubierto.

V

«...y yo estaba allí, doctor, en el vestíbulo del hotel, al mediodía, ¡completamente desnuda!

—¿Tiene esos sueños a menudo?

—Me temo que sí, doctor. ¿Estoy bien...? Quiero decir...

—Deje que le haga una pregunta: ¿Cree usted que estas experiencias son reales?

—¡Claro que no!

—Entonces, señora, está usted, por definición, sana: porque la locura, en un último análisis, es la incapacidad de distinguir lo real de lo irreal.

Paresi y el capitán se dirigieron juntos hacia la popa, y se detuvieron a cuatro pasos de la bombeante negrura.

—*¡Johnny!* —La voz del capitán sonó cascada debido al agónico esfuerzo de su grito. Caminó hacia el muro negro y lo golpeó con los nudillos de su mano.

—No le va a oír —dijo Paresi crudamente—. Venga, capitán. Vuelva acá.

—¿Por qué él? ¿Por qué Johnny? ¡Ya le habían hecho todo lo que pudieron a Johnny; tú mismo lo dijiste!

—Venga —dijo Paresi de nuevo, con firmeza. Luego habló enérgicamente—: ¿No se da cuenta de que no le están haciendo nada a él? ¡Nos lo están haciendo a nosotros!

El capitán permaneció inmóvil, con todos sus músculos rígidos, mirando fijamente la informe intrusión. Luego se volvió.

—A nosotros —repitió como un papagayo. Después, se dirigió dando traspiés hacia el doctor, como cegado. Paresi lo asió

fuertemente por el bíceps y ambos caminaron hacia la litera de aceleración.

El capitán se sentó pesadamente dando la espalda a esa nueva invasión. Paresi permaneció de pie junto a él, reflexionando. Luego se acercó a Hoskins.

El ingeniero, sentado frente a su tablero de ajedrez, estaba profundamente concentrado. El límite más alejado del tablero parecía indefinido, perdido parcialmente en la misteriosa cortina que cubría la mampara.

—Hoskins.

No hubo respuesta.

Paresi apoyó su mano sobre el hombro de Hoskins. La cabeza de Hoskins se alzó lentamente. No se volvió. Su mirada estaba fija frente a sí, concentrada en la oscuridad. Pero, al menos, había dejado de mirar el tablero.

—Hoskins —dijo Paresi—, ¿por qué juegas al ajedrez?

—El ajedrez es el ajedrez —dijo Hoskins quedamente—. El ajedrez puede simbolizar cualquier conflicto, pero es ajedrez y siempre seguirá siendo ajedrez.

—¿Con quién estás jugando?

No hubo respuesta.

—Hoskins... te necesitamos. Ayúdanos.

Hoskins bajó la cabeza despacio hasta que su mirada volvió a quedar concentrada en el tablero.

—La palabra no es lo esencial —dijo—. El número no es la esencia. La representación, la ideografía, el símbolo... no constituyen la esencia. Contrariamente...

—Sí, Hoskins.

Paresi esperó. Hoskins no se movió ni habló. Paresi volvió a apoyar su mano en el hombro del ingeniero, pero esta vez no hubo respuesta. De repente, blasfemó, se inclinó y descargó un tremendo puñetazo de modo que hizo volar por los aires el tablero y las fichas de ajedrez.

Cuando hubo terminado el estruendo, Hoskins dijo con satisfacción:

—Las piezas no son el juego. Los símbolos no son lo esencial.

Permaneció sentado, con los ojos fijos en la silla vacía en la que había estado el tablero. Alargó una mano y movió una pieza, donde

no había ninguna pieza, hacia un cuadro que ya no estaba allí. Luego esperó, acomodándose en su silla.

Paresi, jadeando aguadamente, retrocedió, giró sobre sus talones y volvió junto al capitán.

Anderson le miró, y en sus ojos se vislumbraba un tenue asomo de humor.

—Será mejor que se siente y hablemos de otra cosa, doctor —dijo.

Paresi emitió un sonido animal, profundo y tierno, que pareció surgir de mucho más allá de su garganta, se dejó caer en la litera, junto al capitán, y se frotó las manos por un momento. Luego, sonrió.

—Muy bien, jefe. Será mejor hacerlo así.

Permaneció sentado en silencio durante un rato. Entonces, el capitán apuntó:

—Respecto a los distintos puntos críticos...

—¿Sí, capitán?

—Quizás seas capaz de descubrir qué es lo que hace que distintos hombres lleguen al punto crítico de diferentes maneras y por distintas razones. Quiero decir, el caso de Johnny parecía muy claro y bien delimitado, y lo que habías explicado de Hoskins, él se ha encargado de demostrarlo claramente. En cuanto a Ives, ahora... de momento es presumible que esté inconsciente durante un tiempo. Pero, si eres capaz de suponer cómo podríamos llegar nosotras al punto crítico, ¿por qué... no tratamos de averiguarlo con exactitud?

—¿Cree que esto serviría para algo?

—Estaríamos preparados.

Paresi le miró con viveza.

—Supongamos que hay un niño que teme la oscuridad. Pregúntele, y él dirá que hay algo en los lugares oscuros que está acechándole. Entonces, asegúrele con gran autoridad que, no sólo está en lo cierto, sino que ese «algo» está al acecho a cada instante. ¿Qué habrá logrado?

—Perjudicarle —asintió el capitán—. Pero tú no le dirías esto al niño. Deberías decirle que allí no había nada. Deberías demostrar que no había nada.

—Y lo haría —aprobó el doctor—. Pero, en nuestro caso, no

puedo hacer nada por el estilo. Johnny entró en crisis por causa de unas máquinas que no funcionaban. Hoskins llegó a su punto crítico debido a unos fenómenos que no podían ser medidos ni comprendidos. Ives cayó por bichos que se arrastraban y correteaban. Subjetivamente se trata de fenómenos reales. Cualesquiera que sean los terrores básicos que nos puedan apresar a usted o a mí aparecerán, y sin que importe cuán probables puedan ser. Y usted pretende que yo le digo qué son. No, capitán. Es mejor que los deje en su subconsciente, donde los ha enterrado.

—No tengo miedo —dijo el capitán—. ¡Dígamelos, Paresi! Al menos, los sabré. He de saberlos. ¡Debo saberlos, por todos los diablos!

—¿Está seguro de que yo puedo decírselo?

—Sí.

—Ya sabe que no le he psicoanalizado. Algunas de estas cosas son muy difíciles de...

—No sabe, ¿verdad?

—Condenado hombre, ¡sí! —Paresi se humedeció los labios—. De acuerdo, entonces. Puedo hacer algo equivocado ahora... Usted cultivó la idea de que yo soy un hombre muy astuto que sabe automáticamente cosas de ese tipo, y ello le ha servido de confort. Yo no deduje todas esas cosas ni las supuse. Estaba informado.

—¿Informado?

—Sí, informado —dijo Paresi enojado—. Oiga, se supone que esto es una información estricta, pero el Servicio de Exploración no se basa sólo en tests individuales para formar un grupo. Hay otro factor... digamos un factor de ineptitud. En términos más sencillos, viene a ser esto: un grupo no puede trabajar unido sólo con que cada uno de los miembros que lo constituyen sea el más eficiente en su trabajo. Cada uno tiene que *necesitar* a los demás, a cada uno de los demás. Y la palabra *necesitar* implica *carencia*. En otras palabras, ninguno de nosotros es una individualidad equilibrada. Y los desequilibrios son escogidos y clasificados a la hora de formar un grupo, de modo que se mezclen y se compensen y resulte una unidad equilibrada. Claro que conozco los temores de Johnny, y los de Hoskins, y los suyos. Figuraban en mis tratamientos de adoctrinamiento. Conozco la historia de todos sus casos, todos sus resortes psíquicos.

—¿Y los tuyos? —preguntó el capitán.

—Hoskins, por ejemplo —dijo Paresi—. Casado y feliz, sin hijos. Físicamente inferior durante toda su vida. Reprimió su deseo de una ciencia pura que produjera algo más que un conocimiento de las diversas ciencias existentes y acabó siendo un diablo de ingeniero. Alto coeficiente idealista; autosacrificio. Mírelo jugando al ajedrez, haciendo de esta situación muy real una abstracción teórica... abandonando el matrimonio para lanzarse al espacio remoto.

»En cuanto a Johnny, ya lo sabemos. Obsesionado con máquinas que nunca fallan. Las trata como si fueran juguetes, y, como lo haría cualquier chiquillo imaginativo, se confía a sus máquinas. Ellas le proporcionan seguridad. Necesita ser un héroe, desde las estrellas...

»Ives... siempre obeso. Acostumbrado a ser afable, acostumbrado a reír con los demás cuando los demás se reían *de él*, y conteniendo sus nervios cada vez que ello ocurría. Buen apetito. Está aquí para satisfacerlo; está aquí porque así puede comerse las galaxias...

Se produjo una larga pausa.

—Adelante, prosiga —dijo el capitán—. ¿Quién es el siguiente? ¿Tú?

—Usted —dijo escuetamente el doctor—. Usted creció con una pasión ardiente por conocer la naturaleza de las cosas. Pero no era una curiosidad científica, era una curiosidad estética. Usted es una de las pocas personas vivas que rehusó una educación subvencionada, y siguió su propio ritmo de trabajo haciendo estudios superiores mientras ejercía como miembro de una tripulación de una compañía comercial de viajes espaciales. Llegó a ser uno de los más jóvenes profesores de filosofía que se han dado en la historia reciente. Tuvo un casamiento romántico y su mujer falleció en el parto. Desde entonces... alrededor de cien misiones con la E.A.S., rehusando numerosas ofertas de ascenso. ¿Tengo que decirle cuál es su espanto, ahora?

—No —dijo Anderson con la voz ronca—. Pero no... no tengo miedo. No tenía la menor idea de que... —tragó saliva—, tu información fuese tan completa.

—Hubiera deseado que no lo fuera. Hubiera deseado que hubiera algunas cosas acerca de las que poder interrogarme —dijo Paresi con una amargura sorprendente.

El capitán le miró con sagacidad.

—Sigue contando las historias de cada caso.

—He terminado.

—No. No has terminado.

Paresi no respondió, y, entonces, el capitán le refrescó la memoria.

—Johnny, Ives, Hoskins, yo. ¿No habrás olvidado a alguien?

—No —gruñó Paresi—, y si está esperando que le diga por qué un psicólogo se entierra en las estrellas, sepa que no voy a hacerlo.

—Yo no quiero que me expliques algo tan general —dijo el capitán—, sólo pretendo que me cuentes cómo viniste tú a parar acá.

Paresi frunció el ceño. El capitán miraba más allá de él y aventuró:

—¿Ahogado en un vaso de agua, Nick?

Paresi bufó.

Anderson preguntó:

—No gustas a las mujeres, ¿verdad, Nick? Casi de un modo inaudible, Paresi dijo:

—Será mejor que lo deje, capitán.

—Lo más aproximado posible a ser una madre... ¿es eso? —dijo Anderson.

Paresi se puso blanco.

El capitán cerró los ojos, frunció el ceño, y finalmente, dijo:».

—O simplemente quieres jugar a ser Dios.

—Se lo voy a poner difícil —dijo Paresi entre dientes—. Hay varias maneras de que llegue usted al punto crítico, lo mismo que hay diversas maneras de acabar con un leño... haciéndolo estallar, aplastándolo, convirtiéndolo en serrín, quemándolo... Una de las maneras sería que luchara contra mí hasta que me venciera. Pero... no quiero luchar. Y usted es demasiado racional para atacarme sin que yo lo haga primero. *Eso* es lo que lo hará todo más duro. Si llega al punto crítico, deberá ser por otro camino.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? —preguntó el capitán con una repentina docilidad—. No lo sabía. Creía que sólo estaba intentado sonsacarte tu propio caso, es todo. ¿Qué estás mirando?

—Nada.

No había nada. Allí donde habían estado las ventanillas de

observación, no había nada. Donde habían estado los controles, la estación de comunicación, los paneles de aceleración delanteros y los armarios de provisiones, las cartas de navegación y los computadores y el equipo de radar... no había nada. Negrura; todo estaba monótono, sin rasgos distintivos, silencioso, impenetrable. Se sentaron en una litera junto a una pared, a la que estaba sujeta una mesa. Alrededor de ellos había un suelo vacío y la oscuridad. El jugador de ajedrez estaba encarado a la negrura, y quizás ya estaba parcialmente dentro de ella; era difícil apreciarlo.

El capitán y el oficial médico se miraron uno al otro. Parecía que no hubiera nada que decir.

VI

Pues se asegura falsamente que los sentidos del hombre son la medida de todas las cosas: al contrario, todas las percepciones, tanto las de los sentidos como las de la mente, hacen referencia al hombre y no al universo; y la mente humana se parece a aquellos espejos no planos que imparten sus propiedades a diferentes objetos... y los distorsionan y desfiguran... Porque cada uno... tiene en sí una madriguera que refracta y decolora la luz de la naturaleza.

Sir Francis Bacon

(1561-1626).

Fue el capitán el primero en moverse. Se dirigió hacia lo que quedaba de mampara y abrió un armario. Extrajo de su interior una rejilla de radar y tres cabos de alambre. Paresi, sobresaltado, se volvió y vio cómo Hoskins observaba fijamente al capitán.

Anderson sacó algunos utensilios del fondo del armario y luego cogió una gran botella.

—Oh —dijo Paresi—. Pero... yo creí que estaba haciendo algo constructivo.

Entre las sombras, Hoskins volvió a girarse y se concentró en su juego. El capitán miró atentamente la botella, la sacudió y la agarró con brusquedad.

—Soy yo —dijo—, soy yo.

Se acercó al doctor y se sentó junto a él. Descorchó la botella y bebió con furia. Paresi le observaba, con los ojos tan inexpresivos como la oscuridad informe que los aprisionaba.

—¿Y bien? —dijo el capitán agresivamente.

Las manos de Paresi se alzaron, pero, acto seguido, volvieron a descender.

—Me pregunto por qué.

—¿Por qué me voy a emborrachar como un estúpido? Te lo voy a explicar, cerebro. Porque me da la gana, ésa es la razón. Porque me gusta. No lo hago por la inversión de esa represión encubierta que se expresa en los sentimientos involutivos que, en mi infancia, se desarrollaron en lo que respecta a la vida sexual de los castores, ¿comprendes, viejo catequizador? Me gusta y basta.

—Conocí a un hombre que se acostaba con sus viejos zapatos puestos porque le gustaba —dijo Paresi fríamente.

El capitán volvió a beber y rió estruendosamente.

—Nada puede cambiarte, ¿verdad, Nick?

Paresi miró a su alrededor con cierto temor.

—Puedo cambiar —susurró—. Ives ha desaparecido. Déme la botella.

Algo hizo un ruido al chocar contra el suelo junto al borde de la cortina negra.

—Es otra alucinación —dijo el capitán—. Anda, Nick, muchacho, coge la alucinación.

—No es mi alucinación —dijo Paresi—. Cójala usted.

—Claro —dijo el capitán con buen humor. Esperó a que Paresi terminara de beber y después recuperó la botella; luego se la llevó a los labios con decisión. Se secó la boca con el dorso de la mano, exhaló profundamente y se dirigió hacia la negrura a través de la cabina.

—Bien, ¿qué te parece? —suspiró.

—¿Qué ocurre esta vez?

Anderson izó el objeto.

—Un trofeo, eso es lo que es —dijo mirándolo—. *All-American*, 2675. Una estatuilla de un muchacho ciñendo una corona de vencedor. Está guapo el muchachete.

Se acercó a Paresi y agarró la botella. Vertió licor sobre la cabeza de la figurilla.

—Toma una copa, chico.

—Déjeme ver eso.

Paresi la cogió, la alzó a la luz, le dio la vuelta. De pronto la soltó como si fuera un ascua.

—Oh, Dios mío...

—¿Qué ocurre, Nick? —El capitán cogió la estatuilla y la

observó.

—Déjelo, déjelo —dijo el doctor con voz entrecortada—. Es... Johnny...

—Oh, sí que lo es, sí —balbució el capitán: Depositó cuidadosamente la estatuilla sobre la mesa, dudó, y luego apartó de ella la vista. Con una abrupta animación se volvió hacia Paresi.

—¡Eh! No dijiste que se parecía a Johnny. Dijiste que *era* Johnny.

—¿Lo dije?

—Sí —dijo esbozando una sonrisa de lobo—. No está mal para tratarse de un psicólogo. ¡Vaya una mirilla que abriste! Ídolos, ¿eh?

—Cállese, Anderson —dijo Paresi cansinamente—. Ya le dije que no le permitiría que me provocara.

—Vamos, si todo es una broma —dijo el capitán. Se dejó caer pesadamente sobre la litera y pasó un brazo por encima de los hombros de Paresi—. Seamos amigos. Cantemos una canción.

Paresi lo apartó de sí y dijo:

—Déjeme en paz. Déjeme en paz.

Anderson le volvió la espalda y miró la estatuilla con gravedad. Tendió la botella hacia ella, musitó un saludo, y bebió.

—Me pregunto...

Las palabras quedaron suspensas hasta que Paresi salió de su ensimismamiento para hacerlas caer de golpe:

—Maldición... ¿*qué* es lo que se pregunta?

—Oh —dijo el capitán con un aire jovial—. Sólo me preguntaba en qué te vas a convertir.

—¿De qué está hablando?

Anderson señaló la figurilla con la botella, que volvía a llamarle la atención, y bebió de nuevo.

—Johnny se convirtió en lo que cree que es. Un muchacho que ha obtenido una gran victoria. Hoskins, ése va a convertirse en una regla de cálculo, y, si no lo crees, espera y observa. En cuanto al viejo Ives, es fácil de adivinar. Se convertirá en un barril de cerveza lleno. Siempre lo vi así. —Se detuvo para reír escandalosamente en el rostro ensombrecido de Paresi—. Yo ya no tengo secretos. Me convertiré en un escudo de armas... una filosofía inútil rampante sobre un campo de estrellas.

Apoyó la embocadura de la botella sobre su frente y la apretó

violentamente; luego la bajó y se palpó el anillo rojo que se le había formado entre los ojos.

—Una marca de ganado —confió—. Una marca de casta. Cero, eso soy yo y toda mi condenada familia. La casta ha muerto, la casta ha muerto —gruñó, con la mirada llena de agradecimiento, y se volvió de nuevo hacia Paresi—. Pero ¿en qué se va a convertir el viejo Nicky?

—No me llame Nicky —dijo el doctor enojado.

—Ya sé —dijo el capitán semicerrando los ojos y posando el índice sobre su nariz—. Un libro de consulta, en eso se va a convertir. Un tratado sobre... la histerectomía post-natal, o cómo liberar los prejuicios de un hombre y desmontar su orgullo... Saqué eso de alguna parte...

»¡No! —gritó de pronto; luego, en voz baja, como si estuviese conspirando, dijo—: Tú no podrás ser un libro, Nicky, chico. Las cubiertas no son lo bastante fuertes. No existe la tipografía adecuada. ¿Me captas? —rugió, y dio un codazo perverso a Paresi en las costillas—. El tipo de letra, eso es un chiste.

Paresi se dobló con el golpe, como si fuese un gusano mordido por una hormiga carnívora. No dijo nada.

—Y finalmente —dijo el capitán— no vas a ser un libro porque no tienes... columna vertebral.

Se puso de pie abruptamente y añadió:

—Bien, ¡qué te parece! ¡Ya lo sabes!

Se inclinó y agarró un objeto increíble que se encontraba cerca, entre las sombras. Era un barrilete de un cuarto de litro de cerveza.

Lo levantó y lo depositó despacio sobre la mesa.

—Vamos, Nick —dijo alegremente—. Ya se reúnen. Ahí está el viejo Ives, tal y como dije.

Paresi miró el barrilete, y sus ojos se agrandaron de tal modo que podía verse cómo sus párpados se movían al mismo ritmo que su pulso.

—Basta, Anderson, eres un canalla...

El capitán le dirigió una mirada de disgusto y bufó desafiante. De entre un montón de aparejos de radar cogió un destornillador y con un pequeño mazo golpeó el mango de aquél. El bitoque desapareció explosivamente, introduciéndose en el barrilete, y reapareció con una gota de espuma blanca. Paresi chilló.

—Ah, cállate —gruñó Anderson. Estuvo hurgando entre los utensilios hasta que encontró un pedazo de un amplio tubo cerrado por un extremo. Luego rompió un trocito de metal autosoldable y lo aplicó a uno y otro extremos del tubo, de modo que el resultado fuera una jarra: Esperó un momento, mientras se enfriaba la soldadura, y luego golpeó ligeramente el barrilete hasta que comenzó a brotar cerveza junto con la espuma. Llenó la jarra improvisada y la extendió hacia Paresi.

—Viejo y buen Ives —dijo sentimentalmente—. Vamos, Paresi, bebe un poco de Ives.

Paresi se volvió y se cubrió la cara con las manos, como si fuera una mujer aterrorizada.

Anderson se encogió de hombros y bebió la cerveza.

—Es buena cerveza —dijo. Miró de arriba abajo al doctor, que de pronto se echó boca abajo sobre la litera, con la cabeza colgando por el lado opuesto, oyó ruidos de arcadas y atragantamientos.

—Pobre viejo Nick —dijo el capitán con tristeza—. Volvió a llenar la jarra improvisada y se sentó. Con su mano libre dio unas palmaditas amistosas en la espalda de Paresi—. No puede beber. Pobre, pobre Nick...

Después, se produjo un silencio cada vez más profundo, una oscuridad cada vez más intensa. Paresi permanecía en silencio, respirando muy despacio, conteniendo cada inspiración y expeliendo el aire después de retener lo inhalado durante tres segundos, como si respirar representara para él un esfuerzo consciente... adicional, como si respirar fuera la única tarea, la última finalidad de la existencia. Anderson fue deprimiéndose poco a poco. Cada vez que parpadeaba, lo hacía más lentamente y sus ojos se abrían una fracción menos, mientras que aumentaba imperceptiblemente el tiempo que permanecían cerrados sus párpados. La cabina estaba en tensión, tanto como la tiesa pose del rígido y pequeño trofeo de la victoria.

Entonces se oyó una música.

Era suave, grandiosa; la música del boato, la música de las vestimentas doradas y escarlatas; pendientes con joyas y multicolores sombras que se elevaban para ser talladas en piedra. Era una música que esperaba el acompañamiento de susurros, miles de sibilantes y pavorosos rumores rituales que fueran capaces de

contener un mensaje incomprensible y un solo propósito reconocible. Una música suave, muy suave; y no era suave en lo que respecta al volumen, porque el volumen aumentaba cada vez más, sino suave como las nubes, que son suaves y maleables al mismo tiempo que brillantes e inmensas; suave y viva como la garganta de un tigre, tersa como un seno, blanda como el acto de embriagarse, e inmensa como una nube.

Anderson hizo dos movimientos; irguió la cabeza y vertió cerveza en su jarra, de modo que el centro de la superficie líquida de la misma se hundió y aparecieron burbujas. Con la cabeza erguida y los ojos hacia abajo, se sentó mirando el círculo de burbujas y ralentizó sus gestos.

Paresi se levantó despacio y se dirigió hacia el centro del pequeño espacio iluminado que les quedaba, y lentamente se arrodilló. Extendió sus brazos hacia arriba, y su rostro, vuelto hacia lo alto, aparecía resplandeciente y radiante.

Frente a él, en la oscuridad, había —o quizás había estado por algún tiempo— un brillo luminoso de color azul, casi tan tenue como la penumbra que le rodeaba, pero, por ello mismo, azul y físicamente intenso y profundo. Su profundidad aumentaba más que su luminosidad. Se convirtió en el espectro de una gruta, la entrada a un lugar innombrado.

Y en su interior había una persona. Una... *presencia*. Hizo señas.

El rostro de Paresi brillaba sudoroso.

—¿Yo? —jadeó—. ¿Es a mí a quien llama?

La presencia gesticuló.

—No... lo puedo creer —dijo Paresi—. No es posible que me llame a mí. No sabe quién soy. No sabe qué soy, ni lo que he hecho. No me llama a mí... —Su voz fue haciéndose cada vez más débil hasta llegar a ser casi inaudible—... ¿verdad?

La presencia hizo un ademán.

—Entonces, sabe —murmuró con un tono de voz de revelación—. Le he negado con mis labios, pero sabe, conoce lo que se oculta... en lo más hondo... No he vacilado ni un instante. Siempre mantuve su imagen ante mí.

Se levantó. Anderson le observó.

—Sois mi vida —dijo Paresi—, mis esperanzas, mi realización. Sí, sois toda la sabiduría y la caridad. Gracias, gracias... Maestro. Os

doy gracias Señor —dijo abruptamente, y se encaminó directamente hacia el interior de la luz azul.

Por un momento, la música sonó como un himno, y luego también desapareció.

Anderson suspiró ruidosamente. Alzó su cerveza, se examinó a sí mismo, y después depositó el barrilete junto a la figurilla del atleta. Se acercó al lugar en el que había desaparecido Paresi, se inclinó y recogió un pequeño objeto. Blasfemó y volvió a la litera.

Se chupó el pulgar y volvió a jurar.

—Tus espinos son puntiagudos, Paresi.

Con cuidado, colocó el objeto entre el barrilete de cerveza y la estatuilla. Era una simple cruz de madera. Alrededor de los brazos y del árbol se enroscaban, clavándose profundamente, unos espinos.

—Dios todopoderoso, Nick —dijo Anderson con tristeza—. No debiste ocultarlo. A nadie le hubiera importado.

»¿Y bien? —rugió de pronto a la oscuridad—. ¿A qué estáis esperando? ¿Me interpongo en vuestro camino? ¿He hecho algo que os detenga? ¡Adelante, adelante!

Su voz resonó por lo que quedaba del casco de la nave, pero era notablemente asimilada por la absorbente oscuridad. Esperó hasta que hubieron desaparecido las últimas reverberaciones, y luego atendió hasta que su recuerdo era difícil de fijar. Golpeó fútilmente las cojines de la litera, miró a todas partes, con ferocidad y moviendo la cabeza y los ojos de una manera desaforada, como si fuese un animal acorralado. Después, se relajó, se inclinó y agarró la botella de alcohol.

—¿Qué os pasa? ¡Eh, vosotros, los de ahí afuera! —preguntó con serenidad—. ¿Estáis esperando que me eche a llorar? ¿Queréis que esté en mis cabales, que sea yo mismo, antes de componerme? ¿Queréis saber algo? In vino ventas, eso es... No tenéis que esperar, chiquillos. Soy mucho más yo mismo ahora de lo que pueda serlo después de acabar con esto —dijo. Y cogió la figurilla y la colocó al otro lado del barrilete—. Así está bien, Johnny. Ponte al otro lado del viejo Tonel de cerveza. Haz sitio para un viejo —prosiguió. Y después dijo hacia la oscuridad—: Escuchad, tengo costumbres muy pulcras; no me dejéis en el suelo, ¿me oís? Alineadme con los

muchachos. ¿En qué voy a convertirme? Ah, sí. En un escudo de armas. Oh, olvidó mi leyenda. Bien: esta es mi leyenda. «*Sic itur ad ostra*»... que quiere decir: «Éste es el camino que conduce al lugar de los hombres».

En alguna parte, lloró un niño.

Anderson se cubrió los ojos con el antebrazo.

Alguien hizo:

—¡Shhh! —pero el niño se echó a llorar desconsoladamente.

—¿Quién está ahí? —dijo Anderson.

—Yo, querido.

Él respiró profundamente por dos veces, y después susurró:

—¿Louise?

—Por supuesto. *Shhh*, Jeannie.

—¿Está Jeannie contigo, Louise? ¿Está bien? ¿Estás... bien?

—Ven y mira —dijo la dulce voz con una risita ahogada.

El capitán Anderson se dirigió hacia la oscuridad de popa. Se fue acercando en silencio y despacio.

Sobre la mesa estaban la figurilla de marfil, un barril de un cuarto de cerveza, una cruz espinosa, y un corazón. No era un ejemplar fisiológico; era, más bien, un arquetipo del más sentimental de los símbolos, el corazón recortado, brillante y suave de formas que representa el amor. Estaba atravesado por una flecha dorada, y sobre él había flores: lilas, rosas blancas, y nomeolvides. El corazón demostraba que estaba vivo, lo cual lo convertía en algo mejor de lo que pudiera haber parecido a primera vista.

VII

...Estamos a punto de aterrizar. El Planeta es verde y estamos sobre él, el largo viaje ha terminado... Parece un buen lugar para vivir...

Un fragmento del Viejo Testamento me ha venido a la mente... es un verso del Eclesiastés, creo. No lo recuerdo textualmente, pero dice algo así:

Hay una época para cada cosa, y un momento adecuado para cada una de las cosas que suceden bajo la capa del cielo: hay un tiempo para llorar, y un tiempo para reír; un tiempo para lamentarse y un tiempo para bailar; un tiempo para ganar y un tiempo para perder; un tiempo para conservar, y un tiempo para derrochar; un tiempo para nacer, y un tiempo para morir; un tiempo para sembrar, y un tiempo para cosechar.

Siento que me ha llegado esa hora. Tal vez no es la hora de morir, sino de algo menos final y más terrible.

En cualquier caso, recordarás, lo sé, aquello que decidimos hace mucho... que el hombre ha de ofrecer una de estas dos cosas a su planeta, a su raza: la posteridad o él mismo. Yo no puedo contribuir a lo primero... y, en consecuencia debo ofrecer lo segundo sin chistar, una vez aceptado...

De una carta de Peter Hoskins a su mujer.

En el silencio y en la penumbra, Hoskins se movió.

—Jaque mate —dijo.

Se levantó de su silla y cruzó la cabina. Ignorando lo que había sobre la mesa, abrió un cajón y extrajo una regla de acero. De una estantería cogió un pesado y grueso manual. Se sentó en un extremo de la litera con el manual sobre sus rodillas y comenzó a hojearlo,

hasta dejarlo abierto por una página de medidas físicas. Miró al suelo, y alejó la mirada hasta la cortina negra; después la fijó en el pedazo de mampara que aún permanecía fuera del alcance de la capa oscura. Gruñó, dejó el libro, y llevó su medidor hasta el muro de acero. Fijó uno de los extremos de la cinta métrica en él mediante el uso del control paramagnético de la cubierta de aquélla, y, luego, atravesó la pieza con la cinta. Cuando llegó con el extremo de la cinta a la oscuridad, hizo una marca y tomó un dato.

Después tomó medidas desde un punto opuesto al extremo delantero de la mesa hasta el extremo posterior de la litera. Actuando cuidadosamente, se arrodilló y construyó una perpendicular a esta línea. Volvió a dirigir la cinta métrica, por tercera vez, hasta el límite del muro negro. Permaneció inmóvil mirando pensativo, y, después, sin dudar un instante, metió su mano en él. Durante un momento estuvo moviendo la mano en círculo, empujando hacia adelante, volviéndolo a intentar. De pronto, se produjo un ruido seco. Retrocedió unos pasos.

Algo corpulento asomó de entre la oscuridad. Empujó hacia adelante, contra él, pasó de larga y se detuvo.

Era la compuerta.

Hoskins se secó el labio superior y observó con atención hasta que se abrió la escotilla que daba al exterior. Era una tarde soleada y soplabla una suave y fresca brisa. En el viento se oían cantos de pájaros y se podían oler las plantas que crecían. Hoskins echó una ojeada, con los ojos velados. Luego se volvió hacia la cabina.

La oscuridad había desaparecido. Ives estaba tendido sobre una litera, y parecía inconsciente. Johnny sonreía entre sueños. El capitán roncaba estentóreamente, y Paresi estaba encogido sobre sí mismo como un gato. La luz del sol penetraba a través de las ventanillas delanteras de la nave. La manivela brilló intacta sobre la mampara.

Hoskins contempló la tripulación dormida y sacudió la cabeza, sonriendo levemente. Entonces, se dirigió hacia la consola de control y tomó un micrófono. Comenzó a hablar suavemente con su inexpresiva y suave voz. Dijo:

—La realidad es lo que es y no lo que parece ser. Lo que parece

ser es una cuestión individual, e incluso, en cada individuo, varía constantemente. Aunque esto sea una perogrullada, no deja de ser una verdad incontestable, algo tan verdadero como el hecho de que esta nave no puede fallar. El curso de los hechos desde nuestro aterrizaje hubiera sido profundamente distinto si hubiéramos aceptado unánimemente aquello que sabíamos que era verdad. Pero ninguno de nosotros debe sentirse culpable. No estamos en condiciones de negar la evidencia de nuestros sentidos.

»Lo que han hecho los nativos de este planeta es, básicamente, sencillo y directo. Ellos tenían que saber si la raza que construyó esta nave pudo hacerlo porque se trataba de seres psicológicamente sanos y además capaces de razonar algo distinto al proceso de construcción (entre muchas, muchas otras cosas), o si, por el contrario, nosotros sólo teníamos aptitudes mecánicas. Para averiguarlo, nos pusieron a prueba. Nos sometieron a pruebas igual que verifican las cualidades y la calidad del acero... para encontrar el punto crítico, el punto de ruptura, el límite de resistencia. Y mientras ellos ponían en juego nuestra salud mental yo jugué a tratar de defender nuestras vidas. No podía compartir el juego con ninguno de vosotros porque, de entre todos, era el único que tenía experiencia en él. Paresi tenía cierto grado de razón cuando dijo que yo me había encerrado en la abstracción... la abstracción del ajedrez. En cambio, se equivocaba al concluir que yo había sido conducido a ella. Podéis tener la seguridad de que yo la elegí voluntariamente. Era una simple cuestión de traducir la evidencia contractual a un sistema de ideas equivalente.

»Aprendí en seguida que, cuando juegan, siguen unas reglas. Yo conozco las reglas del ajedrez, pero no conocía las reglas de su juego. No me proporcionaron sus reglas. Simplemente me permitieron que les explicara las mías.

»Un poco más despacio, comprendí que, aunque su poder de investigación en nuestras mentes es desconocido en cualquiera de las siete galaxias de las que sabemos algo, no alcanza más allá de las ideas que se encuentran en la zona más superficial de nuestra conciencia. En otras palabras, el ajedrez ofrecía una posibilidad. Se podían ver forzados a tomar una de nuestras piezas sacrificadas mientras quedaban obligados a sacrificar una de sus propias piezas. Son capaces de extrapolar perfectamente una ilación de ideas...

pero no pueden alcanzar lo que no se piensa. Por eso les gané al ajedrez. Y concentrando mis esfuerzos en el tablero, conociendo las reglas del juego y teniendo en cuenta, además, que ellos las respetaban, podía conservar lo que solemos llamar salud mental. Mientras que vosotros estabais contrariados porque había desaparecido la compuerta, yo no me contrarié porque lo desaparecido no era el ajedrez.

»Seguramente os estaréis preguntando cómo lograron hacernos todo eso. No lo sé. Pero lo que sí puedo deciros es lo que hicieron. Empalizaron... es decir, veían a través de nuestros ojos, sentían a través de nuestro tacto... de este modo percibían lo mismo que nosotros. En segundo lugar, ellos son capaces de controlar esas percepciones; pudieron distorsionarlas lo mismo que hubiera hecho Ives; las hacían pasar a través de un circuito de distorsión entre el órgano sensitivo y el cerebro. Por ejemplo, podéis encontrar nuestras huellas digitales alrededor del control de la compuerta, en los lugares en que, uno tras otro, golpeamos el muro y creíamos que estábamos pulsando el botón.

»También os estaréis preguntando cómo logré romper su hechizo sobre nosotros. Bien, simplemente creí en lo que conozco como verdadero; que la nave no ha sido dañada ni ha cambiado lo más mínimo. Tomé medidas con la cinta de acero y ése fue el resultado. ¿Por qué no hicieron que equivocara la lectura de la cinta? Lo hubieran hecho si yo hubiera dado los datos anteriores. Al principio estaban ocupados en jugar a trastornar cada una de las evidencias pragmáticas. Pero yo pospuse la medición. Cuando hubieron acabado con sus confusiones sensoriales, descubrieron que seguían sin haberme derrotado. Entonces me dejaron por inútil, como un ratón atrapado en un laberinto, para ver si era capaz de encontrar la salida. Y nuevamente siguieron sus reglas. No cambiaron la estructura del laberinto cuando, al final, me decidí a atacarlo.

»Dejadme repasar lo que hice; me siento incómodo si se me considera un superhombre. Por decirlo de un modo gráfico: éramos cinco peatones tratando de cruzar una gran avenida con un tráfico muy intenso. Vosotros cuatro intentasteis cruzar de un modo noble... ensordecidos y cegados. Todos resultasteis atropellados. Yo no; y no fue porque yo sea más fuerte o más inteligente que vosotros, sino sólo porque esperé en la acera y esperé a que

cambiara la luz.

»Por tanto, hemos ganado. Ahora...

Hoskins hizo una pausa para humedecerse los labios. Miró a sus compañeros de viaje, durante un buen rato a cada uno, reflexionando. De nuevo su agradable rostro mostró una semisonrisa, y su cabeza volvió a menearse como antaño. Levantó el micrófono.

»...en mi partida de ajedrez les ofrecí una pieza menor con el fin de alcanzar la victoria, y ellos aceptaron. Mi interpretación es que me quieren para posteriores pruebas y comprobaciones. Eso no os tiene que afectar y os daréis cuenta de ello cuando oigáis lo siguiente. Primero: es mi propia elección. Y no me resulta difícil adoptar esta actitud. Tal y como señaló Paresi, tengo un alto coeficiente idealista. Segundo: soy, después de todo, una pieza minúscula en este juego inmenso. Estoy convencido de que no hay prueba a la que ahora puedan someterme, derrotándome, que cualquiera de vosotros no pudiera superar.

»Pero en ningún caso debéis tratar de rescatarme en un intento desesperado y descabellado. Ni lo quiero ni lo necesito. Y no juzguéis severamente a los nativos; no estamos en condiciones de hacerlo. Estoy seguro de que, tanto si regreso como si no, esta gente resultará una importante aportación a la comunidad galáctica.

»En cualquier caso, buena suerte. Si las pruebas no resultan demasiado duras, os volveré a ver. De lo contrario, lo único que lamentaré es haber de deshacer lo que pudiera haber sido, después de todo, un estupendo y efectivo equipo. Si ello ocurre, le decís a mi mujer las cosas habituales en estos casos, y le entregáis una carta que encentraréis entre mis papeles. Hace mucho que está preparada para cualquier eventualidad.

»Johnny... los nativos te van a reparar el encendedor...

«Buena suerte. Adiós.

Hoskins colgó el micrófono en su lugar de costumbre. Cogió una estilográfica y escribió una línea: *«Escucha mi grabación, Pete»*.

Y entonces, sin casco y desarmado, cruzó el umbral de la compuerta y salió al espacio abierto bajo el sol dorado. Una vez afuera, se detuvo, y por un instante apoyó su mejilla contra la superficie intacta de la nave.

Luego, caminó hacia el valle.

He aquí la última, y una de las más vividamente conmovedoras de las leyendas poéticas de Ray Bradbury en otros planetas... y, a modo de sorpera, no se localiza en Marte sino en Venus. Al igual que el Marte del señor Bradbury (e incluso, e lo que se refiere a este caso, su Tierra), este Venus no es un planeta tal y como vienen en los libros de texto de astronomía, mensurable mediante instrumentos y acorde con las leyes de la mecánica, sino un espejo (como el mayor de los Espejos) enfocado hacia en mundo de la maravilla... y que refleja más de nosotros mismos de lo que podemos ver sin ayuda.

TODO EL VERANO EN UN DÍA

por Ray Bradbury

—¿Listos?

—Listos.

—¿Ahora?

—En seguida.

—¿Sabrán los sabios, realmente? ¿Sucederá hoy?

—Mira, mira y verás.

Los niños se amontonaban, se apretujaban como muchas rosas, como muchas flores silvestres, y miraban hacia afuera buscando el sol oculto.

Llovía.

Llovía desde hacía siete años; miles de días sobre miles de días que la lluvia había tejido de extremo a extremo, con tambores y

cataratas de agua, con el estrépito de tempestades que inundaban las islas como olas de una marea. La lluvia había triturado mil bosques que habían crecido mil veces para ser triturados de nuevo. Y así era para siempre la vida en el planeta Venus, y aquella era, la escuela de los hijos de los hombres y mujeres del cohete que habían venido a un mundo de lluvias, a traer la civilización y a vivir sus vidas.

—¡Para! ¡Para!

—¡Sí, sí!

Margot no miraba con aquellos niños que no podían acordarse de un tiempo en que no todo era lluvia y lluvia y lluvia. Tenían todos nueve años, y si había habido un día, siete años atrás, en que había salido el sol una hora, mostrando su cara a un mundo sorprendido, no podían recordarlo. A veces, de noche, Margot oía cómo se movían en sueños, y ella sabía entonces que recordaban el oro, o un lápiz amarillo, o una moneda tan grande que con ella uno podía comprarse el mundo. Sabía que creían recordar un calor, un ardor en las mejillas, en el cuerpo, en los brazos y las piernas, en las manos temblorosas. Pero luego despertaban siempre al tamborileo trepidante, al interminable tintineo de unos collares de perlas transparentes sobre el tejado, el sendero, los jardines, los bosques..., y los sueños se desvanecían.

Todo el día anterior, en clases, habían leído acerca del sol. De cómo se parecía a un limón, y de cuán caliente era. Y habían escrito cuentos o ensayos o poemas a propósito del sol.

«Creo que el sol es una flor
que sólo florece durante una hora».

Eso decía el poema de Margot, leído en voz baja en el aula silenciosa, mientras afuera caía la lluvia.

—¡Bah! ¡No lo escribiste tú! —protestó uno de los chicos.

—¡Sí! —dijo Margot—. ¡Yo!

—¡William! —dijo la maestra.

Pero eso había sido ayer. Hoy la lluvia amainaba y los niños se apretaban contra los gruesos cristales del ventanal.

—¿Dónde está la maestra?

—Ya viene.

—Pronto, o no veremos nada.

Los niños eran como una rueda febril de rayos que subían y caían.

Margot no se acercaba a ellos. Era una niña frágil y parecía que hubiese andado muchos años perdida en la lluvia, y que la lluvia le hubiese desteñido el color azul de los ojos, el rojo de los labios y el oro del pelo. Era como la vieja fotografía de un álbum, polvorienta, borrosa, y hablaba poco, y con una voz de fantasma. Ahora, alejada de los otros, miraba la lluvia y el turbulento mundo líquido más allá de los vidrios.

—¿Qué miras? —dijo William.

Margot no respondió.

—Contesta cuando te hablan.

William le dio un empujón. La niña no se movió; es decir, dejó que el empujón la moviera, y nada más.

Siempre la apartaban así. Margot no jugaba con ellos en los túneles sonoros de la ciudad subterránea, y nunca corría con ellos y se quedaba atrás, parpadeando. Cuando la clase cantaba canciones que hablaban de la felicidad, de la vida, de los juegos, apenas movía los labios. Sólo cantaba cuando los cantos hablaban del verano y del sol, y entonces clavaba los ojos en los ventanales húmedos.

Y además, por supuesto, había otro crimen, más grave. Margot había llegado de la Tierra hacía sólo cinco años y aún se acordaba del sol. Recordaba que cuando tenía cuatro años el sol aparecía en el cielo de Ohio todas las mañanas. Ellos, en cambio, habían vivido siempre en Venus, y sólo tenían dos años cuando el sol había salido por última vez, y ya se habían olvidado de su color, su tibieza, y de cómo era en realidad. Pero Margot recordaba.

—Es una moneda —dijo una vez Margot, cerrando los ojos.

—¡No, no! —gritaron los niños.

—Es como el fuego de la chimenea —dijo Margot.

—¡Mientes, no! —gritaron los niños.

Pero Margot recordaba, y lejos de todos, en silencio, miraba las figuras de la lluvia en los vidrios.

Una vez, un mes atrás, no había querido bañarse en la ducha de la escuela, se había cubierto la cabeza con las manos, y había gritado que no quería que el agua la tocara. Luego, oscuramente, oscuramente, había comprendido: era distinta, y los otros notaban

la diferencia, y se apartaban.

Se decía que los padres de Margot se la llevarían de nuevo a la Tierra el año próximo, pues era para ella cuestión de vida o muerte, aun cuando la familia perdería por ese motivo varios miles de dólares. Por eso la odiaban los niños, por todas esas razones, de mucha o poca consecuencia.

Odiaban aquel pálido rostro de nieve, su silencio ansioso, su delgadez, y su futuro posible.

—¡Vete! —William la empujó de nuevo—. ¿Qué esperas?

Entonces, y por primera vez, Margot se volvió y lo miró. Y lo que esperaba se le vio en los ojos.

—¡Bueno, no te quedes ahí! —gritó William, furioso—. No verás nada.

Margot movió los labios.

—¡Nada! —gritó William—. Fue todo una broma, ¿no entiendes? —Miró a los otros niños—. Hoy no pasará nada, ¿no es cierto?

Todos lo miraron pestañeando, y de pronto comprendieron y se echaron a reír, sacudiendo las cabezas.

—¡Nada, nada!

—Oh —murmuró Margot, desconsolada. Pero si es hoy. Los sabios lo anunciaron, y ellos saben.

Hoy el sol...

—Fue una broma, nada más —dijo William tomándola bruscamente por el brazo—. Eh, vamos, será mejor que la encerremos en un armario antes que vuelva la maestra.

—No —dijo Margot, retrocediendo.

Todos se le fueron encima, y entre protestas y luego súplicas y luego llantos, la arrastraron a un túnel, a un cuarto, a un armario, cerraron la puerta, y le echaron llave. Se quedaron un rato mirando cómo la puerta temblaba con los golpes de la niña y oyendo sus gritos sofocados. Después, sonriendo, dieron media vuelta, y salieron del túnel en el momento en que llegaba la maestra.

—¿Listos, niños?

La maestra miró su reloj.

—¡Sí!

—¿Estamos todos?

—¡Sí!

La lluvia menguaba cada vez más.

Fue entonces como si en la película cinematográfica de un alud, de un tornado, de un huracán, de una erupción volcánica, la banda de sonido se hubiera estropeado de pronto, y todos los ruidos, todas las ráfagas, todos los ecos y truenos se hubiesen apagado bruscamente, y como si en seguida hubiesen arrancado el film del aparato, que proyectaba ahora una apacible fotografía tropical que no se movía ni trepidaba. El mundo se había detenido. El silencio era tan inmenso, tan inverosímil que parecía que uno se hubiese puesto algodones en los oídos, o que uno se hubiera quedado sordo. Los chicos se llevaron las manos a los oídos. La puerta se abrió, y el olor del mundo silencioso, expectante, entró en la escuela.

Salió el sol.

Tenía el color del bronce fundido, y era muy grande. Alrededor, el cielo era un deslumbrante mosaico azul. El hechizo se quebró al fin, y los niños se precipitaron gritando hacia el verano. La selva ardía bajo el sol.

—Bueno, no vayan muy lejos —les gritó la maestra—. Tienen sólo dos horas. Que la lluvia no los sorprenda afuera.

Pero los niños corrían ya con los rostros vueltos hacia el cielo, sintiendo que el sol les quemaba las mejillas como un hierro candente, y ya se quitaban los abrigos para que el sol les dorara los brazos.

—Es mejor que las lámparas de sol, ¿no es cierto?

—¡Oh, mucho, mucho mejor!

Dejaron de correr. Estaban en la enorme selva que cubría Venus, esa selva que nunca dejaba de crecer, tumultuosamente, que crecía mientras uno la miraba. La selva era un nido de pulpos y extendía unos tentáculos de zarzas carnosas, temblorosas, que florecían en la breve primavera. Tenía el color del caucho y de la ceniza, esta selva, luego de tantos años sin sol. Tenía el color de las piedras, del queso blanco y de la tinta.

Los niños se echaban riéndose en el colchón de la selva, y oían cómo crujía y suspiraba, elástica y viva. Corrían entre los árboles, resbalaban y caían, se empujaban, jugaban; pero sobre todo miraban el sol con los ojos entornados hasta que las lágrimas les rodaban por las mejillas. Tendían las manos hacia el resplandor amarillo y el asombroso azul y respiraban el aire puro y escuchaban el silencio y descansaban en él como flotando en un mar inmóvil.

Todo lo miraban, todo lo disfrutaban. Luego, impetuosamente, como animales que han escapado de sus madrigueras, corrían y corrían en círculos, gritando. Corrieron toda una hora.

Y de pronto...

En plena carrera, una niña gimió.

Todos se quedaron quietos.

De pie, en la selva, la niña extendió una mano.

—Oh, miren, miren —dijo.

Todos se acercaron lentamente y miraron la mano abierta.

En el centro de la palma, como una ventosa, una gota de lluvia.

La niña se echó a llorar, mirando la gota.

Todos alzaron rápidamente los ojos al cielo.

—Oh, oh.

Unas gotas frías les cayeron en las narices, las bocas, las mejillas. El sol se apagó tras una ráfaga de niebla. Alrededor de los niños sopló un viento frío. Todos se volvieron y echaron a caminar hacia la casa subterránea, con los brazos caídos, las sonrisas muertas.

El estampido de un trueno los estremeció, y como hojas arrastradas por un viento que se levanta echaron a correr tropezando y tambaleándose. Un rayo estalló a diez kilómetros de distancia, a cinco kilómetros, a dos, a uno. Las tinieblas de la medianoche cubrieron el cielo.

Se quedaron un momento en la puerta del subterráneo hasta que la lluvia arreció. Luego cerraron la puerta y escucharon el ruido de las toneladas de agua, la catarata que caía en todas partes y para siempre.

—¿Otros siete años?

—Sí, siete años.

De pronto un niño gritó.

—¡Margot!

—¿Qué?

—Está aún en el armario.

—Margot.

Los niños se quedaron como estacas clavadas en el suelo. Se miraron y apartaron los ojos.

Miraron de reojo el mundo donde ahora llovía, llovía y llovía, inmutablemente. Tenían unas caras solemnes y pálidas. Cabizbajos,

se miraron las manos, los pies.

—Margot.

—Bueno —dijo una niña.

Nadie se movió.

—Vamos —murmuró la niña.

Lentamente, recorrieron el pasadizo bajo el ruido de la lluvia fría, entraron en la sala bajo el estrépito de la tormenta y el trueno, con unas caras azules, terribles, iluminadas por los relámpagos. Se acercaron al armario, lentamente, y esperaron.

Detrás de la puerta sólo había silencio.

Abrieron la puerta, más lentamente aún, y dejaron salir a Margot.

Los Escarabajos viven a lo largo de la playa, y sólo uno de los Mitr permanecía junto a la vieja Ciudad de Cristal.

LA MITR

por Jack Vance

Un promontorio rocoso protegía la bahía y la playa vacía.

El agua apenas subía y bajaba. El cielo estaba encapotado y oscurecía el aire, lo espesaba, lo volvía gris. La bahía tenía un brillo apagado, como un viejo peltre.

Las dunas bordeaban la playa, adentrándose en el bosque colindante de cipreses verdinegros. El bosque se encerraba en sí mismo, en una maraña de raíces que cubrían el suelo.

Entre las dunas había unas ruinas... muros de cristal de un color blanco lechoso debido a la sal y la arena que levantaba la brisa. En el centro de esas murallas, un ser humano había construido su lecho con hierbas y maleza.

Su nombre era Mitr, o, al menos, los escarabajos la llamaban así. Ella había tomado aquella palabra por un nombre antes de darle cualquier otro sentido.

El nombre, el lecho de hierba, y un pedazo de paño marrón, que había robado a los escarabajos, eran todas sus posesiones. Posiblemente, entre sus pertenencias debiera incluirse un montón de huesos que se hallaba unos cien metros hacia el interior del bosque. Le interesaban vivamente y, sin embargo, apenas podía establecer una vaga conexión de aquellos restos consigo misma. En

los días remotos, cuando sus brazos y sus piernas eran cortos y redondeados, ella ni se había dado cuenta de la correspondencia de formas más bien grotesca. Ahora, había crecido, y el parecido era obvio. Cuencas de los ojos como sus propios ojos, una boca como la suya, dientes, mandíbulas, cráneo, hombros, costillas, piernas, pies. Poco a poco había comenzado a vagar por el bosque y se había detenido a meditar, aunque sus visitas no se habían vuelto regulares hasta más tarde.

Aquel día era gris y monótono. Se sintió aburrida, fastidiada, y, tras pensarlo un rato, decidió que estaba hambrienta. Fue vagando por las dunas y distraídamente comió unas cuantas hierbas. Después de todo, quizá no tenía apetito.

Caminó hacia la playa y se detuvo a contemplar la bahía. Un viento húmedo azotó su paño marrón y aplastó su cabello. Tal vez iba a llover. Ella miró con ansiedad al cielo. La lluvia la dejaría empapada y hecha un desastre. Siempre podía guarecerse entre las rocas del promontorio, pero... a veces era mejor quedar empapada.

Deambuló por la playa, capturó un marisco y se lo comió. Aquella carne salobre le produjo una pequeña satisfacción. Cogió un palo puntiagudo y trazó una línea recta sobre la arena húmeda... cincuenta pies... cien pies... Se detuvo, se volvió para observar su obra con placer. Volvió a recorrer el camino hacia atrás, trazando una línea paralela a la primera, a un palmo de distancia de aquélla. Producía un efecto muy interesante. Espoleada por un súbito entusiasmo, trazó más líneas, arriba y abajo, a lo largo de la playa, hasta que hubo creado una amplia trama de líneas paralelas.

Contempló su trabajo con satisfacción. Resultaba interesante y agradable hacer aquellas señales sobre la arena plana. Alguna vez volvería a hacerlo, y tal vez usara líneas curvas y quebradas.

Pero ya era suficiente por el momento. Tiró el palo.

La sensación de hambre que no era de hambre reapareció. Cogió una langosta de la arena, pero la lanzó lejos de sí sin comerla.

Se puso a correr a toda velocidad a lo largo de la playa. Eso era mejor, el resplandor de sus piernas debajo de su torso, el aire limpio en sus pulmones. Jadeando, se detuvo, y se dejó caer sobre la arena.

Luego, tomó aliento y se sentó. Quería correr un poco más, pero se sintió un poco fatigada. Hizo una mueca y se incorporó con dificultad. Tal vez debía visitar a los escarabajos del promontorio;

quizá la vieja criatura gris llamada Ti-Sri-Ti iba a hablarle.

Tambaleándose, se puso de pie y comenzó a volver sobre sus pasos por la playa. El plan no le producía ningún placer. Ti-Sri-Ti tenía pocas cosas interesantes que decir. No respondía a ninguna pregunta, pero recitaba una retahíla interminable de datos relativos a la colonia; cuántos gusanos era preciso almacenar para que maduraran, cuántos kilos de huevos de araña se habían guardado, la condición de sus mandíbulas, su antena, sus ojos...

Dudó un instante, pero, al cabo, se decidió. Era mejor Ti-Sri-Ti que nadie, mejor el sonido de una voz que el monótono rugir de las olas grises. Y quizás iba a decir algo interesante; en algunas ocasiones su conversación adquiría profundidad y la Mitr escuchaba absorta:

—Las montañas están gobernadas por lagartos salvajes y además hay los Mercaloides Mecanviquis, que viven bajo tierra y cuya actividad subterránea se centra en rastrear escombreras y ahumar chimeneas. Los escarabajos viven a lo largo de la costa y sólo queda uno de los Mitr junto a la vieja Ciudad de Cristal; es el último de los Mitr.

Ella no había acabado de comprender, a pesar del fluir de los tiempos, y los conceptos del antes y del después no significaban nada para ella. El universo era estático; un día seguía a otro día, no en una serie, sino en un desdoblamiento.

Ti-Sri-Ti había proseguido:

—Más allá de las montañas hay un desierto sin fin, más allá todavía una extensión ilimitada de hielo, más allá terreno baldío, luego una zona ocupada por un mar de fuego, después la enorme área cubierta de agua y, de nuevo, la tierra de la vida, el dominio de los escarabajos, donde a cada solsticio se estropea un nuevo acre de terreno herboso... —y luego había estado hablando de la fungicultura de los escarabajos, durante una hora.

Mitr deambuló por la playa. Pasó de largo la hermosa parrilla de líneas que había trazado sobre la arena adamascada, dejó atrás sus muros de cristal y comenzó a trepar por los primeros peñascos de la roca negra. Se detuvo, escuchó. ¿Un sonido?

Dudó un instante y después siguió su camino. Oyó el corretear de muchos pies. Un largo, marrón y negro escarabajo se abalanzó sobre ella y la estrujó contra la roca. Ella luchó débilmente, pero las

patas delanteras se clavaron en sus hombros y le hicieron arquear la espalda. El escarabajo apretó su trompa contra el cuello de Mitr y pinchó su piel. Ella permaneció inmóvil, sin fuerza, contemplando sus ojos enrojecidos mientras chupaba.

Terminó y la soltó. La herida se cerró por sí sola, picándole y doliéndole. El escarabajo trepó hacia lo alto de las rocas.

Mitr permaneció sentada durante una hora tratando de recuperar sus fuerzas. Ahora la idea de escuchar a Ti-Sri-Ti no le resultaba nada placentera.

Volvió a vagar distraídamente por la playa y comió algunos pedazos de hierbas marinas y un pececillo que había quedado atrapado en una charca de agua marina entre las rocas.

Caminó hasta el borde del agua y miró, más allá del promontorio, hacia el horizonte. Quiso gritar, chillar, lanzar alaridos; algo la impulsaba a ello con la misma urgencia con que la había llevado a correr velozmente a lo largo de la playa.

Por fin, alzó la voz y emitió una larga nota musical. La húmeda y suave brisa pareció embotar el sonido. Se volvió desanimada.

Comenzó a vagar por la playa hacia el arroyuelo de agua fresca. Allí bebió y comió algunas zarzamoras que crecían en espesas matas.

Se incorporó sobresaltada, y alzó la cabeza.

Un sonido agudo e intenso llenó el cielo y parecía formar parte del aire.

Ella quedó rígida; luego estiró el cuello, escudriñando el cielo encapotado, con las piernas tensas y semiflexionadas, como para lanzarse a volar.

Asomó un largo pez-volador, exhalando bocanadas de fuego.

Aterrorizada, Mitr retrocedió hasta ocultarse entre las matas de zarzamora. Las zarzas le laceraron las piernas y ello le produjo mayor espanto. Corrió hacia el bosque y se refugió, agachada, bajo un tronco de ciprés abatido.

El pez volador descendió con una rapidez sorprendente y fue a caer sobre la playa, donde se posó con un gemido y un eructo finales y apenas audibles.

Mitr observó fascinada. Nunca había sabido de la existencia de semejante criatura; ya no volvería a caminar jamás por la playa sin antes haber mirado al cielo.

El pez volador se abrió. Ella vio el brillo de metal y vidrio. Del interior salieron tres criaturas. Ella movió su cabeza hacia adelante tratando de averiguar qué era lo que estaba sucediendo. Eran algo parecido a ella, pero corpulentos, rojos, fornidos. Eran unas criaturas extrañas y escalofrantes. Organizaron un terrible alboroto hablando con ruidosas y roncadas voces.

Uno de ellos vio los muros de cristal y, durante un buen rato, examinaron las ruinas con gran interés.

El escarabajo marrón y negro que le había chupado la sangre escogió aquel momento para deslizarse por las rocas hasta la playa.

Uno de los recién llegados lanzó un saludo grave y sonoro, y el escarabajo, desconcertado y ofendido, retrocedió y volvió a encaramarse a las rocas. El extranjero agarró una cosa resplandeciente con la mano. Lanzó un rayo de fuego y el escarabajo saltó en mil pedazos incandescentes.

Los tres lanzaron gritos sonoros, riendo, y Mitr se arrastró hacia atrás para ocultarse mejor debajo del tronco, encogiéndose tanto como le fue posible.

Uno de los extraños vio el lugar de la playa en que ella había trazado su emparrillado. Llamó a sus compañeros y todos se pusieron a observar con evidente atención, estudiando las huellas de sus pisadas con extremo interés. Uno de ellos hizo un comentario que produjo una risa estentórea en los demás. Luego se volvieron y buscaron arriba y abajo, a lo largo de la playa.

La estaban buscando a ella, pensó Mitr. Se arrastró tan adentro debajo del tronco que la corteza le rasgó la carne.

Al rato, su interés se había desvanecido y regresaron al pez volador. Uno de ellos estiró un largo tubo negro hacia adelante y lo posó justo sobre la orilla. Luego lanzó su extremo al agua, lejos. El tubo se atiesó, latió, produciendo sonidos de chupar.

El pez volador estaba sediento y bebía a través de su trompa, pensó Mitr.

Los tres extraños estaban caminando por la playa hacia el arroyuelo de agua fresca. Mitr observaba cómo se acercaban con aprensión. ¿Estarían siguiendo sus huellas? Le sudaban las manos, su piel se estremeció.

Se detuvieron a la orilla del arroyuelo y bebieron, sólo unos pasos más allá. Mitr podía verlos perfectamente. Tenían el cabello cobrizo y brillante y pequeños mechones de pelo alrededor de sus bocas. Llevaban caparazones rojos y brillantes alrededor de sus pechos, cubrían sus piernas con una vestimenta gris y sus pies estaban envueltos en una especie de metal. Se parecían mucho a ella... pero, en cierto modo, eran distintos. Más grandes, más fuertes, ... más enérgicos. También eran crueles; habían hecho arder al escarabajo marrón y negro. Mitr los observó fascinada. ¿Dónde estaban sus casas? ¿Había otros como ellos y como ella en el cielo?

Cambió de posición; el follaje crujió. Sintió escalofríos de temor y emoción que recorrieron toda su espalda. ¿Lo habrían oído? Se asomó, dispuesta a huir. No, los tres extraños caminaban de vuelta hacia el pez volador, andando lentamente por la playa.

Mitr salió de su escondite de debajo del tronco del ciprés, permaneció de pie observando desde detrás del follaje. Poco les preocupaba a ellos el hecho de que alguien semejante a ellos viviera cerca de donde se encontraban. Ella se enojó. Entonces quiso reprenderlos y expulsarlos de su playa.

Volvió a ocultarse. Hubiera sido una locura dejarse ver. En seguida le hubieran lanzado un rayo de fuego como habían hecho con el escarabajo. Ante cualquier eventualidad reaccionaban de un modo violento y brutal. Eran unas extrañas criaturas.

Ella desapareció por el bosque, ocultándose detrás de cada uno de los árboles que encontraba a su paso, echándose al suelo cuando lo creía necesario, hasta que estuvo tan cerca del pez volador como pudo, manteniéndose oculta.

Los extranjeros estaban de pie, junto a la base del monstruo, y no parecían dispuestos a explorar más.

El tubo que habían lanzado a la bahía estaba flácido. Lo retiraron y lo guardaron dentro del pez volador. ¿Quería decir aquello que estaban a punto de marcharse? Bien. Ellos no tenían ningún derecho en su playa. Habían cometido un ultraje al aterrizar con tanta arrogancia y matando uno de sus escarabajos. Estuvo a punto de salir al descubierto y enfrentarse a ellos; pero entonces recordó cuán brutales, duros, y crueles eran, y retrocedió espeluznada.

Permaneció inmóvil y en silencio. Ellos se iban a marchar y ella

quedaría de nuevo en posesión de su playa.

Se movió con inquietud.

Cruelles y brutos rojos.

No te muevas o van a verte. ¿Y luego? Ella se estremeció.

Ellos estaban haciendo los preparativos para partir. Se le hizo un nudo en la garganta. Habían visto sus huellas y no se habían preocupado por buscar. La hubieran podido encontrar tan fácilmente... se había ocultado de tal modo que se la veía sin esfuerzo. Y ahora estaba más cerca que nunca.

Si daba un solo paso, ellos iban a verla.

Con un escalofrío, asomó un poquito por detrás de un tronco. Sólo un ápice. Luego, retrocedió de un brinco, sobresaltada.

¿La habrían visto? Con un repentino acceso de terror, ella esperó que no fuera así. ¿Qué estarían haciendo?

Miró con prudencia asomando la cabeza por detrás del tronco. Uno de los extraños estaba mirando, como tratando de ver algo oculto, como si hubiera observado algún movimiento. Pero tampoco entonces la vio. La miró directamente a los ojos.

Entonces le oyó llamarla y se echó a correr por el bosque. Él fue tras ella, y detrás corrieron los otros dos, golpeando y apartando la maleza.

La abandonaron, amoratada y sangrando, sobre un montón de helechos, y caminaron sobre sus pasos, a través del bosque, riendo y charlando, con voz ronca y seca.

Ella permaneció tumbada durante un rato, en silencio, inmóvil.

Sus voces se hicieron más débiles. Ella se levantó, tambaleándose, y marchó cojeando tras ellos.

El cielo se iluminó repentinamente.

A través de los árboles vio cómo el pez volador tronaba, ascendiendo por el aire... cada vez más alto, más alto, más alto... Luego se desvaneció entre las nubes que cubrían el cielo.

La playa estaba silenciosa; sólo se oía el eterno murmullo de las olas.

Ella caminó hasta el borde del agua. La marea estaba ascendiendo. El cielo encapotado oscurecía imperceptiblemente.

Durante un largo rato estuvo mirando al cielo y escuchando.

Gimió, se volvió hacia las ruinas de cristal. Las lágrimas le bañaron el rostro.

La marea había comenzado a bañar el entrelazado de líneas rectas que ella había dibujado cuidadosamente sobre la arena. En unos pocos minutos todo habría desaparecido.

Puesto que ésta es la última parte, vamos a resumir brevemente el atractivo de las obras relativas al espacio. Sus parámetros están determinados por unos pocos conceptos muy poderosos, como atalayas sitas a lo largo de una frontera solitaria. Lo que ocurre entre ellas es esencialmente simple... una historia de amor u odio, de triunfo o derrota... porque lo fundamental reside en las atalayas. Ya estamos familiarizados con muchos de los temas planteados habitualmente: la cuestión de la realidad, las limitaciones del conocimiento, el exilio, la absoluta inmensidad del universo, lo ilimitado del tiempo...

Esas atalayas son abstractas. Y eso está bastante bien. Pero los símbolos más potentes no son abstractos sino concretos. Y, tal vez, el más poderoso de todos estos símbolos es invención propia de la ciencia ficción: la Nave Estelar.

La Nave Estelar es la llave que abre las grandes puertas de bronce de la obra del espacio, y permite a la humanidad perderse entre todas las demás inmensidades.

Esta sección está dedicada a las inmensidades. Aquí no se trata de tonterías del estilo de un muchacho que se encuentra con la chica de la puerta de al lado, ni de Joe X que acaba siendo el jefe de la empresa; no se trata de los asuntos habituales en nuestros *best-sellers*. No hay oleadas de violencia, ahora que lo pienso; las muertes son impersonales y no truculentas. No se dan escenas eróticas; sólo un beso casto bajo un extraño sol. En cambio, nos enfrentamos con el más allá azul, camino del confort...

Bien, para especificar, confrontamos varias máquinas casi divinas y un par de catástrofes de alcance universal. Presentamos algunos nombres famosos, y quizá los más conocidos autores de obras relativas al espacio. A. E. van Vogt nos ofrece uno de sus cuentos más chocantes: *La Tormenta*. En el centro de la tormenta de

Van Vogt se halla el gran acorazado galáctico *Grupo Estrella*, resplandeciente como una inmensa y radiante gema.

Silenciosa como un fantasma, y más maravillosa que todo lo imaginable, de una potencia gloriosa, la gran nave se deslizaba a través de la oscuridad a lo largo del río especial del tiempo y el espacio que constituía su ruta.

Lo mismo que con Edmund Hamilton, uno siente con intensidad aquellos momentos en los que Van Vogt está bajo los efectos de la emoción que le producen las tremendas cosas acerca de las cuales está escribiendo. Los escritores contemporáneos de ciencia ficción que han decidido que estas cuestiones están pasadas de moda, y sólo están dispuestos a escribir acerca del aquí y el ahora, han rechazado todo un vocabulario.

La influencia de Van Vogt ha sido muy importante... y también directa, creo, porque su escritura, esa especie de mitopopeya, siempre ha anonadado la narrativa más monótona de ciencia ficción basada en la ingeniería —o en la predicción—, y que amenaza constantemente con secar los verdaderos arrebatos emotivos o la imaginación creativa. Su influencia sobre la obra de Charles Harness, *El hombre paradójico*, es clara; incluso creo que Harness supera al Viejo Maestro, tanto en osadía como en inteligencia.

Puesto que *El hombre paradójico* es una novela, sólo puede representarse aquí mediante un amplio extracto; pero lo que hemos recogido es un episodio completo: la llegada de Alar a un solarión de uno de esos divertidos aparatos que recorren la superficie de un sol que se encuentra a una temperatura de cinco mil grados Kelvin. Se nos presenta a Alar, el Ladrón, el Hombre Misterioso, héroe con poderes ocultos, que vive diversas aventuras, entre las que se incluye un duelo agotador y la última de todas las aventuras... su muerte. Alar sobrevive a todo. Y la novela de Harness sobrevive como uno de los puntos más altos del género.

Pocas son las escenas que, en toda la ficción del espacio, resultan más sorprendentes que el desguace de la nave *Grupo Estrella* y el hundimiento del solarión bajo la superficie enfurecida del sol.

Nuevamente, el sol aparece con dificultades en la narración breve de Randall Garrett. Una vez más se nos presenta el arquetipo

del poder creciente del hombre amenazando la naturaleza... y en esta ocasión, llevado hasta el último extremo.

Entre todas las locuras de la ciencia ficción, aparece como una de las pocas sensateces el consenso casi universal en aceptar la supremacía del Sol. Quizás el Sol constituye la deidad de los autores de ciencia ficción, los cuales no son conocidos precisamente por formar un grupo de gente excesivamente religiosa. Cualesquiera que sean las cosas horribles que ocurran a los planetas, los soles, generalmente sacrosantos, permanecen intocables. Garrett acaba con todo esto en menos de dos mil palabras.

Aunque los escritores de ciencia ficción puedan no ser particularmente religiosos en un sentido convencional, siempre han estado obsesionados por la noción de Dios. Además, están a favor o en contra de Él, pero siempre se muestran conscientes de que Él está ahí, como una de las atalayas de la última frontera.

Las dos narraciones finales se acercan a Él mediante máquinas perfectas y casi divinas. Podemos ver cómo las computadoras gigantescas que aparecen en la narración de Asimov podrían volver tan obsoleta como una diligencia la nave acorazada *Grupo Estrella* de Van Vogt; y no sólo el *Grupo Estrella*, sino, en última instancia, al Hombre mismo.

Puesto que creo que Dios ha de ser la última de las aventuras en el espacio/tiempo, concluyo este volumen con la *Respuesta* de Frederic Brown. Aunque mi deseo ha sido seleccionar narraciones poco conocidas, ésta es probablemente la más famosa narración breve de ciencia ficción que jamás se haya escrito, lo mismo que es una de las más cortas. Muy a menudo, en conferencias o en fiestas sociales, se me han acercado desconocidos y me han preguntado:

—¿Conoce esa narración que trata de...?

He llegado a adquirir la reputación de estar dotado para la telepatía puesto que les corto y les digo:

—Ah, ¿usted quiere decir aquella que habla de las computadoras en el universo? Es de Frederic Brown y se titula «Respuesta». ¿No es una hermosura?

En fin, ahí tenemos la máquina más perfecta, más divina. Es una creación de Frederic Brown y se titula simplemente, «Respuesta».

Y es esa narración que trata de...

La combinación de todas las potencias militares de todos los pueblos de esa galaxia no podía hacer frente al tremendo poderío del acorazado del espacio. ¡Pero esa galaxia tenía una fuerza capaz de aplastar aquélla o cualquier otra nave!

LA TORMENTA

por Alfred E. Van Vogt

A lo largo de millas y durante años, los gases estuvieron flotando. Desperdicios de diez mil soles, un miasma difuso de viejas explosiones, de extintos fuegos infernales y de las furias de cien millones de manchas solares embravecidas... informe, sin propósito alguno.

Pero era el comienzo.

Los gases se deslizaban por entre la gran oscuridad. Contenían calcio, sodio e hidrógeno; y la velocidad de la masa gaseosa variaba por encima de veinte millas por segundo.

Hubo un período eterno en el que la gravitación desempeñó su función. La masa rudimentaria se convirtió en aglomerados. Grandes gotas de gas que tomaron el aspecto de figuras en áreas ampliamente separadas, que siguieron desplazándose...

Finalmente fueron a parar a un lugar donde mucho antes, mil soles ardientes y llameantes habían «cruzado la calle» de la corriente principal de los soles terrestres, a fuerza de tenacidad. Habían cruzado, y habían dejado su excremento de gases.

El primer choque aceleró los vastos mundos de gas. Los

electrones saltaron como caballos espoleados y se precipitaron contra la nebulosa de positrones de contraterreño que estaban reaccionando con igual violencia. Al instante, los positrones y electrones orbitales chocaron y saltaron en una llamarada de potente radiación.

La tormenta había comenzado.

Los núcleos desprotegidos, desmantelados y llameantes, soportaban entonces terroríficas y desequilibradas cargas negativas y repelían electrones, pero tendían a atraer núcleos de átomos de terráneo.

A su vez, los desmantelados núcleos de terráneo atraían a los de contraterreño.

Las dos masas opuestas giraban y se agitaban en un cataclismo de cambio parcial. Habían ido en diferentes direcciones. Poco a poco se fueron enmarañando en un torbellino.

El nuevo curso, incierto al principio, fue fijándose y acabó siendo una línea perfectamente trazada a través de los cielos de medianoche. Sobre un frente de nueve años luz, a una velocidad equivalente a una fracción de la velocidad de la luz, la tormenta avanzó rugiendo hacia su destino.

Los soles habían quedado sumergidos durante medio centenar de años... y habían quedado atrás con el solitario martillar de los rayos cósmicos para mostrar que habían sido los centros de una devastación atómica invisible y además impalpable.

En su cuatrocientos nonagésimo año sidereal, la tormenta intersectó la órbita de una Nova.

¡Comenzó a moverse!

En el mapa tridimensional de la sede de control meteorológico del planeta Kaider III, la tormenta aparecía coloreada de naranja. Lo cual significaba que era la mayor de las cuatrocientas tormentas perdidas que azotaban la región de los Cincuenta Soles de la Nebulosa Magallánica Menor.

Aparecía como un cúmulo desigual, a 473 pársecs de Latitud, 228 de Longitud, y 190 de centro, pero era un sistema especial del grado de Cincuenta Soles que no guardaba relación con el centro magnético de la Nebulosa Magallánica como un todo.

El informe acerca de la Nova todavía no se había registrado en el mapa. Cuando esto ocurrió, el color de la tormenta había cambiado y se había vuelto rojo y amenazador.

Todos se habían detenido a mirar el mapa. Maltby permanecía inmóvil junto a sus consejeros frente al gran ventanal, observando la nave terrestre.

La nave aparecía como apenas algo mayor que una astilla oscura perdida en el cielo distante y remoto. No obstante, su visión parecía fascinar de un modo irremediable a los ancianos.

Maltby sintió frío, y, a la vez, hizo una mueca que recordaba una risa sardónica. Resultaba gracioso que aquella gente de los Cincuenta Soles fueran a llamarle a él en el momento en que se encontraban en peligro.

Enfocó sus ojos hacia la nave; luego fijó su mirada metálica en el rollizo y sudoroso presidente de gobierno de Kaider III... y, concentrando su mente, obligó al hombre a mirarle. El concejal, ignorando la compulsión, consciente sólo de que se había vuelto, dijo:

—¿Entiende usted sus instrucciones, capitán Maltby?

—Sí —asintió Maltby.

Aquellas palabras secas debieron evocar una imagen vivida. El rostro grueso se onduló como gelatina y comenzó a sudar violentamente.

—Lo peor de todo —gruñó el hombre— es que la gente de la nave nos encontró accidentalmente. Habían llegado a una de nuestras estaciones meteoríticas y habían capturado a su celador. El celador envió una señal de alerta general y les forzó a matarle antes de que pudieran descubrir cuál de los cincuenta millones de soles de la Nebulosa Magallánica menor era el nuestro.

»Desgraciadamente, ellos descubrieron que él y todos nosotros éramos descendientes de los robots que habían escapado de la masacre de robots en la galaxia principal quince mil años antes.

»Pero estaban desconcertados y no tenían ninguna pista. Comenzaron a detenerse en planetas que iban encontrando por el camino, con la esperanza de acertar. La séptima vez que se detuvieron, nos encontraron. Capitán Maltby...

El hombre miró a un lado. Sacudió la cabeza. Su rostro estaba tan pálido como una mortaja. Luego, prosiguió con voz ronca:

—Capitán Maltby, no tiene usted que fallar. Han pedido un meteorólogo para que les guíe a Cassidor VII, donde está el gobierno central. No deben llegar allí. Usted tiene que conducirlos hacia la gran tormenta, en 473.

»Le hemos encargado de hacer esto para nosotros porque usted posee las dos mentes de los Hombres Mixtos. Lamentamos no haber apreciado siempre sus servicios en su justo valor, durante el pasado. Pero debe usted admitir que, después de las guerras de los Hombres Mixtos, era natural que fuéramos cuidadosos con respecto a...

Maltby cortó la excusa poco convincente.

—Olvídelo —dijo—. Los Hombres Mixtos también son robots, y además tan comprometidos, según mi parecer, como los Delianos y los no-Delianos. No sé lo que piensan los Ocultos de mi especie, ni me preocupa, y le aseguro que haré lo posible por destruir esa nave.

—¡Vaya con cuidado! —instó el presidente con ansiedad—. Esa nave podría destruirnos a nosotros, podría destruir nuestro planeta, nuestro sol, en un minuto. Nunca soñamos que la Tierra se nos adelantara tanto y llegara a producir una máquina tan poderosa y devastadora. Después de todo, los robots no-Delianos y, por supuesto, los Hombres Mixtos que se hallan entre nosotros, están capacitados para el trabajo de investigación; los primeros han estado laborando febrilmente durante miles de años.

»Pero, finalmente, recuerde que no se le está pidiendo el suicidio. El acorazado es absolutamente invencible. Ni siquiera pudimos imaginar que fuera capaz de sobrevivir a una tormenta real cuando lo detectamos. Pero lo logró. Lo único que sucede es que todos los de a bordo quedaron inconscientes.

»En su calidad de Hombre Mixto usted va a ser el primero en revivir. Nuestras flotas estarán esperando para abordar la nave en el momento en que usted abra las puertas. ¿Está claro?

Había quedado claro la primera vez que lo había explicado, pero aquellos no-Delianos tenían la costumbre de repetirse las cosas a ellos mismos, como si sus ideas aparecieran con vaguedad en sus mentes. Mientras Maltby cerraba la puerta de la gran estancia que se hallaba detrás de él, uno de los concejales dijo a su vecino:

—¿Está advertido de que la tormenta a ido a Nova?

El hombre grueso pareció no escuchar. Sacudió la cabeza. Sus ojos brillaban mientras decía quedamente:

—No. Después de todo, él es un Hombre Mixto. No podemos confiarle nada que no esté relacionado directamente con él.

Todas las mañanas llegaron informes. Algunos mostraban progresos, otros no. Pero su básico buen humor no se inmutaba con los fallos.

La gran realidad era que su suerte se había confirmado. Ella había encontrado un planeta de robots. Sólo un planeta, y muy lejos, pero...

La Gran Capitana Laurr esbozó una sonrisa. Ya no faltaba mucho. Resultaba terriblemente duro ser el comandante supremo. Pero ella no se arredraba ante la necesidad de dictar una amenaza de muerte; o recibía toda la información requerida o todo el planeta Kaider III iba a ser destruido.

La información iba llegando; población de Kaider III: dos billones, de los cuales, cien millones estaban repartidos en dos grupos: dos quintos de Delianos y tres quintos de robots no-Delianos.

Los Delianos eran física y mentalmente el tipo más desarrollado, pero carentes de habilidad creativa. Los no-Delianos dominaban en los laboratorios de investigación.

Los otros cuarenta y nueve soles cuyos planetas estaban deshabitados venían nombrados por orden alfabético: Assora, Atmión, Bresp, Buraco, Cassidor, Corrab... Estaban sitos en (1). Assora: Latitud 931, Longitud 27, Centro 201 pársecs; (2). Atmión...

La información seguía llegando. Justo antes de mediodía, notó con visible alegría que ya no llegaba ninguna información de las salas de meteorología acerca de las tormentas.

Estableció la conexión adecuada y espetó:

—¿Qué ocurre, lugarteniente Cannons? ¿Sus ayudantes han hecho copias y duplicados de los diferentes mapas de Kaider? ¿No captan nada?

El viejo meteorólogo sacudió la cabeza.

—Usted recordará, noble señora, que, cuando capturamos aquel robot en el espacio, tuvo tiempo de enviar una señal de alerta. Inmediatamente, en cada planeta de los Cincuenta Soles, todos los mapas fueron destruidos, y unos meteorólogos civiles quedaron

instalados en naves espaciales, carentes de radio-receptores, con órdenes de dirigirse a determinados planetas y permanecer allí durante diez años.

»Me parece que todo eso se llevó a cabo antes de que se percataran claramente de que su armada no podía acabar con nuestra nave. Ahora nos van a proporcionar un meteorólogo naval, pero dependeremos de nuestros detectores en cuanto a saber si dice o no la verdad.

—Comprendo —dijo la mujer sonriendo—. No hay nada que temer. No se nos opondrán abiertamente. No cabe ninguna duda de que han trazado un plan contra nosotros, pero no podrá prevalecer ahora que podemos tomar medidas para lograr lo que deseamos, aunque sea a la fuerza. Quienquiera que nos manden debe decirnos la verdad. Cuando llegue, hágamelo saber.

Llegó la hora de la comida, pero ella comió en su despacho, observando las imágenes luminosas que aparecían en el astrógrafo, escuchando el murmullo de voces, recopilando los hechos, haciéndose una idea de conjunto en su cerebro.

—No hay duda, capitán Tugess —comentó de pronto, enfurecida—, de que nos han tendido una trampa a gran escala. Pero no importa. Podemos utilizar tests psicológicos para verificar todos los detalles vitales.

»Es importante que, de momento, tranquilice a cualquiera que presente el menor indicio de temor. Hemos de convencer a esa gente de que la Tierra va a aceptarles sobre una base de igualdad sin prejuicios de ninguna clase debidos a su origen robot...

Se mordió los labios.

—Ésa es una fea palabra, la peor clase de propaganda. Debemos eliminarla de nuestros pensamientos.

—Me temo —dijo el oficial encogiéndose de hombros—, que no podrá ser en nuestra división.

Ella lo miró, frunciendo el ceño, y después se apartó de él con un gesto de enojo. Al instante, estaba hablando por un transmisor general:

—La palabra robot no debe usarse... por ninguno de los componentes de nuestro equipo... bajo pena de...

Desconectó su emisor y pulsó un botón de su pantalla de comunicación interna, y llamó al Departamento de Psicología. El

rostro de la teniente Nelsor apareció en imagen.

—Acabo de oír su orden, noble dama —dijo la mujer psicólogo—. No obstante, me temo que nos encontramos ante los instintos más profundos del animal humano... el aborrecimiento o el temor a lo desconocido, a lo extraño.

»Excelencia, nosotros provenimos de una larga línea de antepasados que, en su tiempo, se sintieron superiores a los demás a causa de una débil variación en la pigmentación de la piel. Incluso está comprobado que el color de los ojos influenció el egoísmo en decisiones históricas. Hemos navegado por aguas muy profundas, y resultaría una coronación de nuestras vidas el hecho de poder salir de ello de un modo satisfactorio.

Había cierto apremio en la voz de la psicólogo: y la augusta Capitana experimentó un escalofrío de alegría. Si algo apreciaba, era una perspectiva positiva de las cosas, el tipo de gente que se enfrentaba a los obstáculos, casi imposibles de superar, con entusiasmo juvenil, con ánimo de vencer. Seguía sonriendo cuando cerró la conexión.

El alto estado de tensión cedió. Se sentó y reflexionó con frialdad sobre su problema. Era un problema. Suyo. Todos los oficiales aristocráticos tenían carta blanca en lo relativo a poderes, y se esperaba de ellos que resolvieran cualquier dificultad que se presentara en lo que afectase de alguna manera a los grupos de los sistemas planetarios.

Después de un minuto de meditación, volvió a sintonizar con la sección meteorológica.

—Teniente Cannons, cuando llegue el oficial meteorólogo de la flota de los Cincuenta Soles, haga el favor de emplear la siguiente táctica...

Maltby se despidió del conductor de su coche. La máquina se retiró de la curva y Maltby permaneció, frunciendo el ceño, frente a la barrera de energía que le impedía seguir adelante por la calle. Finalmente, echó otro vistazo a la nave terrestre.

Se hallaba justamente sobre él, ahora que había recorrido tantas millas a través de la ciudad para acercarse a ella. Estaba tremendamente lejos, en las alturas. Era como un gigantesco

torpedo perdido en la niebla distante.

Pero, aun y hallándose tan lejos, era visiblemente mayor que nada jamás visto en los Cincuenta Soles; una increíble criatura de metal procedente de un mundo tan lejano que, casi, parecía inmerso en la mitología.

Allí estaba la realidad. Harían comprobaciones, pensó, comprobaciones penetrantes, antes de aceptar cualquier órbita que hubieran planeado. No desconfiaba de la habilidad de su doble mente para superar cualquier circunstancia parecida, pero...

Era preciso recordar que el espantoso montón de años que separaban la ciencia de la Tierra de la de los Cincuenta Soles ya había producido bastantes sorpresas desagradables. Maltby sonrió y después dedicó toda su atención a la calle que se encontraba frente a sí.

Una llamarada de fuego en forma de abanico surcó el cielo, procedente de entre dos máquinas y se detuvo en el centro de la calle. La llama era de un rosado muy pálido y completamente transparente. Parecía electrónica, mortecina.

Detrás de ella había unos hombres enfundados en uniformes resplandecientes. Una hilera de ellos avanzó y volvió a retroceder, saliendo de los edificios. Como a tres bloques de distancia, calle abajo, una segunda cortina de fuego rosado hizo su aparición.

Parecían no preocuparse por salvaguardar los lados. Los hombres que él podía ver parecían tranquilos, despreocupados. Se produjo una conversación en murmullos, luego se oyeron risitas y... finalmente, Maltby comprendió que no todos eran hombres.

Mientras Maltby caminaba hacia adelante, dos jóvenes y atractivas mujeres descendieron las escaleras de la más cercana de las casas requisadas. Uno de los guardianes de la llama les dijo algo. Se produjo un tintineo de risas gemelas. Mientras seguían riendo, se alejaron por la calle.

De pronto, todo se hizo emocionante. Se respiraba una atmósfera especial producida por aquella gente que llegaba de lugares lejanos, de tremendas y maravillosas tierras más allá de los más remotos horizontes de la zona de los Cincuenta Soles.

Él sintió frío. Luego, calor. Después miró la fantástica y enorme nave; y volvió a sentir escalofríos. Una nave, pensó, pero tan grande y tan poderosa que ni treinta billones de hombres se atreverían a

atacarla con sus flotas. Ellos...

Se percató de que uno de los guardias brillantemente engalanado le estaba observando. El hombre habló por un transmisor de radio portátil, y después, un segundo individuo interrumpió su conversación con un tercer soldado y se le acercó. A través de la barrera llameante, miró a Maltby:

—¿Desea usted alguna cosa? ¿O sólo está mirando?

Habló en inglés, con un curioso acento... ¡pero en inglés! Su entonación era suave, casi gentil, culta. El efecto conjunto tenía una naturalidad, una ausencia de extrañeza que resultaba agradable. Después de todo, pensó Maltby, él nunca había sentido el más mínimo temor ante esos seres, o, al menos, nunca le habían asustado como a los demás. Su plan para dismantelar la nave estaba basado en su propia y fundamental creencia en que los robots eran indestructibles en el sentido de que nadie podía destruirlos completamente.

Cuidadosamente y despacio, Maltby explicó su presencia.

—Ah, sí —asintió el hombre—, le estábamos esperando. Estoy aquí para conducirlo a la sección meteorológica de la nave. Espere un momento...

La barrera de fuego se apartó y Maltby fue acompañado hasta el interior de uno de los edificios. Había un largo pasadizo, y el transmisor que le proyectó al interior de la nave debía encontrarse en algún punto de aquel trayecto.

Y debió de ser así, pues, de repente, se encontró en una sala muy amplia. Había mapas flotando en media docena de huecos antigravedad. Las paredes estaban iluminadas por miles de millones de diminutos focos. Y, en todas partes, había mesas con líneas curvas de débil pero bien delimitada luminosidad en sus superficies.

El guía de Maltby había desaparecido. No obstante, se le acercó un hombre de edad, delgado y venerable. El anciano le ofreció su mano.

—Soy el teniente Cannons, meteorólogo de la nave. Si es usted tan amable y se sienta ahí ahora, podremos planear la órbita y la nave podrá marcharse en el lapso de una hora. El alto mando, la Capitana suprema está ansiosa por partir.

Maltby asintió con gesto casual. Pero estaba tenso, alerta. Permaneció quieto, tratando de encontrar en su segunda mente, su

mente Deliana, la energía necesaria para descubrir en su entorno todo lo que estuviera controlando u observando su mente.

Pero no había nada.

Finalmente, esbozó una sonrisa escueta. Era más fácil de lo que parecía. ¿O no lo era? Claro que lo era.

Al sentarse, Maltby se sintió repentinamente cómodo y vivo. El puro vigor de la existencia ardió en su fuero interno como una llama. Reconoció el zumbido de emoción previo a la tensa batalla a la que iba a enfrentarse y sintió una abierta alegría al ser consciente de que, por primera vez en cincuenta años, podía ser útil y servir a los demás con su doble mente.

Durante su largo servicio en la armada de los Cincuenta Soles, se había enfrentado con la suspicacia y la hostilidad de sus compañeros por ser un Hombre Mixto. Y siempre se había sentido desgraciado, incapaz de superar su propia condición. Ahora, se encontraba ante una hostilidad mucho más básica, aunque velada, y ante una suspicacia ardiente como el fuego.

Y, en esta ocasión, podía luchar. Podía mirar a aquel anciano amistoso y hábil frente a frente y...

¿Amistoso?

—A veces sonrío —decía el anciano— al pensar en los aspectos no científicos de la órbita que debemos planificar ahora. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo se prevé que va a durar la tormenta de ahí afuera?

Maltby no pudo impedir que aflorase una sonrisa a sus labios. Entonces, el teniente Cannons quería saber ciertas cosas, ¿o no era así? Aquello resultó poco convincente para conseguir la confianza del hombre. La verdad era, la única manera de formular una pregunta era... bueno... pues formularla. Maltby dijo:

—Oh, tres, cuatro meses. Nada que se salga de lo acostumbrado.

—Pues no sé, tres o cuatro meses. Lo normal. Cualquier meteorólogo necesita más o menos ese plazo para comprobar los límites de la tormenta en su zona. Luego nos pasa una parte y nosotros lo reflejamos en los mapas.

Hizo pasar su segundo cerebro a primer plano para pronunciar fríamente la gran mentira básica:

—Por fortuna, no hay grandes tormentas entre los soles de Kaidor y Cassidor.

Y prosiguió, deslizándose con soltura sobre aquella falsedad:

—Sin embargo, hay varios soles que impiden el avance en línea recta. Por eso, si ustedes me muestran algunas de sus órbitas en 2.500 años luz a la redonda, podré seleccionar las más idóneas.

Comprendió al instante que no le iba a ser nada fácil engañar a su interlocutor.

—¿Dice usted que no hay tormentas intermedias? —se extrañó el viejo. Frunció los labios y las finas líneas de su rostro alargado se hicieron más profundas. Estaba verdaderamente perplejo; y además, era indudable que no esperaba una solicitud expresada con tanta franqueza.

—Ajá, no hay tormentas. Eso simplifica mucho las cosas, ¿no le parece?

Se interrumpió.

—¿Sabe usted? Lo verdaderamente importante entre dos —vaciló antes de utilizar la palabra, pero prosiguió hablando— personas, educadas en culturas diferentes y bajo principios científicos distintos, es asegurarse de que ambas parten del mismo punto de vista cuando tratan de cualquier tema.

—¡Es tan grande el espacio! Incluso en un sistema estelar relativamente pequeño, como la Nube Menor de Magallanes, nuestra razón no puede abarcar su inmensidad. Los tripulantes de la nave *Grupo Estelar* llevamos diez años estudiándolo, y sólo ahora nos aventuramos a suponer que comprende unos 260 mil millones de años luz cúbicos y que contiene alrededor de cincuenta millones de soles. Después de localizar el centro magnético de la Nube, hemos determinado nuestra línea cero desde el centro hasta la gran estrella S-Dorado. ¡Y pensar que habrá estúpidos convencidos de que somos unos expertos en los secretos de este sistema!

Maltby guardó silencio porque comprendió que él era uno de aquellos estúpidos. Era una advertencia. Se le decía, con claridad meridiana, que podían comprobar cualquier órbita facilitada por él en relación con todos los soles intermedios.

Su significado era mucho más amplio, pues demostraba que la Tierra estaba a punto de incluir en sus ya enormes dominios la Nube Menor de Magallanes. La destrucción de la nave

proporcionaría a los Cincuenta Soles unos cuantos años de respiro para decidir las medidas más convenientes.

Pero aquello sería todo. Llegarían otras naves; la presión inexorable de las numerosísimas poblaciones de la galaxia principal seguiría extendiéndose por el espacio. Siempre bajo un control minucioso, protegidos por enormes flotas de guerra, los grandes vehículos de transporte penetrarían velozmente en la Nube y todos sus planetas, habitados tanto por robots como por otros seres, acabarían plegándose a las exigencias terrestres.

El Imperio Terrícola no reconocía a ninguna nación. Robots, delianos, extradelianos y mixtos iban a necesitar hasta el último día, hasta la última hora de tregua. Por fortuna para ellos, él no proyectaba destruir la nave introduciéndola en ninguna órbita que concluyera en un sol.

Sus estudios habían permitido a los terrícolas localizar magnéticamente la situación de todos los soles; pero no podían saber nada sobre las tormentas. Desde luego no se podía hacer acopio de esos conocimientos en diez años, ni siquiera en cien, porque ninguna nave tenía medios para detectar posibles tormentas en una región cuya longitud era de 2.500 años luz.

Iba a ganarles la partida, pero sólo si los psicólogos terrícolas seguían ignorando las cualidades especiales de su cerebro doble. En aquel momento tuvo conciencia de que el teniente Cannons manipulaba los mandos del tablero orbital.

Con un rápido parpadeo, las líneas luminosas de la superficie recorrieron el tablero para terminar estabilizándose como las bolas de un juego de azar. Maltby seleccionó seis que se internaban profundamente en la gran tormenta. Diez minutos después notó una débil sacudida, indicativa de que la nave comenzaba a moverse. Se incorporó, frunciendo el ceño. Era extraño que maniobraran sin ni siquiera comprobar sus...

—Por aquí —le indicó el viejo.

Maltby concentró sus pensamientos: aquello no podía ser todo. En cualquier momento se le iban a echar encima y...

Sus cábalas finalizaron bruscamente.

Estaba en el espacio. Allá abajo veía alejarse el planeta Kaider III. A un lado brillaba el gigantesco casco oscuro de la nave de guerra; y alrededor, por arriba y ahora también por abajo, no había

más que estrellas y la inmensidad del espacio.

Pese a toda su voluntad, la conmoción tuvo para él una violencia indescriptible.

Su mente funcionaba a sacudidas. Se tambaleó y habría acabado por desplomarse como si tuviera los ojos vendados de no ser porque, gracias al esfuerzo desarrollado para conservar el equilibrio, comprendió que seguía de pie y sin ayuda de nadie.

Todo su ser se afianzó. Instintivamente hizo pasar su otro cerebro a primer plano. Puso sus virtudes más mecánicas y exactas, su vigor deliano, a guisa de escudo protector entre su otro yo y las maquinaciones de los terrícolas. De la neblina de oscuridad y estrellas refulgentes surgió la voz clara y resonante de una mujer.

—Y bien, teniente Nelsor, ¿qué frutos psicológicos se han desprendido de la sorpresa?

La respuesta llegó de una segunda voz femenina, seguramente de una mujer más madura.

—A los tres segundos, noble señora, su resistencia pasó a un C.I. de 900, lo cual significa que nos han enviado un deliano. Tenía entendido que su excelencia pidió un emisario que no fuera deliano.

—Eso es un error —intervino Maltby rápidamente, dirigiéndose a las tinieblas que le rodeaban—. No soy deliano, y les garantizo que anularé por completo mi resistencia, si así lo desean. Ha sido una reacción muy natural, una reacción instintiva ante la sorpresa.

Un chasquido y desaparecieron las estrellas y el falso espacio. Maltby vio lo que ya había comenzado a sospechar: se encontraba, se había encontrado desde el principio en la sala de meteorología.

Cerca de él divisó al viejo en cuyo rostro rugoso aparecía una fina sonrisa. En un estrado, parcialmente oculta tras un largo tablero de instrumentos, estaba sentada una hermosa joven. Fue el viejo quien habló con voz majestuosa.

—Se halla usted en presencia de nuestra gran capitana, lady Laurr del noble Laurr, honorabilísima señora Gloria Cecily. Se comportará usted como corresponde a su alto rango.

Maltby hizo una reverencia, pero no despegó los labios. La gran capitana le observó con el ceño fruncido, impresionada por la gallardía, los rasgos fuertes e inteligentes de aquel ser. Un instante

le bastó para comprender que el emisario poseía las mejores virtudes de humanos y robots.

Aquellas gentes tal vez fueran más peligrosas de lo que ella imaginara.

—Ya sabe usted —dijo con una sequedad estudiada— que debemos interrogarle. Preferiríamos hacerlo sin que se ofendiera por ello. Nos ha indicado que Cassidor VII, planeta principal de los Cincuenta Soles, se encuentra a 2.500 años luz de aquí. Normalmente necesitaríamos más de sesenta años de navegación *a tientas* por una distancia tan inmensa de espacio repleto de estrellas sin cartografiar; pero usted nos ha ofrecido una selección de órbitas.

»Nos vemos obligados —prosiguió la capitana— a comprobar la autenticidad de esas órbitas, ofrecidas sin doblez ni propósito perjudicial. Para ello debemos pedirle que nos abra su mente y responda a nuestras preguntas bajo condiciones de vigilancia psicológica muy estricta.

—Se me ha ordenado —indicó Maltby— que coopere con ustedes en todo.

Le había intrigado la idea de cómo serían sus reacciones cuando llegara el momento de la verdad, y ahora comprobaba que eran normales. Ciertamente, el cuerpo estaba algo más rígido, pero sus cerebros...

Situado su yo en un plano secundario, dispuso su cerebro deliano para hacer frente a todas las preguntas. Su cerebro deliano, precisamente el que con plena deliberación había mantenido aparte de sus pensamientos. Aquel cerebro curiosísimo, carente de voluntad propia, pero que por control remoto reaccionaba con toda la potencia de un C.I. de 191.

A veces a él mismo le asombraban las cualidades de su segundo cerebro. No poseía capacidad creadora, pero en cambio su memoria era propia de una máquina, y su resistencia ante presiones exteriores sobrepasaba, como tan pronto descubriera la psicóloga, los 900 puntos. Para ser exactos, el equivalente de un C.I. de 917.

—¿Su nombre?

Así había empezado aquello: nombre, graduación... A todo respondió con aplomo y sin la menor vacilación. Después, tras jurar

que diría la verdad sobre las tormentas, se abrió una larga pausa de silencio. Y entonces fue cuando surgió de la pared más próxima una mujer de edad ya madura.

Acercándose, la mujer le indicó por señas que ocupara una silla. En cuanto se hubo sentado, le ladeó la cabeza y comenzó a examinarlo detenidamente. Lo hizo con suavidad; sus dedos acariciaban como los de una enamorada. Pero alzó la vista para hablar con severidad:

—No es usted deliano ni extradeliانو, y nunca he visto una estructura molecular cerebral y corporal como la suya. Todas las moléculas son dobles. Creo haber examinado en cierta ocasión una configuración parecida en una estructura electrónica artificial, creada para equilibrar un organismo electrónico inestable. No se trata exactamente de lo mismo, pero... Mmm, procuraré recordar cómo terminó aquel experimento.

Interrumpió sus divagaciones para preguntar directamente:

—¿Cómo explica usted todo esto? ¿Qué es usted?

Maltby dejó escapar un suspiro. Había decidido que sólo iba a decir una mentira, la verdaderamente imprescindible. No es que ello fuera a afectar para nada a su cerebro doble; pero las falsedades ocasionaban ligeras variaciones de presión sanguínea, creaban espasmos nerviosos y eran perjudiciales para la integración muscular. No podía correr más riesgos que los absolutamente necesarios.

—Soy un hombre mixto —reconoció, para explicar a continuación que cien años antes se había logrado lo que durante tanto tiempo pareció imposible: el cruce de delianos con extradelianos. Con el empleo de frío y presión...

—Espere un momento —pidió la psicóloga y desapareció de su vista. Cuando emergió nuevamente del transmisor de materia adosado a la pared estaba muy pensativa—. Parece que dice la verdad —reconoció, como a regañadientes.

—¿Qué es esto? —preguntó secamente la gran capitana—. Desde que nos cruzamos con el primer ciudadano de los Cincuenta Soles, el departamento de psicología no hace más que introducir matizaciones en todos sus dictámenes. ¡Y yo que estaba convencida de que la psicología era la única ciencia perfecta! O este ser dice la verdad, o no la dice.

La mujer más madura tenía aspecto apesadumbrado. Clavó la vista en Maltby, pareció desconcertarse ante la fría mirada de éste y finalmente, volviéndose hacia su superiora, dijo:

—Es la doble estructura molecular de su cerebro, excelencia. Aparte de eso, nada obsta para que se ordene la plena aceleración.

—Esta noche —resolvió la gran capitana, sonriendo— el capitán Maltby cenará conmigo. Estoy segura de que colaborará gustoso en cualquier examen posterior que desee usted realizar. Mientras tanto, creo...

Conectó un intercomunicador y habló ante el aparato:

—Motores centrales, aumenten la velocidad a medio año luz por minuto en la siguiente órbita...

Maltby escuchó atentamente las palabras de la mujer, mientras su cerebro deliano efectuaba un rápido cálculo. Medio año luz por minuto; haría falta algún tiempo para alcanzar aquella velocidad, pero... dentro de unas ocho horas estarían en la zona tormentosa.

Dentro de ocho horas se encontraría cenando con la gran capitana.

¡Ocho horas!

Una nova contraterrena en plena virulencia, que afectaba a los gases terrenos ya exacerbados por sustancias enloquecidas... Así podía definirse en pocas palabras aquella tormenta.

El gigantesco sol en fase expansiva aumentaba hasta límites inconcebibles la peligrosidad de aquella masa gaseosa.

¡Velocidad! Entre sus puntos de máxima velocidad saltaba el tumulto del ultrafuego. Los peñascos más veloces de la tormenta bailaban y ardían con una furia absolutamente infernal...

La actividad era tan rápida, que casi sobrepasaba la resistencia de la materia. Primero aparecía la luz de la nova, con un destello de advertencia lanzado a más de 186.000 millas por segundo. Aquel fulgor indicaba que procedía del borde de una tormenta interestelar.

Pero el resplandor de aviso quedaba anulado por la increíble rapidez de la tormenta, que durante semanas y meses cruzaba la vasta noche a una velocidad casi igual a la de la luz.

Se habían retirado los platos de la cena, y Maltby pensaba que

dentro de media hora... *¡media hora!*

Se estremeció al pensar en lo qué sería de una nave atrapada repentinamente por miles de gravedades desaceleratorias. Pero al mismo tiempo seguía hablando:

—¿El día de hoy? Lo pasé en la biblioteca. Más que nada me interesaba la historia reciente de la colonización interestelar terrícola. Siento curiosidad por ver el trato que se da a grupos como el de los hombres mixtos. Como le dije, los hombres mixtos eran muy poco numerosos y perdieron la guerra contra los Cincuenta Soles. Por eso huyeron. Yo fui uno de los niños capturados que...

Le interrumpió un grito procedente del comunicador mural:

—*¡Noble señora, ya lo tengo!*

Maltby necesitó un instante para reconocer la voz tensa de la psicóloga. Casi había olvidado que la mujer seguía observándole. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¡Son dos cerebros! Se me ocurrió hace poco, y para cerciorarme improvisé un dispositivo doble de observación. Pregúntele, pregúntele otra vez sobre las tormentas, pero mientras tanto haga detenerse la nave. ¡Inmediatamente!

La lúgubre mirada de Maltby se posó en los ojos acerados, semicerrados de la gran capitana. Sin perder un segundo concentró sus dos cerebros en ella, obligándola a decir:

—¡Déjese de tonterías, teniente! Nadie puede tener dos cerebros. Explíquese con más claridad.

No tenía más esperanza que la de ganar tiempo. Les quedaban diez minutos para salvarse. Por eso debía desperdiciar hasta el último segundo, debía combatir sus esfuerzos, debía buscar un modo de controlar la situación. Si el hipnotismo tridimensional surtiera efecto a través de los intercomunicadores...

¡Imposible! De la pared surgieron varias líneas luminosas que cruzaron su cuerpo en todas direcciones, sujetándole en la silla como otros tantos cables de acero. Atado y maniatado por una fuerza palpable, un segundo complejo energético surgió ante su rostro para neutralizar la presión mental que ejercía contra la gran capitana. Aquella energía acabó por estabilizarse sobre su cabeza, como si fuera una corona.

Estaba tan efectivamente atrapado como si una docena de hombres se le hubieran echado encima. Maltby relajó sus músculos

y soltó una carcajada.

—Demasiado tarde —se mofó de sus captores—. Su nave necesitaría por lo menos una hora para reducir la velocidad hasta un límite seguro; ya no les queda tiempo para eludir la peor tormenta de estas regiones.

Aquello no era completamente cierto. Todavía quedaba tiempo y espacio para desviarse ante la tormenta que avanzaba en varias direcciones. Lo que sí resultaba imposible era virar hacia la cola de la tormenta o hacia sus amplísimos costados.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por el primer grito que oía proferir a la joven: un grito penetrante:

—¡Motores centrales! ¡Reduzcan velocidad! ¡Alarma general!

Una sacudida tremenda hizo vibrar las paredes, provocando tal exceso de presión que Maltby temió por su vida. En cuanto pudo recobrarse miró al otro lado de la mesa, donde estaba la gran capitana. La mujer sonreía, dando a su rostro el aspecto de una gélida máscara cómica.

—Teniente Nelsor —ordenó, apretando los dientes—: Utilice cualquier medio, físico o de otro tipo, pero consiga que hable. Tiene que haber algo.

—La clave está en su segundo cerebro —afirmó la voz de la psicóloga—. No es deliano. Sólo posee una resistencia normal. Lo someteré a una intensidad condicionadora como jamás se ha hecho con un cerebro humano, empleando los dos elementos básicos: sexualidad y lógica. Noble señora, tendré que utilizaros como objeto de sus afectos.

—¡Dese prisa! —apremió la joven, con voz fría como el mármol.

Maltby estaba sentado en medio de una neblina mental y física. En las profundidades de su cerebro existía la conciencia de que él era una entidad, y de que unas máquinas irresistibles trataban de moldear sus pensamientos.

Trató de oponerse a aquellas máquinas condicionadoras con toda la fuerza de los billones y cuatrillones de impulsos que configuraban su ser.

Pero el pensamiento externo, la presión, fueron aumentando su intensidad. ¡Qué estúpido fue el pensar que podía combatir a los

terricolas! ¡Si aquella mujer adorable le amaba, le amaba, le amaba! Era gloriosa aquella civilización de la Tierra y de la galaxia principal. Trescientos mil billones de personas. Sólo con el primer contacto ya bastaría para rejuvenecer a los Cincuenta Soles. ¡Qué preciosa es! Tengo que salvarla. Ella lo es todo para mí.

Como si le llegara de muy lejos, comenzó a sentir su propia voz que explicaba la conducta a seguir: de qué modo debía virar la nave, en qué dirección, cuánto tiempo quedaba. Trató de detenerse a sí mismo, pero su voz prosiguió inexorable, poniendo en sus labios las palabras que causarían la derrota de los Cincuenta Soles.

La neblina comenzó a desvanecerse. La terrible presión fue alejándose de su cerebro, mientras cesaba la corriente de palabras fatales que hasta entonces surgiera de sus labios. Se incorporó en su asiento, temeroso, sabiendo que las cuerdas y la caperuza energética ya no le aprisionaban. Oyó a la gran capitana que hablaba por un intercomunicador:

—Con un viraje de 0,0100 esquivaremos la tormenta, pasando a siete semanas luz de ella. Aunque parezca una curva demasiado cerrada, creo que necesitamos como mínimo esa desviación.

Se volvió para clavar la vista en Maltby.

—Prepárese —le advirtió—. A una velocidad de medio año luz por minuto, incluso un giro de una centésima de grado basta para que muchas personas se desmayen.

—A mí no me afectará —aseguró Maltby, tensando sus músculos delianos.

La mujer se desmayó tres veces en los cuatro minutos siguientes, mientras Maltby la observaba desde su asiento. En todas las ocasiones volvió en sí con rapidez.

—Los seres humanos —dijo ella tristemente— no valemos gran cosa. Pero al menos sabemos superar los trances.

Se sucedieron unos minutos larguísimos, interminables. Maltby comenzó a notar la tensión de aquel viraje infinitesimal. Al fin pensó: ¡El espacio! ¿Cómo iban a sobrevivir estas gentes el impacto directo contra una tormenta?

De repente todo acabó y pudo oírse la voz tranquila de un hombre:

—Hemos seguido la derrota indicada, noble señora, y ya estamos fuera de pel...

Se interrumpió con un grito:

—¡Capitana! ¡De la tormenta acaba de surgir el destello de una nova!

En aquellos instantes anteriores al desastre, la *Grupo Estelar* se encendió con el fulgor de una joya inmensa. El resplandor de advertencia emitido por la nova puso en marcha un increíble rugido, un clamor de alarma que recorrió las ciento veinte cubiertas del vehículo espacial.

De extremo a extremo de la nave se fueron encendiendo sus luces. Ardieron fila por fila sin interrupción a través de sus cuatro mil pies de longitud, como el duro tintineo de una piedra tallada. En el reflejo de aquella luz, la montaña negra que era su casco se asemejó al fabuloso planeta de Cassidor, su destino, cual un sol nocturno que surge de una oscuridad lejana, sembrado de ciudades que brillan como los diamantes.

Silenciosa como un espectro, mayestática y maravillosa hasta lo indescriptible, gloriosa en su poderío, la gigantesca nave avanzó cortando las tinieblas a lo largo del río de tiempo y espacio que era su derrota.

Incluso cuando penetró en la tormenta no hubo nada visible. El espacio a proa aparecía despejado como ocurre con todos los vacíos. Tan tenues eran los gases de la tormenta, que la nave ni los habría advertido aun en el caso de viajar a velocidades atómicas.

En aquella tormenta, la desintegración de la materia era innegablemente violenta, y los rayos cósmicos representaban la fuente energética más devastadora del universo conocido; pero el inmenso, el cataclísmico peligro arrostrado por la *Grupo Estelar* se debía exclusivamente a su gran velocidad.

De haber tenido tiempo para frenar su impulso, habría superado la tormenta sin novedad.

Chocar contra aquella masa gaseosa a medio año luz por minuto, era como estrellarse contra un muro de espesor infinito. El gran vehículo vibró en toda su extensión, mientras la desaceleración frenaba su fantástico impulso.

En pocos segundos había agotado las posibilidades del sistema de retroceso proyectado por sus constructores para el conjunto de la

nave.

Comenzó a quebrarse.

Y sin embargo, todo sucedió conforme al propósito original de sus admirables constructores. Alcanzado el límite de tensión por unidad, la nave se deshizo en las nueve mil secciones que la componían.

Como aerodinámicas agujas de metal eran aquellas secciones de cuarenta pies de anchura y cuatrocientos de longitud; formas alargadas, semejantes a astillas gigantescas, que atravesaban los gases describiendo ingeniosas trayectorias curvilíneas, haciendo que la presión exterior se deslizara suavemente por sus cubiertas.

Pero no fue suficiente. Rugió el metal, atormentado por el brutal frenazo. En las cámaras de desaceleración yacían hombres y mujeres semiconscientes, víctimas de una agonía casi intolerable.

Centenares y centenares de secciones chocaron entre sí, a pesar de las pantallas automáticas, para convertirse instantáneamente en ataúdes candentes.

Y sin embargo, pese a mantenerse la velocidad original, no se había salvado aquella masa de gases; todavía quedaban por recorrer varios años luz de su espesor.

Las secciones que se salvaron debieron bordear nuevamente los límites de la resistencia humana. La acción final fue química y afectó directamente a los supervivientes de una dotación compuesta hasta entonces por treinta mil tripulantes. Afectó a los cuerpos de aquellos humanos en cuyo beneficio exclusivo se habían concebido y construido los maravillosos dispositivos de seguridad, a los pobres y frágiles terrícolas incapaces de sobrevivir bajo presiones que ni siquiera llegaban a las quince atmósferas.

La rápida reacción de los dispositivos automáticos, al recoger todas las cubiertas e introducir a los viajeros en las cámaras de desaceleración; aquella reacción salvadora aumentó repentina y bruscamente al penetrar en las cámaras un tipo especial de gas.

Era un gas húmedo, pegajoso. Se posaban gruesas capas sobre las prendas de los humanos, las empapaba hasta llegar a la piel y atravesaba ésta, penetrando en todos los rincones del cuerpo.

El sueño llegó suavemente, y con él una calma maravillosa. La sangre perdió su vulnerabilidad ante las conmociones; cedieron los músculos que habían estado tensos por la angustia; impregnado de

vivificadoras sustancias químicas que subsanaban sus limitaciones, el cerebro se convirtió en una masa a la que ni siquiera afectaban los sueños.

Todos adquirieron una gran flexibilidad ante las presiones gravitatorias. Cien, ciento cincuenta atmósferas de desaceleración; y todavía persistió en ellos la fuerza vital.

Un gran corazón del Universo siguió latiendo. La tormenta rugió a lo largo de su ineludible arteria, creando el resplandor de la vida, eliminando los venenos de las tinieblas... y por fin las diminutas naves que seguían derrotas separadas franquearon sus vastas fronteras.

Comenzaron a agruparse, a buscarse, como movidas por una pasión irresistible que exigiera la intimidad de la unión.

Fueron encajando automáticamente en sus antiguas posiciones; la nave de guerra *Grupo Estelar* fue recobrando su forma... pero con algunas brechas. Segmentos destruidos, segmentos perdidos.

Al tercer día, el gran capitán en funciones Rutgers convocó una reunión de capitanes supervivientes en el puente de proa, donde había instalado provisionalmente su cuartel general. Después de la conferencia se difundió un comunicado a todos los tripulantes:

A las 8 horas de esta mañana se ha recibido un mensaje de nuestra gran capitana, lady Laurr del Noble Laurr, honorabilísima señora Gloria Cecily, obligada a tomar tierra en el planeta de un sol que emite luz blanca y amarillenta. Su nave se estrelló al posarse y ha quedado inservible. Como quiera que toda la comunicación con ella se ha efectuado por radio subespacial no direccional, y dada la imposibilidad de localizar un tipo de sol tan común entre millones de astros semejantes, los capitanes reunidos en asamblea lamentan informar que el nombre de nuestra noble señora debe sumarse a esa relación de bajas navales, la más larga que existe, la de quienes se perdieron para siempre en aras del deber. Los faros del almirantazgo emitirán luz azul hasta nueva orden.

La mujer estaba de espaldas mientras él se aproximaba. Tras una breve vacilación, Maltby utilizó su cerebro para obligarla a quedarse junto a la sección de nave que antes fuera el puente mayor de la *Grupo Estelar*.

La larga forma metálica yacía semienterrada en el suelo

pantanosos del amplio valle, inmerso su extremo inferior en las hirvientes y profundas aguas negro-amarillentas de un río sinuoso.

Maltby se detuvo a pocos pies de aquella mujer alta y esbelta. Impidiéndole todavía que se apercibiera de su presencia, examinó una vez más el medio natural en que habría de transcurrir la vida de ambos.

La fina lluvia oscura que le siguiera en su recorrido exploratorio iba retirándose por la cresta amarillenta del valle, situada hacia el «oeste».

Mientras observaba los alrededores, el pequeño sol amarillento surgió como una explosión tras una cortina de nubes negras y ocres, despidiendo un fuerte resplandor. Los rayos de aquel sol arrancaban destellos pardos y amarillentos de la vegetación selvática.

Por todas partes aparecía aquel amarillo pardo-oscuro, muy intenso y casi líquido.

Maltby dejó escapar un suspiro y volvió su atención hacia la mujer, obligándola mentalmente a no verle mientras él se paseaba ante ella.

Durante su exploración había meditado profundamente sobre la honorabilísima señora Gloria Cecily. Básicamente, como era natural, el problema de un hombre y una mujer destinados a pasar solos el resto de sus vidas en un planeta aislado resultaba muy sencillo. Sobre todo teniendo en cuenta que a uno de ellos se le había condicionado para que se enamorase del otro.

Maltby esbozó una sonrisa de tristeza. Se hacía cargo del origen artificial de aquel amor, aunque ello no bastaba para anular su innegable realidad.

La máquina condicionadora le había alcanzado en lo más íntimo de su ser. Por desgracia, a ella no la había afectado en absoluto; y dos días a solas con la mujer sólo sirvieron para destacar una realidad: Lady Laurr del Noble Laurr ni siquiera pensaba en la remota posibilidad de acceder a las normales exigencias de su situación.

Había llegado el momento de darle a conocer la situación. No porque fuera necesaria ni siquiera deseable una solución rápida, sino porque debía saber que el problema existía.

Adelantándose, la tomó en sus brazos.

Era alta y de figura gentil; encajaba en su abrazo como si aquél

fuera su lugar natural; y, obligada mentalmente a devolver el beso de Maltby, el calor de aquel contacto tuvo un efecto muy superior al buscado.

Porque él había pensado en liberar la mente de la mujer durante el beso.

Pero no lo hizo.

Cuando por fin la soltó, sólo fue una liberación física. La mente de la gran capitana siguió estando completamente bajo su dominio.

Había una silla metálica junto a una de las puertas, por la parte exterior. Maltby se acercó al mueble y, arrellanándose en él, alzó la vista para clavarla en la gran capitana.

Se sintió turbado. Aquel deseo devorador era producto lógico del condicionamiento a que le sometieron. Pero sobrepasaba en mucho su análisis previo sobre la intensidad de sus sentimientos.

Se había considerado dueño y señor de sí mismo, y ahora veía que no lo era. Ignoraba por qué razón el sarcasmo, el desinterés, la objetividad que tuvo por claves de sus reacciones ante aquella situación, no encajaban absolutamente en ella.

La máquina condicionadora había hecho un trabajo concienzudo.

Amaba a aquella mujer con tal violencia, que el simple contacto era suficiente para desconectar su voluntad de cualesquiera operaciones posteriores.

Su corazón fue tranquilizándose: la estudió con un remedo de desinterés.

Era adorable y hermosa; aunque casi todas las mujeres-robot de raza deliana la superaban en belleza. Sus labios carnosos tenían, sin embargo, una pizca de crueldad; y algo en sus ojos acentuaba aquella crueldad.

Existían emociones internas en aquella mujer, que no iba a resignarse, sin más, a la idea de quedar abandonada para siempre en un planeta desconocido.

Era aquello algo sobre lo que debería meditar. Hasta entonces...

Con un suspiro de resignación, Maltby anuló el embrujo hipnótico tridimensional que sus dos cerebros habían impuesto a la mujer.

Había tomado la precaución de dejarla mirando hacia otro lado. La observó con curiosidad mientras ella estaba de pie, de espaldas y muy quieta durante unos instantes. Luego la mujer echó a andar hacia un bosquecillo que se elevaba sobre la húmeda tierra pantanosa.

Ascendió hasta la cima y se puso a mirar en la dirección por donde Maltby regresara hacía pocos minutos. Era evidente que lo estaba buscando.

Por fin se volvió y tuvo que cubrirse los ojos para protegerlos del resplandor amarillento del sol poniente. Le descubrió al bajar del montículo.

Se detuvo; sus ojos se estrecharon y acortó el paso. Al llegar junto a él le habló con una extraña nota cortante en su voz:

—Ha venido usted sin hacer ningún ruido. Supongo que dio un rodeo y llegó desde el oeste.

—No —repuso Maltby—. No me moví del este.

La mujer pareció meditar sobre aquellas palabras. Estaba silenciosa, su rostro enjuto dominado por una expresión contrariada. Apretó los labios con fuerza; había en ellos una contusión seguramente dolorosa, porque hizo una mueca antes de formular su pregunta:

—¿Qué ha descubierto? ¿Encontró algún...?

Se detuvo. En aquel momento debió apercebirse de la magulladura del labio. Su mano se alzó rápidamente, y se tocó con los dedos el lugar de la herida. Sus ojos cobraron vida con la violencia de su súbita comprensión. Maltby se adelantó unos segundos a su reacción:

—Sí, tiene usted mucha razón.

Ella se quedó inmóvil, contemplándole. Su mirada colérica fue apaciguándose hasta que finalmente dijo con voz glacial:

—Si vuelve usted a intentarlo, me verá obligada a matarle.

Maltby negó con la cabeza y preguntó, sin sonreír:

—¿Para pasar el resto de su vida completamente sola? Se volvería usted loca.

Comprendiendo de inmediato que la violenta cólera de la mujer rechazaba aquel tipo de lógica, se apresuró en proseguir:

—Además, tendría que pegarme un tiro por la espalda. Estoy seguro de que no dudaría en matarme en acto de servicio; pero sé

que no lo haría por razones personales.

Los labios de la mujer, comprimidos de rabia, se abrieron. Con gran asombro de Maltby, en los ojos de la gran capitana aparecieron súbitamente algunas lágrimas. Lágrimas de ira, evidentemente, ¡pero lágrimas!

La mujer se adelantó rápidamente y le propinó un bofetón.

—¡No es usted más que un robot! —le insultó entre sollozos.

Maltby se quedó mirándola con tristeza, pero reaccionó con una sonora carcajada. Finalmente habló, con un dejo de burla en la voz:

—Si no recuerdo mal, la señora que acaba de hablar es la misma que envió un vibrante mensaje por radio a todos los planetas de los Cincuenta Soles, jurando que en los quince mil años transcurridos los terrícolas habían olvidado sus prejuicios contra los robots. ¿Es posible —concluyó— que el problema, visto de cerca, resulte más difícil de solucionar?

No hubo respuesta. La honorable Gloria Cecily pasó junto a él, y desapareció en el interior de la nave.

Volvió a salir pocos minutos después.

Su expresión era más serena; Maltby observó que había eliminado todo rastro de lágrimas. Le miró fijamente y preguntó:

—¿Qué descubrió en su exploración? He retrasado mi llamada a la nave esperando su regreso.

—Creía —repuso Maltby— que le habían pedido que llamara a las 10 horas.

La mujer se encogió de hombros; y al responder apareció en su voz un deje de arrogancia:

—Recibirán mis llamadas a la hora que yo quiera hacerlas. ¿Ha detectado señales de vida inteligente?

Maltby sintió lástima por la gran capitana Laurr, un ser hermoso al que todavía aguardaban muchas sorpresas desagradables.

Uno de los libros que leyera a bordo de la nave, dedicado a los colonos de planetas remotos, trataba muy concretamente el tema de los naufragos del espacio.

—En este valle —dijo, iniciando su descripción— casi todo son tierras pantanosas, aunque también hay selva, muy antigua. Algunos árboles son altísimos, si bien al seccionarlos no aparecen anillos de crecimiento. Hay animales interesantes y un cuadrúpedo con dos brazos que me observó desde lejos. Llevaba una lanza, pero

la distancia no me permitió emplear mis poderes hipnóticos. Tiene que haber un poblado por alguna parte, tal vez en los límites del valle. En los próximos meses pienso dismantelar la nave pieza por pieza, para ir transportándola a terreno más seco.

»A mi juicio —prosiguió Maltby— podemos facilitar a los científicos de la nave la siguiente información: Nos encontramos en un planeta iluminado por un sol del tipo G. Este sol debe ser mayor que el tipo corriente de astros amarillo-blancuzcos, y su temperatura en la superficie ha de ser superior. La considero superior porque, pese a estar muy alejado, despide suficiente energía calorífica para mantener el hemisferio septentrional de este planeta en condiciones semitropicales.

Hizo una pausa y continuó exponiendo el fruto de sus observaciones:

—El sol se encontraba bastante hacia el norte al mediodía, pero ahora está retrocediendo en dirección sur. A primera vista, diría que este planeta tiene una inclinación de unos cuarenta grados, lo cual significa que se está aproximando un invierno frío, aunque esto no concuerda con la antigüedad ni con su tipo de vegetación.

Lady Laurr frunció el ceño.

—No me parece muy útil —observó—, aunque naturalmente yo no soy ningún ejecutivo.

—Y yo sólo soy un meteorólogo.

—Exactamente. Pase, a ver si mi astrofísico puede sacar algo en claro de todo eso.

—¡Su astrofísico! —se asombró Maltby, aunque no expresó su sorpresa en voz alta.

Siguió a la mujer al interior del segmento de nave y cerró la puerta tras sí.

Maltby examinó el interior del puente principal con una sonrisa irónica, mientras la joven tomaba asiento ante la astroplaca.

Sólo el impresionante resplandor del tablero de instrumentos, que ocupaba toda una pared, resultaba ya irónico de por sí. Las máquinas que con él se habían controlado estaban ahora muy lejos, en el espacio. Hubo un tiempo en que dominó toda la Nube Menor de Magallanes; pero ahora, la pistola manual de Maltby era un

instrumento más potente que todos aquellos mandos.

Se dio cuenta de que lady Laurr había levantado la vista y le miraba.

—No lo comprendo —se lamentó—. No me responden.

—A lo mejor —Maltby no pudo eliminar un leve tono sarcástico en su voz— tenían razones de mucho peso para pedir que les llamara a las 10 horas.

La mujer hizo un leve movimiento exasperado con sus músculos faciales, pero no respondió. Maltby prosiguió hablando con frialdad:

—Al fin y al cabo, ya no importa. Sólo están efectuando maniobras rutinarias, porque lo que se pretende es no pasar por alto ninguna posibilidad de rescate. Ni siquiera acierto a imaginarme el tipo de milagro que haría falta para dar con nosotros.

Como si no hubiera oído sus palabras, la mujer preguntó, frunciendo el ceño:

—¿A qué se debe que ni siquiera hayamos captado una sola emisión procedente de los Cincuenta Soles? Antes ya tenía intención de hacerle esta pregunta. Ni una sola vez, en los diez años pasados en la Nube Menor, llegamos a captar el más mínimo indicio de energía radiofónica.

Encogiéndose de hombros, Maltby explicó:

—Todas las emisoras trabajan con longitudes de ondas muy variables y complicadas, que cambian cada veinteavo de segundo. Los instrumentos de ustedes seguramente sólo captaban un chasquido cada diez minutos, y...

Le interrumpió una voz que surgía de la astroplaca. En la pantalla apareció el rostro de un hombre, el gran capitán en funciones Rutgers.

—¡Por fin, capitán! —exclamó la mujer—. ¿A qué se debe su retraso?

Respondió la imagen:

—Estamos desembarcando nuestras fuerzas en Cassidor VII. Como ya sabe, las normas exigen que el gran capitán...

—Sí, sí. ¿Y ahora, ya está usted libre?

—No. He robado unos momentos a mis deberes para cerciorarme de que sigue usted bien, y en seguida la pondré con el capitán Planston.

—¿Cómo se desarrolla el desembarco?

—A la perfección. Hemos establecido contacto con las autoridades, que parecen resignadas a lo inevitable. Tengo que despedirme ya. Adiós, señora.

Su imagen se desvaneció tras un parpadeo y la placa quedó en blanco. Fue aquélla una salutación de lo más brusca; pero Maltby, sumido en sus tristes pensamientos, apenas se dio cuenta.

Así que todo había terminado. Los proyectos desesperados del gobierno de los Cincuenta Soles, su propio intento por destruir la gran nave de guerra, habían resultado inútiles ante un enemigo invencible.

Durante unos instantes se sintió muy próximo a la derrota, con todas sus consecuencias. Finalmente comprendió que la lucha ya no tenía importancia para su vida, aunque aquel conocimiento en nada le ayudó a superar su pesimismo.

Vio que el rostro grácil y fuerte de la honorabilísima Gloria Cecily tenía una expresión entre regocijada y colérica; evidentemente, ella no se sentía ajena a los grandes acontecimientos del espacio. Ni tampoco dejó de advertir las consecuencias de la brusquedad con que había transcurrido la conversación.

La astroplaca se tornó brillante y en ella apareció un rostro desconocido para Maltby. Era el de un hombre ya entrado en años y de amplias mandíbulas que dijo con su voz pesada:

—Con la venia de su señoría. Confío en descubrir algo que nos permita rescatarla. Yo siempre digo que mientras hay vida hay esperanza.

La mujer interrumpió su risita:

—El capitán Maltby le dará toda la información que posee, y estoy segura de que con ella podrá usted darnos algún consejo, capitán Planston. Por desgracia, ni él ni yo somos astrofísicos.

—No se puede ser experto en todo —afirmó el capitán Planston—. En fin, capitán Maltby, ¿qué puede usted decirme?

Maltby facilitó su información con brevedad, y esperó a que el otro le transmitiera instrucciones, que no fueron gran cosa:

—Averigüe la duración de las estaciones. Me interesa ese efecto amarillento de la luz solar, y también el pardo oscuro. Tome las siguientes fotografías con película orto-sensible... Utilice tres colores, un rojo sensible, un azul y un amarillo. Tome una lectura del espectro... Lo que quiero comprobar es que tal vez tengan

ustedes un fuerte sol azulado, y los ultravioletas no pasan porque existe una atmósfera muy densa, por lo cual todo el calor y la luz estarían en la banda amarilla.

»Confieso —prosiguió el astrofísico— que no puedo darles muchas esperanzas. La Nube Menor está repleta de soles azulados. Hay quinientos mil más brillantes que Sirio.

»Finalmente —concluyó la imagen de la astrolaca—, obtenga la información sobre las estaciones consultando a los nativos. No lo olvide. ¡Adiós!

El nativo era muy cauto. Persistió en retirarse al interior de la selva; y sabía cómo aprovechar la ventaja de sus cuatro piernas. De todos modos siempre volvía a aparecer.

La mujer lo observaba con un regocijo que fue trocándose en exasperación.

—A lo mejor —sugirió—, si nos separáramos y yo le empujara hacia usted...

Vio el ceño fruncido en la frente de Maltby, que asentía sin entusiasmo. Su voz surgió fuerte y tensa.

—Nos está conduciendo a una emboscada. Conecte los sensores de su casco y lleve consigo la pistola. No se dé demasiada prisa en disparar, pero hágalo sin vacilación en caso necesario. Las heridas de lanza pueden ser muy dolorosas; y no tenemos los medios idóneos para hacer frente a ese tipo de situaciones.

Sus órdenes provocaron una irritación momentánea. Por lo visto no se daba cuenta de que ella comprendía tan bien como él las exigencias de la situación.

La honorabilísima Gloria dejó escapar un suspiro. Si debían permanecer en aquel planeta, sería preciso realizar algunos ajustes psicológicos de importancia. Y ella, pensó con severidad, no era la única que debería adaptarse.

—¡Ahora! —dijo Maltby junto a ella, hablando con rapidez—. Fíjese en que aquel barranco se divide en dos ramales. Ayer llegué hasta, aquí, y vi que vuelven a unirse unas doscientas yardas más abajo. Ha subido por el ramal de la izquierda. Yo tomaré el de la derecha. Usted quédese aquí, así él volverá a ver qué ocurre. Entonces sígalo sin apresurarse.

Un instante después Maltby había desaparecido, silencioso como un espectro, internándose en un sendero que discurría bajo un follaje denso.

Se hizo el silencio.

Ella esperó. Apenas había transcurrido un minuto cuando ya se sintió sola en un mundo amarillo y negro que estaba sin vida desde el principio del tiempo.

Pensó que era esto a lo que Maltby se refiriera el día anterior, cuando afirmó que ella no se atrevería a pegarle un tiro, a pegarle un tiro y a quedarse completamente sola. Entonces no lo había comprendido.

Ahora sí que lo comprendía. Sola, en el planeta anónimo de una estrella vulgar, una mujer que despertaría todas las mañanas en una nave destartalada, hincada su yerma forma metálica en una tierra oscura, húmeda, pantanosa y amarillenta.

Siguió inmóvil y sintió que le invadía el pesimismo. No había duda de que el problema de las relaciones entre robots y humanos tendría que resolverse aquí, y no sólo en el espacio.

Un sonido la sacó de su ensimismamiento melancólico. Mientras observaba los alrededores con cautela, una cabeza felina apareció lentamente tras una hilera de arbustos situados a cien yardas, más allá del claro.

Era una cabeza interesante, atractiva incluso por su aspecto feroz. El cuerpo amarillento quedaba oculto entre la maleza, pero la mujer había captado suficientes detalles para reconocer que se trataba del tipo CC, de la casi universal familia de los centauros. Su cuerpo quedaba bien equilibrado entre las extremidades traseras y las delanteras.

Aquel ser la observó con el asombro reflejado en sus refulgentes ojos de oscura coloración. Giraba la cabeza de un lado a otro, evidentemente tratando de localizar a Maltby.

La mujer desenfundó la pistola y avanzó, movimiento que causó la desaparición de aquel ser. Gracias a los sensores del casco pudo captar el sonido de su carrera en la distancia. De repente, aquel ser aminoró su velocidad y después se hizo el silencio.

—Maltby lo ha capturado —pensó la mujer.

Se sintió impresionada. Aquellos hombres mixtos de doble cerebro eran valientes y muy hábiles. Sería una verdadera lástima

que los prejuicios contra los robots impidieran su ingreso en la civilización galáctica del Imperio Terrestre.

Le observó unos minutos después, mientras el hombre mixto utilizaba el sistema universal de comunicación con aquel ser. Maltby alzó la vista y la vio. Meneó la cabeza, perplejo.

—Dice que siempre han tenido un tiempo cálido, como ahora, y que nació hace mil trescientas lunas. Y que una luna tiene cuarenta soles, o sea cuarenta días. Nos pide que nos internemos un poco más en el valle, pero no me gusta la idea. Creo que deberíamos hacer un gesto cauto, amistoso y...

Se detuvo en seco. Antes de que ella pudiera darse cuenta del peligro, su cerebro quedó atrapado, sus músculos galvanizados. Se vio lanzada lateralmente y contra el suelo con tal rapidez, que el choque con la superficie fue pura agonía.

Quedó en el suelo, aturdida, y con el rabillo del ojo vio que la lanza atravesaba el punto donde poco antes se encontraba.

Giró para rodar sobre sí misma, dueña ya de sus actos, y apuntó la pistola en la dirección de donde llegara la lanza. Había allá otro centauro que se alejaba a la carrera por una ladera desnuda. Oprimió el disparador y entonces...

—¡No! —dijo Maltby en voz baja—. Era un explorador enviado para ver qué ocurría. Ha hecho su trabajo. Todo ha terminado.

La mujer bajó la pistola y observó, molesta, que le temblaba todo el cuerpo.

—¡Gracias por salvarme la vida!

Calló para que no la delatara su voz trémula, y porque...

¡Le había salvado la vida! Su mente bordeó la incompreensión total por la sorpresa que le causó aquella idea. Era increíble, pero jamás había corrido peligro por causa de ningún ser que actuara individualmente.

Recordaba que en cierta ocasión su nave penetró en los bordes externos de un sol; y además acababa de superar el cataclismo de la tormenta...

Pero aquéllas fueron amenazas impersonales, superables con virtuosismos técnicos y con el duro adiestramiento del servicio.

Esto era diferente.

Durante el regreso al segmento de nave se esforzó por profundizar en el significado de aquella diferencia.

Finalmente le pareció comprenderlo.

—El espectro carece de rasgos destacables —afirmó Maltby, transmitiendo el resultado de sus investigaciones por la astroplaca—. No se aprecian líneas oscuras; dos de las bandas amarillas son tan intensas que hacen daño a la vista. Como usted sugirió, parece ser que tenemos un sol azulado, y que la atmósfera del planeta impide el paso de sus fuertes radiaciones violetas.

»De todos modos —concluyó—, la singularidad de ese efecto se limita a nuestro planeta, por causa del espesor de su atmósfera. ¿Alguna pregunta?

—Pues... no, no —dijo el astrofísico, cuyo rostro aparecía en la placa con aspecto muy pensativo—. Y además, tampoco puedo darle más instrucciones. Tendré que estudiar éstos datos. Hágame el favor de pedirle a la señora que se sitúe en la pantalla. Me gustaría hablar con ella en privado, si no le importa.

—Con mucho gusto.

Cuando la mujer se sentó ante la astroplaca, Maltby salió al exterior y se puso a contemplar el ascenso de la luna. Las tinieblas, ya lo había observado la noche anterior, producían una vaga neblina de color violáceo. ¡Claro, ahora lo comprendía! 80 grados Fahrenheit en un planeta que, teniendo en cuenta el diámetro angular del sol, habría tenido 180 grados Fahrenheit bajo cero si el color aparente del sol hubiera sido el verdadero.

Un sol azulado, uno entre medio millón de soles... Interesante, pero... Maltby esbozó una sonrisa cruel. La falta de instrucciones del capitán Planston sonaba a cosa definitiva que...

No pudo contener un estremecimiento. Y al instante trató de imaginarse sentado, como ahora, dentro de un año y contemplando exactamente la misma luna inmutable. Diez años, veinte...

Notó que la mujer le observaba desde la puerta. Maltby alzó la mirada. La luz blanquecina del interior de la nave delató una extraña expresión en el rostro de la mujer, dándole un aspecto descolorido que contrastaba con el tono amarillento de su piel durante el día.

—Ya no recibiremos más astrollamadas —declaró, para volverse de inmediato y entrar en la nave.

Maltby asintió con la cabeza, casi perezosamente. Era duro, y brutal, aquel brusco corte de comunicaciones. Pero las normas sobre aquel tipo de situaciones también eran muy claras.

Los náufragos espaciales debían comprender perfectamente, sin falsas esperanzas ni ilusiones suscitadas por la comunicación radiofónica, que estaban aislados para siempre. Para siempre abandonados a sus propios recursos.

En fin, qué se le iba a hacer. Era preciso tomarse las cosas como venían, sin atemorizarse. Había un capítulo entero dedicado a los náufragos en uno de los libros que leyeran en la nave. Según el autor, desde los comienzos de la Historia novecientos millones de humanos habían quedado abandonados en planetas hasta entonces desconocidos o inexplorados. Casi todos aquellos planetas terminaron por descubrirse; y en nada menos que diez mil de ellos surgieron nutridas poblaciones humanas descendientes de los náufragos.

Según la ley espacial, ningún náufrago de cualquier sexo podía abstenerse de participar en aquellos incrementos demográficos, fuera cual fuera su rango anterior. Por el contrario, todos debían olvidar consideraciones de sensibilidad y de individualismo, recordando solamente que eran instrumentos de la expansión de su raza.

El código espacial estipulaba diversos castigos, naturalmente inaplicables de no efectuarse el rescate, pero aplicados sin piedad cuando se descubría y recuperaba a los recalitrantes.

Cabía dentro de lo posible que los tribunales consideraran como caso especial el de un ser humano y un robot.

Debía haber transcurrido media hora desde que tomara asiento en el exterior de la nave. Finalmente se puso de pie, impulsado por el hambre. Se había olvidado completamente de la cena.

Se notó algo molesto consigo mismo. ¡Maldición, no era aquél el momento de presionar a la mujer! Tarde o temprano comprendería que debía guisar parte de las comidas.

Pero no era aquél el momento.

Entró rápidamente, dirigiéndose a la pequeña cocina incorporada a cualquier segmento de nave espacial. Se detuvo un momento en el pasillo.

Por la puerta de la cocina escapaba un resplandor. Alguien

silbaba por lo bajo una melodía indefinida pero alegre; y hasta él llegaba el aroma de las verduras cocidas y de la carne de lak caliente.

Estuvieron a punto de chocar en la puerta.

—Iba a llamarle —dijo la mujer.

La cena fue breve y silenciosa. Metieron los platos sucios en el automático y fueron a sentarse en el espacioso salón; Maltby vio finalmente que la mujer le observaba con ojos divertidos.

—¿Existe alguna posibilidad —preguntó ella súbitamente— de que un hombre mixto y una humana tengan hijos?

—Francamente —confesó Maltby—, lo dudo.

Y se puso a describir con todo detalle el proceso de frío y presión que moldeara el protoplasma de donde surgieron los primeros hombres mixtos. Cuando terminó su explicación, vio que los ojos de la mujer seguían observándole con leve regocijo. En un tono de voz extraño, ella dijo:

—Hoy me ha ocurrido algo muy curioso, cuando aquel nativo trató de matarme con su lanza. Comprendí —se detuvo un instante, como luchando con una expresión difícil—, comprendí que acababa de resolver, en lo que a mí concierne, el problema de los robots.

»Claro está —finalizó tranquilamente— que de todos modos habría participado. Pero es agradable saber que a una le gusta —sonrió— una persona, «sin matizaciones».

Un sol azulado que parecía amarillento. Había amanecido y Maltby estaba sentado fuera del vehículo, todavía perplejo por los últimos acontecimientos. No sabía si esperar una visita de los nativos, pero por si acaso iba a permanecer en las inmediaciones de la nave.

Ni un instante dejó de observar los bordes del claro, los límites del valle, los senderos de la selva, pero...

Recordaba la existencia de una ley sobre el paso de la luz a otras bandas de ondas, por ejemplo a la del amarillo. Bastante complicada, pero en vista de que los instrumentos del puente principal eran simples controles y no máquinas, tendría que basarse en las matemáticas para comprender qué tipo de sol iluminaba aquel planeta.

Tal vez el calor llegaba a través de la gama ultravioleta, aunque era imposible comprobarlo. Por eso más valía olvidar aquella suposición y seguir con la del amarillo.

Entró en la nave. No se veía a Gloria por ninguna parte, pero la puerta de su dormitorio estaba cerrada. Maltby encontró una libreta, volvió a la silla y comenzó sus cálculos.

Una hora después tenía ante sus ojos la respuesta: Un billón trescientos mil millones de millas. Aproximadamente la quinta parte de un año luz.

Dejó escapar una risa seca. No tenía vuelta de hoja. Debía hacerse con datos mejores que los actuales, o de lo contrario...

¿Debía, realmente?

Su mente quedó en suspenso. En un solo instante de comprensión, estalló ante él la asombrosa verdad.

Profiriendo un grito, se puso de pie como impulsado por un resorte, giró rápidamente y se dirigió como una exhalación hacia la puerta en el instante en que una sombra oscura cruzaba sobre él.

La sombra era tan inmensa que oscureció repentinamente todo el valle. Sin poder evitarlo, Maltby se detuvo y alzó la vista.

La nave de guerra *Grupo Estelar* se cernía a poca altura sobre la selva pardo-amarillenta. De ella desembarcaba un vehículo de rescate que despedía destellos plateados al entrar en la zona iluminada por el sol.

A Maltby sólo le quedaba un momento de estar a solas con la mujer antes de que el bote se posara en la superficie.

—¡Y pensar —exclamó— que acabo de descubrir la verdad!

Se dio cuenta de que ella no le miraba. Sus ojos parecían concentrados en una imagen muy remota. Maltby prosiguió:

—Por lo demás, supongo que bastaría con meterme en la cámara de acondicionamiento y...

Ella le interrumpió, todavía sin mirarle:

—¡Ridículo! ¿Acaso voy a sentirme turbada por unos besos? La audiencia será más tarde, en mi alojamiento oficial.

Un baño, prendas nuevas y por fin Maltby entró en el departamento de astrofísica por medio del transmisor de materia. Su comprensión de la asombrosa verdad, aunque exacta en términos generales, había carecido de detalles.

—¡Ah, Maltby! —le acogió el jefe del departamento,

adelantándose para estrechar su mano—. ¡Vaya un sol que escogió usted! Ya lo sospechamos por sus primeros informes sobre esa coloración amarillenta y negra. Naturalmente, no podíamos darles ninguna esperanza; ya sabe que nos está prohibido.

El jefe hizo una pausa para continuar con sus explicaciones:

—La inclinación del eje; la longitud aparente de un verano en el cual los árboles de la selva, aun siendo de gran tamaño, no mostraban anillos de crecimiento... Todo ello muy interesante. El espectro sin rasgos destacables, con su total carencia de líneas oscuras... Casi concluyente. La prueba final fue que la película ortosensible quedó sobreexpuesta, mientras que a los sensibles azules y rojos les faltaba tiempo de exposición.

»Las estrellas de este tipo —continuó el astrofísico— tienen una temperatura tan sumamente elevada que prácticamente toda su radiación energética queda muy dentro de lo ultravioleta. Una radiación secundaria, que es una especie de fluorescencia de la propia atmósfera de la estrella, produce el amarillo visible cuando una fracción diminuta de la fuertísima radiación ultravioleta se transforma, por efecto de los átomos de helio, en longitudes de onda más largas. Una lámpara fluorescente, en cierto modo... aunque, claro, a una escala más que ordinariamente cósmica en su violencia. La radiación total lanzada sobre el planeta era lógicamente enorme; la radiación de superficie, tras cruzar millas y millas de ozono absorbente, vapor de agua, bióxido de carbono y otros gases, era muy diferente.

»No es de extrañar —siguió explicando el hombre— que el nativo dijera que siempre había hecho calor. El verano dura cuatro mil años. La radiación normal de ese tipo asombroso de estrellas, el índice de radiación de un eón tras otro, viene a ser comparable al de una nova en su grado máximo de violencia expansiva. Tiene un período de algunas horas, y equivale aproximadamente a unos cien millones de soles ordinarios. A esas estrellas de máxima brillantez las llamamos novas O; y sólo hay una en la Nube Menor de Magallanes, la gran y gloriosa S-Dorado.

»Cuando le pedí que llamara a la gran capitana Laurr —concluyó— y le expliqué que de treinta millones de soles había ido a escoger...

En aquel momento le interrumpió Maltby.

—Un momento —pidió—. ¿Ha dicho usted que se lo explicó a lady Laurr *anoche*?

—¿Era noche allá abajo? —preguntó el capitán Planston, interesado por aquel detalle—. Vaya, vaya... A propósito, casi lo había olvidado. Estas cosas del matrimonio ya no tienen tanta importancia para un viejo como yo, pero... ¡felicidades!

La conversación era demasiado rápida para Maltby. Sus dos cerebros todavía estaban examinando la primera manifestación: que ella lo había sabido desde el primer momento. Se levantó, como a tientas, al oír las últimas palabras.

—¿Felicidades? —repitió como un eco.

—Sin duda alguna, ya era hora de que tuviera un marido —estalló el capitán—. Es una mujer enamorada de su profesión, ¿sabe usted? Además, eso tendrá un efecto vivificador en los demás robots... ¡Perdón! Le aseguro que ese nombre no significa nada para mí.

»Sea como fuere —continuó el capitán—, la propia lady Laurr dio a conocer la noticia oficialmente hace pocos minutos, o sea que venga a verme cuando quiera.

Se volvió, haciendo con su manaza un ademán de despedida.

Maltby se dirigió al transmisor de materia más próximo. Seguramente ella le estaría esperando.

No la defraudaría.

La ultrapropulsión sólo tenía un ligero inconveniente: creaba una onda de choque que hacía explotar los soles. Indudablemente, aquello complicaba bastante el problema del regreso a la base...

LA ESPOLETA DEL TIEMPO

por Randall Garrett

El comandante Benedict mantuvo la vista en la placa de popa mientras activaba el intercomunicador.

—Vale ya, motores a cero. Creo que ya estamos a salvo.

Cerraba la conexión del intercomunicador cuando se le aproximó el doctor Leicher, del equipo de astronomía.

—Totalmente a salvo —afirmó el científico— aunque incluso a esta distancia una estrella que se transforma en nova ha de ser todo un espectáculo.

—¿Tiene usted los instrumentos dispuestos? —preguntó Benedict sin dejar de vigilar la placa.

—No del todo, pero nos sobra tiempo. Todavía faltan varias horas par que la luz llegue hasta nosotros. Recuerde que nuestra velocidad era mucho mayor.

Benedict se volvió por fin, dejando escapar lentamente el aire de sus pulmones en un suspiro casi inaudible.

—Doctor Leicher, ¿no le parece que es ésta la coincidencia más puñetera con que podía encontrarse la primera nave interestelar que sale del Sistema Solar?

—En cierto modo, sí —reconoció Leicher encogiéndose de

hombros—. Es innegable que ya nunca sabremos si Alfa Centauro A tuvo o no tuvo planetas. Pero mirando las cosas desde otro ángulo, es una gran suerte que nos hallemos tan cerca de una explosión estelar, por la cantidad de información científica que vamos a obtener. Como usted dice, es una coincidencia, y posiblemente una de esas que sólo se dan cada mil millones de años. La probabilidad de que una estrella determinada se transforme en nova es muy pequeña, y todavía lo es más la probabilidad de que un humano se halle cerca cuando se produce el cambio.

El comandante Benedict se quitó la gorra y estudió las huellas dejadas por el sudor en la badana:

—De todos modos —insistió—, a nadie le hace gracia desconectar la puñetera ultrapropulsión a doscientos millones de millas de la primera estrella visitada por el hombre, para tener que dar la puñetera vuelta y salir por puñeteras piernas, sólo porque a la muy puñetera le da por reventarte en los morros.

Leicher comprendió que Benedict estaba disgustado, porque el oficial raramente se repetía en el empleo de adjetivos peyorativos.

Pensándolo bien, habían tenido una suerte inmensa. Si Leicher no hubiera visto que la estrella crecía y aumentaba su fulgor; si no hubiera comprendido el significado de aquellos fenómenos; o si Benedict no hubiera sido tan rápido al conectar de nuevo la ultrapropulsión... Leicher se imaginó la nave convertida en una nube incandescente de metal gaseoso.

Se oyó el zumbido del intercomunicador.

—¿Sí? —respondió el comandante.

—Mi comandante, ¿puede decirle al doctor Leicher que ya lo tenemos todo listo?

Leicher asintió con la cabeza y se volvió para abandonar el lugar.

—Creo que ya sólo nos queda esperar.

Cuando les alcanzó la luz de la nova el comandante Benedict estaba junto a la placa, esta vez la de proa, porque habían girado la nave a fin de alinear el laboratorio astronómico con la estrella.

Alfa Centauro A empezó a aumentar de brillo y a extenderse. Aquello hizo pensar a Benedict en una bombilla conectada por medio de un reóstato que se dejara alcanzar la máxima sobrecarga posible.

La luz comenzó a resultar molesta para Benedict incluso a aquella distancia, y tuvo que reducir la receptividad a fin de seguir observándola. Al cabo de un rato dejó de contemplar la placa, no porque hubiera terminado la función, sino sencillamente porque el proceso había adquirido una lentitud que lo hacía imperceptible para el ojo humano.

Cinco semanas después y con gran disgusto de Leicher, el comandante Benedict anunció que debían abandonar la zona. La nave sólo se había aprovisionado para llegar hasta Alfa Centauro, explorar el sistema sin posarse en ningún planeta y regresar. A diez luces, máxima velocidad de la ultrapropulsión, harían falta más de tres meses para regresar.

—Ya sé que le gustaría presenciar el ciclo completo —indicó Benedict—, pero no podemos volver a la base si nos morimos de hambre.

Leicher se resignó a la necesidad de dejar incompleta gran parte de su labor, y aun a sabiendas de que era aquél un caso de renuncia a las «uvas verdes», se consoló pensando en que cuatro años después podría obtener casi toda la información restante con el telescopio de quinientas pulgadas instalado en la Luna.

Mientras la nave se deslizaba en el infraespacio por el que viajaba con la ultrapropulsión, Leicher comenzó a recopilar el material disponible.

El comandante Benedict escribió en el libro de vuelo:

A cincuenta y cuatro días del Sol. Alfa Centauro hace mucho que se ha desvanecido, regresando a su estado anterior a la explosión, pues con nuestra velocidad hemos dejado atrás sus ratos luminosos. En este momento tiene el aspecto de hace dos años y...

—Usted perdone, comandante —interrumpió Leicher—, pero es que tengo algo interesante para usted.

Benedict separó los dedos del teclado y se volvió en su silla.

—¿De qué se trata, doctor?

Leicher observó con el ceño fruncido los papeles que llevaba en las manos.

—He estudiado la probabilidad de que esa explosión ocurriera como lo hizo, y me he encontrado con algunas cifras que me

preocupan. Como ya le dije en otra ocasión, la probabilidad es muy pequeña. Unos cuantos cálculos nos han dado algo de información que todavía la reduce más. Por ejemplo: Con un error posible de más o menos dos segundos, Alfa Centauro A... ¡comenzó a explotar en el instante en que nosotros abandonamos la ultrapropulsión!

»Ahora bien, la probabilidad de que se produzca un hecho así es tan pequeña que, según mis cálculos, sólo podría darse una vez cada 10467 segundos.

—¿Y bien? —Era ahora el comandante quien fruncía el ceño.

—Comandante, el universo sólo tiene una antigüedad aproximada de 1017 segundos. En fin, para darle una idea, digamos que la probabilidad de que ello ocurra sería de... ¡una vez en millones de trillones de años!

Benedict tuvo que pestañear. Se daba cuenta de que aquella cifra escapaba a su comprensión, y a la de cualquiera.

—Bueno, ¿y qué? Esa vez ha sido ahora. Sólo significa que casi con seguridad no volverá a ocurrir nunca más.

—Efectivamente. Ahora bien, comandante: Cuando uno gana apostando a una probabilidad tan infinitamente pequeña, lo lógico es buscar el factor que esté haciendo trampa en nuestro favor. Si tomara un par de dados y comenzara a sacar sietes, uno tras otro, durante un par de milenios sin interrupción... sospecharía usted que los dados están trucados.

Benedict guardó silencio, limitándose a esperar con interés.

—Sólo hay una cosa capaz de provocarlo —dijo Leicher, sin dar ningún énfasis a sus palabras—: Nuestra nave.

—Lo que conocemos sobre el hiperespacio o superespacio —prosiguió el científico—, o como se llame lo que cruzamos cuando se utiliza la ultrapropulsión, es prácticamente nada. Salir de la ultrapropulsión a tan corta distancia de una estrella podría iniciar algún tipo de onda de choque en el espacio normal, que afectaría al equilibrio interno de esa estrella, produciendo la descarga de cantidades inimaginables de energía y la transformación en nova del astro. Sólo podemos suponer que hemos sido la espoleta que creó una nova.

Benedict se puso de pie lentamente. Cuando por fin habló, su voz era un susurro apenas audible.

—¿Quiere usted decir que nuestro sol, el Sol... podría...?

Leicher asintió con la cabeza.

—No afirmo que vaya a ocurrir. Pero es probable que nosotros fuéramos los causantes de la destrucción de Alfa Centauro A, y que por lo tanto podríamos causar una destrucción similar de nuestro Sol.

—O sea —la voz de Benedict había recobrado su firmeza normal—, que no podemos volver. ¿Es eso? Aunque no estemos seguros, no podemos arriesgarnos.

—No necesariamente. Podríamos aproximarnos mucho antes de desconectar la ultrapropulsión, y hacer el resto de la travesía a velocidad sublumínica. Necesitaremos más tiempo y tendremos que pasar con medias raciones, o con menos... ¡pero *podemos* lograrlo!

—¿A qué distancia?

—Desconozco cuál es la distancia mínima, pero en cambio sé cómo medirla. Recuerde que ni Alfa Centauro B ni la C han estallado. Tendremos que desconectar la ultrapropulsión como mínimo a una distancia del Sol igual a la que las separa de Alfa Centauro A.

—Comprendo.

Tras unos momentos de silencio, el comandante volvió a hablar:

—Muy bien, doctor Leicher. Si esa es la única manera segura, para mí es la única manera posible.

Benedict dio las órdenes pertinentes mientras Leicher calculaba el momento en que debería desconectar la ultrapropulsión, así como la duración total de la travesía. Sería preciso reducir las raciones en consonancia con las futuras necesidades.

La mente del comandante Benedict giraba como un torbellino alrededor de la monstruosidad del problema, como una abeja enloquecida en torno a una flor. ¿Y si había existido uno o varios planetas de Alfa Centauro A? ¿Y si habían estado habitados? ¿Acaso, por ignorancia, había aniquilado a naciones enteras de seres vivos e inteligentes?

Pero ¿cómo pudo prever semejante cosa? Hasta entonces nunca se había probado la ultra propulsión. Era imposible hacerlo dentro del Sistema Solar, porque su velocidad resultaba excesiva. Tanto él como sus hombres se habían ofrecido voluntariamente, sabiendo que podían morir al conectar la ultra propulsión.

Súbitamente, Benedict golpeó su escritorio con el puño.

—¿Qué ocurre, comandante? —preguntó Leicher, alzando la vista.

—Supongamos —respondió Benedict—, y sólo digo supongamos, que tenemos el mismo efecto sobre una estrella al conectar la ultra propulsión que al desconectarla...

Leicher guardó silencio un momento, aturdido por aquella posibilidad. De todos modos, ¿qué podía decir? Sólo les quedaba esperar...

A cosa de medio año luz del Sol, cuando la nave alcanzó el lugar desde el cual sus ocupantes podían ver los rayos emitidos unos siete meses antes, observaron que éstos aumentaban súbitamente su intensidad, *haciéndose cien mil veces más brillantes*.

Uno de los autores más célebres de la ciencia ficción nos presenta el diálogo de un hombre con una máquina. O por lo menos así comienza la cosa. Pero pasa mucho tiempo y cuando por fin llega la respuesta a la última pregunta, ya es demasiado tarde. O quien sabe si demasiado pronto.

LA ÚLTIMA PREGUNTA

por Isaac Asimov

La última pregunta se formuló por primera vez, medio en broma, el 21 de mayo de 2061, en momentos en que la humanidad (también por primera vez) se bañó en luz. La pregunta llegó como resultado de una apuesta por cinco dólares hecha entre dos hombres que bebían cerveza, y sucedió de esta manera:

Alexander Adell y Bertram Lupov eran dos de los fieles asistentes de Multivac. Dentro de las dimensiones de lo humano sabían qué era lo que pasaba detrás del rostro frío, parpadeante e intermitentemente luminoso —kilómetros y kilómetros de rostro— de la gigantesca computadora. Al menos tenían una vaga noción del plan general de circuitos y retransmisores que desde hacía mucho tiempo habían superado toda posibilidad de ser dominados por una sola persona.

Multivac se autoajustaba y autocorregía. Así tenía que ser, porque nada que fuera humano podía ajustarla y corregirla con la rapidez suficiente o siquiera con la eficacia suficiente. De manera que Adell y Lupov atendían al monstruoso gigante sólo en forma

ligera y superficial, pero lo hacían tan bien como podría hacerlo cualquier otro hombre. La alimentaban con información, adaptaban las preguntas a sus necesidades y traducían las respuestas que aparecían. Por cierto, ellos, y todos los demás asistentes tenían pleno derecho a compartir la gloria de Multivac.

Durante décadas, Multivac ayudó a diseñar naves y a trazar las trayectorias que permitieron al hombre llegar a la Luna, a Marte y a Venus, pero después de eso, los pobres recursos de la Tierra ya no pudieron serles de utilidad a las naves. Se necesitaba demasiada energía para los viajes largos y pese a que la Tierra explotaba su carbón y uranio con creciente eficacia, había una cantidad limitada de ambos.

Pero lentamente, Multivac aprendió lo suficiente como para responder a las preguntas más complejas en forma más profunda, y el 14 de mayo de 2061 lo que hasta ese momento era teoría se convirtió en realidad.

La energía del Sol fue almacenada, modificada y utilizada directamente en todo el planeta. Cesó en todas partes el hábito de quemar carbón y fisiónar uranio y toda la Tierra se conectó con una pequeña estación —de un kilómetro y medio de diámetro— que circundaba el planeta a mitad de distancia de la Luna, para funcionar con rayos invisibles de energía solar.

Siete días no habían alcanzado para empañar la gloria del acontecimiento, y Adell y Lupov finalmente lograron escapar de la celebración pública, para refugiarse donde nadie pensaría en buscarlos: en las desiertas cámaras subterráneas, donde se veían partes del poderoso cuerpo enterrado de Multivac. Sin asistentes, ociosa, clasificando datos con clicks satisfechos y perezosos, Multivac también se había ganado sus vacaciones y los asistentes la respetaban y originalmente no tenían intención de perturbarla.

Se habían llevado una botella y su única preocupación en ese momento era relajarse y disfrutar de la bebida.

—Es asombroso, cuando uno lo piensa —dijo Adell. En su rostro ancho se veían huellas de cansancio, y removió lentamente la bebida con una varilla de vidrio, observando el movimiento de los cubos de hielo en su interior—. Toda la energía que podremos usar de ahora en adelante, gratis. Suficiente energía, si quisiéramos emplearla, como para derretir a toda la Tierra y convertirla en una

enorme gota de hierro líquido impuro, y no echar de menos la energía empleada. Toda la energía que podremos usar por siempre y siempre y siempre.

Lupov ladeó la cabeza. Tenía el hábito de hacerlo cuando quería oponerse a lo que oía, y en ese momento quería oponerse; en parte porque había tenido que llevar el hielo y los vasos.

—No para siempre —dijo.

—Ah, vamos, prácticamente para siempre. Hasta que el Sol se apague, Bert.

—Entonces no es para siempre.

—Muy bien, entonces. Durante miles de millones de años. Veinte mil millones, tal vez. ¿Estás satisfecho?

Lupov se pasó los dedos por los escasos cabellos como para asegurarse que todavía le quedaban algunos y tomó un pequeño sorbo de su bebida.

—Veinte mil millones de años no es «para siempre».

—Bien, pero superará nuestra época, ¿verdad?

—También la superarán el carbón y el uranio.

—De acuerdo, pero ahora podemos conectar cada nave espacial individualmente con la Estación Solar, y hacer que vaya y regrese de Plutón un millón de veces sin que tengamos que preocuparnos por el combustible. No puedes hacer eso con carbón y uranio. Pregúntale a Multivac, si no me crees.

—No necesito preguntarle a Multivac. Lo sé.

—Entonces deja de quitarle méritos a lo que Multivac ha hecho por nosotros —dijo Adell, malhumorado—. Se portó muy bien.

—¿Quién dice que no? Lo que yo sostengo es que el Sol no durará eternamente. Eso es todo lo que digo. Estamos a salvo por veinte mil millones de años pero ¿y luego? —Lupov apuntó con un dedo tembloroso al otro—. Y no me digas que nos conectaremos con otro sol.

Durante un rato hubo silencio. Adell se llevaba la copa a los labios sólo de vez en cuando, y los ojos de Lupov se cerraron lentamente. Descansaron.

De pronto Lupov abrió los ojos.

—Piensas que nos conectaremos con otro sol cuando el nuestro muera, ¿verdad?

—No estoy pensando nada.

—Seguro que estás pensando. Eres malo en lógica, ése es tu problema. Eres como ese tipo del cuento a quien lo sorprendió un chaparrón, corrió a refugiarse en un monte y se paró bajo un árbol. No se preocupaba porque pensaba que cuando un árbol estuviera totalmente mojado, simplemente iría a guarecerse bajo otro.

—Entiendo —dijo Adell—, no grites. Cuando el Sol muera, las otras estrellas habrán muerto también.

—Por supuesto —murmuró Lupov—. Todo comenzó con la explosión cósmica original, fuera lo que fuese, y todo terminará cuando todas las estrellas se extingan. Algunas se agotan antes que otras. Por Dios, las gigantes no durarán cien millones de años. El Sol durará veinte mil millones de años y tal vez las enanas durarán cien mil millones por mejores que sean. Pero en un trillón de años estaremos a oscuras. La entropía tiene que incrementarse al máximo, eso es todo.

—Sé todo lo que hay que saber sobre la entropía —dijo Adell, tocado en su amor propio.

—¡Qué vas a saber!

—Sé tanto como tú.

—Entonces sabes que todo se extinguirá algún día.

—Muy bien. ¿Quién dice que no?

—Tú, grandísimo tonto. Dijiste que teníamos toda la energía que necesitábamos, para siempre. Dijiste «para siempre».

Esa vez le tocó a Adell oponerse.

—Tal vez podamos reconstruir las cosas algún día.

—Nunca.

—¿Por qué no? Algún día.

—Nunca.

—Pregúntale a Multivac.

—Pregúntale tú a Multivac. Te desafío. Te apuesto cinco dólares a que no es posible.

Adell estaba lo suficientemente borracho como para intentarlo y lo suficientemente sobrio como para traducir los símbolos y operaciones necesarias para formular la pregunta que, en palabras, podría haber correspondido a esto: ¿Podrá la humanidad algún día, sin el gasto neto de energía, devolver al Sol toda su juventud aún después que haya muerto de viejo?

O tal vez podría reducirse a una pregunta más simple, como

ésta: ¿Cómo puede disminuirse masivamente la cantidad neta de entropía del Universo?

Multivac enmudeció. Los lentos resplandores oscuros cesaron, los clicks distantes de los transmisores terminaron.

Entonces, mientras los asustados técnicos sentían que ya no podían contener más el aliento, el teletipo adjunto a la computadora cobró vida repentinamente.

Aparecieron seis palabras impresas: «DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA».

—No hay apuesta —murmuró Lupov. Salieron apresuradamente.

A la mañana siguiente, los dos, con dolor de cabeza y la boca pastosa, habían olvidado el incidente.

Jerrodd, Jerrodine y Jerrodette I y II observaban la imagen estrellada en la pantalla mientras completaban el pasaje por el hiperespacio en un lapso fuera de las dimensiones del tiempo. Inmediatamente, el uniforme polvo de estrellas dio paso al predominio de un único disco de mármol, brillante, centrado.

—Es X-23 —dijo Jerrodd con confianza. Sus manos delgadas se entrelazaron con fuerza detrás de su espalda y los nudillos se pusieron blancos.

Las pequeñas Jerrodettes, niñas ambas, habían experimentado el pasaje por el hiperespacio por primera vez en su vida. Contuvieron sus risas y se persiguieron locamente alrededor de la madre, gritando:

—Hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado...

—Tranquilas, niñas —dijo rápidamente Jerrodine—. ¿Estás seguro, Jerrodd?

—¿Qué puedo estar sino seguro? —preguntó Jerrodd, echando una mirada al tubo de metal justo debajo del techo, que ocupaba toda la longitud de la habitación y desaparecía a través de la pared en cada extremo. Tenía la misma longitud que la nave.

Jerrodd sabía poquísimos sobre el grueso tubo de metal excepto que se llamaba Microvac, que uno le hacía preguntas si lo deseaba; que aunque uno no se las hiciera de todas maneras cumplía con su tarea de conducir la nave hacia un destino prefijado, de abastecerla

de energía desde alguna de las diversas estaciones de Energía Subgaláctica y de computar las ecuaciones para los saltos hiperespaciales.

Jerrodd y su familia no tenían otra cosa que hacer sino esperar y vivir en los cómodos sectores residenciales de la nave.

Cierta vez alguien le había dicho a Jerrodd, que el «ac» al final de «Microvac» quería decir «computadora análoga» en inglés antiguo, pero estaba a punto de olvidar incluso eso.

Los ojos de Jerrodine estaban húmedos cuando miró la pantalla.

—No puedo evitarlo. Me siento extraña al salir de la Tierra.

—¿Por qué, caramba? —preguntó Jerrodd—. No teníamos nada allí. En X-23 tendremos todo. No estarás sola. No serás una pionera. Ya hay un millón de personas en ese planeta. Por Dios, nuestros bisnietos tendrán que buscar nuevos mundos porque llegará el día en que X-23 estará superpoblado. —Luego agregó, después de una pausa reflexiva—: Te aseguro que es una suerte que las computadoras hayan desarrollado viajes interestelares, considerando el ritmo al que aumenta la raza.

—Lo sé, lo sé —respondió Jerrodine con tristeza.

Jerrodetette I dijo de inmediato:

—Nuestra Microvac es la mejor Microvac del mundo.

—Eso creo yo también —repuso Jerrodd, desordenándole el pelo.

Era realmente una sensación muy agradable tener una Microvac propia y Jerrodd estaba contento de ser parte de su generación y no de otra. En la juventud de su padre las únicas computadoras eran unas enormes máquinas que ocupaban un espacio de ciento cincuenta kilómetros cuadrados. Sólo había una por planeta. Se llamaban ACs Planetarias.

Durante mil años habían crecido constantemente en tamaño y luego, de pronto, llegó el refinamiento. En lugar de transistores hubo válvulas moleculares, de manera que hasta la AC Planetaria más grande podía colocarse en una nave espacial y ocupar sólo la mitad del espacio disponible.

Jerrodd se sentía eufórico siempre que pensaba que su propia Microvac personal era muchísimo más compleja que la antigua y primitiva Multivac que por primera vez había domado al Sol, y casi tan complicada como la AC Planetaria de la Tierra (la más grande)

que por primera vez resolvió el problema del viaje hiperespacial e hizo posibles los viajes a las estrellas.

—Tantas estrellas, tantos planetas —suspiró Jerrodine, inmersa en sus propios pensamientos—. Supongo que las familias seguirán emigrando siempre a nuevos planetas, tal como lo hacemos nosotros ahora.

—No siempre —respondió Jerrodd, con una sonrisa—. Todo esto terminará algún día, pero no antes que pasen billones de años. Muchos billones. Hasta las estrellas se extinguen, ¿sabes? Tendrá que aumentar la entropía.

—¿Qué es la entropía, papá? —preguntó Jerrodette II con voz aguda.

—Entropía, querida, es sólo una palabra que significa la cantidad de desgaste del Universo. Todo se desgasta, como sabrás, por ejemplo tu pequeño robot walkie-talkie, ¿recuerdas?

—¿No puedes ponerle una nueva unidad de energía, como a mi robot?

—Las estrellas son unidades de energía, querida. Una vez que se extinguen, ya no hay más unidades de energía.

Jerrodette I lanzó un chillido de inmediato.

—No las dejes, papá. No permitas que las estrellas se extingan.

—Mira lo que has hecho —susurró Jerrodine, exasperada.

—¿Cómo podía saber que iba a asustarla? —respondió Jerrodd también en un susurro.

—Pregúntale a la Microvac —gimió Jerrodette I—. Pregúntale cómo volver a encender las estrellas.

—Vamos —dijo Jerrodine—. Con eso se tranquilizarán. —(Jerrodette II ya se estaba echando a llorar, también).

Jerrodd se encogió de hombros.

—Ya está bien, queridas. Le preguntaré a Microvac. No se preocupen, ella nos lo dirá.

Le preguntó a la Microvac, y agregó rápidamente:

—Imprimir la respuesta.

Jerrodd retiró la delgada cinta de celufilm y dijo alegremente:

—Miren, la Microvac dice que se ocupará de todo cuando llegue el momento, y que no se preocupen.

Jerrodine dijo:

—Y ahora, niñas, es hora de acostarse. Pronto estaremos en

nuestro nuevo hogar. —Jerrodd leyó las palabras en el celufilm nuevamente antes de destruirlo:

«DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA».

Se encogió de hombros y miró la pantalla. El X-23 estaba cerca.

VJ-23X de Lameth miró las negras profundidades del mapa tridimensional en pequeña escala de la Galaxia y dijo:

—¿No será una ridiculez que nos preocupe tanto la cuestión?

MQ-17J de Nicron sacudió la cabeza.

—Creo que no. Sabes que la Galaxia estará llena en cinco años con el actual ritmo de expansión.

Los dos parecían jóvenes de poco más de veinte años. Ambos eran altos y de formas perfectas.

—Sin embargo —dijo VJ-23X—, me resisto a presentar un informe pesimista al Consejo Galáctico.

—Yo no pensaría en presentar ningún otro tipo de informe. Tenemos que inquietarlos un poco. No hay otro remedio.

VJ-23X suspiró.

—El espacio es infinito. Hay cien billones de galaxias disponibles.

—Cien billones no es infinito, y cada vez se hace menos infinito. ¡Piénsalo! Hace veinte mil años, la humanidad resolvió por primera vez el problema de utilizar energía estelar, y algunos siglos después se hicieron posibles los viajes interestelares. A la humanidad le llevó un millón de años llenar un pequeño mundo y luego sólo quince mil años llenar el resto de la Galaxia. Ahora la población se duplica cada diez años...

VJ-23X lo interrumpió.

—Eso debemos agradecerérselo a la inmortalidad.

—Muy bien. La inmortalidad existe y debemos considerarla. Admito que esta inmortalidad tiene su lado complicado. La AC Galáctica nos ha solucionado muchos problemas, pero al resolver el problema de evitar la vejez y la muerte, anuló todas las otras cuestiones.

—Sin embargo no creo que desees abandonar la vida.

—En absoluto —saltó MQ-17J, y luego se suavizó de inmediato

—. No todavía. No soy tan viejo. ¿Cuántos años tienes tú?

—Doscientos veintitrés. ¿Y tú?

—Yo todavía no tengo doscientos. Pero, volvamos a lo que decía. La población se duplica cada diez años. Una vez que se llene esta galaxia, habremos llenado otra en diez años. Diez años más y habremos llenado dos más. Otra década, cuatro más. En cien años, habremos llenado mil galaxias; en mil años, un millón de galaxias. En diez mil años, todo el Universo conocido. Y entonces, ¿qué?

VJ-23X dijo:

—Como problema paralelo, está el del transporte. Me pregunto cuántas unidades de energía solar se necesitarán para trasladar galaxias de individuos de una galaxia a la siguiente.

—Muy buena observación. La humanidad ya consume dos unidades de energía solar por año.

—La mayor parte de esta energía se desperdicia. Al fin y al cabo, sólo nuestra propia galaxia gasta mil unidades de energía solar por año, y nosotros solamente usamos dos de ellas.

—De acuerdo, pero aún con una eficiencia de un cien por ciento, sólo podemos postergar el final. Nuestras necesidades energéticas crecen en progresión geométrica, y a un ritmo mayor que nuestra población. Nos quedaremos sin energía todavía más rápido que sin galaxias. Muy buena observación. Muy, muy buena observación.

—Simplemente tendremos que construir nuevas estrellas con gas interestelar.

—¿O con calor disipado? —preguntó MQ-17J, con tono sarcástico.

—Puede haber alguna forma de revertir la entropía. Tenemos que preguntárselo a la AC Galáctica.

VJ-23X no hablaba realmente en serio, pero MQ-17J sacó su interfaz AC del bolsillo y lo colocó sobre la mesa frente a él.

—No me faltan ganas —dijo—. Es algo que la raza humana tendrá que enfrentar algún día.

Miró sombríamente su pequeña interfaz AC. Era un objeto de apenas cinco centímetros cúbicos, nada en sí mismo, pero estaba conectado a través del hiperespacio con la gran AC Galáctica que servía a toda la humanidad y, a su vez, era parte integral suya.

MQ-17J hizo una pausa para preguntarse si algún día, en su vida inmortal, llegaría a ver la AC Galáctica. Era un pequeño mundo

propio, una telaraña de rayos de energía que contenía la materia dentro de la cual las oleadas de los planos medios ocupaban el lugar de las antiguas y pesadas válvulas moleculares. Sin embargo, a pesar de esos funcionamientos subetéreos, se sabía que la AC Galáctica tenía mil diez metros de ancho.

Repentinamente, MQ-17J preguntó a su interfaz AC:

—¿Es posible revertir la entropía?

VJ-23X, sobresaltado, dijo de inmediato:

—Ah, mira, realmente yo no quise decir que tenías que preguntar eso.

—¿Por qué no?

—Los dos sabemos que la entropía no puede revertirse. No puedes volver a convertir el humo y las cenizas en un árbol.

—¿Hay árboles en tu mundo? —preguntó MQ-17J.

El sonido de la AC Galáctica los sobresaltó y les hizo guardar silencio. Se oyó su voz fina y hermosa en la interfaz AC en el escritorio. Dijo:

«DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA».

—¡Ves! —intervino VJ-23X.

Y entonces los dos hombres volvieron a ocuparse del informe que tenían que hacer para el Consejo Galáctico.

La mente de Zee Prime abarcó la nueva galaxia con un leve interés en los incontables racimos de estrellas que la poblaban. Nunca había visto eso antes. ¿Alguna vez las vería todas?

Tantas estrellas, cada una con su carga de humanidad... una carga que era casi un peso muerto. Cada vez más, la verdadera esencia del hombre había que encontrarla allá afuera, en el espacio.

¡En las mentes, no en los cuerpos! Los cuerpos inmortales permanecían en los planetas, suspendidos sobre los eones. A veces despertaban a una actividad material pero eso era cada vez más raro. Pocos individuos nuevos nacían para unirse a la multitud increíblemente poderosa, pero ¿qué importaba? Había poco lugar en el Universo para nuevos individuos.

Zee Prime despertó de su ensoñación al encontrarse con los sutiles manojos de otra mente.

—Soy Zee Prime. ¿Y tú?

—Soy Dee Sub Wun. ¿Tu galaxia?

—Sólo la llamamos Galaxia. ¿Y tú?

—Llamamos de la misma manera a la nuestra. Todos los hombres llaman Galaxia a su galaxia, y nada más. ¿Por qué será?

—Porque todas las galaxias son iguales.

—No todas. En una galaxia en particular debe de haberse originado la raza humana. Eso la hace diferente.

Zee Prime dijo:

—¿En cuál?

—No sabría decirte. La AC Universal debe estar enterada.

—¿Se lo preguntamos? De pronto tengo curiosidad por saberlo.

Las percepciones de Zee Prime se ampliaron hasta que las galaxias mismas se encogieron y se convirtieron en un polvo nuevo, más difuso, sobre un fondo mucho más grande. Tantos cientos de billones de galaxias, cada una con sus seres inmortales, todas llevando su carga de inteligencias, con mentes que vagaban libremente por el espacio. Y sin embargo una de ellas era única entre todas por ser la Galaxia original. Una de ellas tenía en su pasado vago y distante, un período en que había sido la única galaxia poblada por el hombre.

Zee Prime se consumía de curiosidad por ver esa galaxia y gritó:

—¡AC Universal! ¿En qué galaxia se originó el hombre?

La AC Universal oyó, porque en todos los mundos tenía listos sus receptores, y cada receptor conducía por el hiperespacio a algún punto desconocido donde la AC Universal se mantenía independiente. Zee Prime sólo sabía de un hombre cuyos pensamientos habían penetrado a distancia sensible de la AC Universal, y sólo informó sobre un globo brillante, de sesenta centímetros de diámetro, difícil de ver.

—¿Pero cómo puede ser eso toda la AC Universal? —había preguntado Zee Prime.

—La mayor parte —fue la respuesta— está en el hiperespacio. No puedo imaginarme en qué forma está allí.

Nadie podía imaginarlo, porque hacía mucho que había pasado el día —y eso Zee Prime lo sabía— en que algún hombre tuvo parte en construir la AC Universal. Cada AC Universal diseñaba y construía a su sucesora. Cada una, durante su existencia de un

millón de años o más, acumulaba la información necesaria como para construir una sucesora mejor, más intrincada, más capaz en la cual dejar sumergido y almacenado su propio acopio de información e individualidad.

La AC Universal interrumpió los pensamientos erráticos de Zee Prime, no con palabras, sino con directivas. La mentalidad de Zee Prime fue dirigida hacia un difuso mar de Galaxias donde una en particular se agrandaba hasta convertirse en estrellas.

Llegó un pensamiento, infinitamente distante, pero infinitamente claro.

«ÉSTA ES LA GALAXIA ORIGINAL DEL HOMBRE».

Pero era igual, al fin y al cabo, igual que cualquier otra, y Zee Prime resopló de desilusión.

Dee Sub Wun, cuya mente había acompañado a Zee Prime, dijo de pronto:

—¿Y una de estas estrellas es la estrella original del hombre?

La AC Universal respondió:

«LA ESTRELLA ORIGINAL DEL HOMBRE SE HA HECHO NOVA. ES UNA ENANA BLANCA».

—¿Los hombres que la habitaban murieron? —preguntó Zee Prime, sobresaltado y sin pensar.

La AC Universal respondió:

«COMO SUCEDE EN ESTOS CASOS UN NUEVO MUNDO PARA SUS CUERPOS FÍSICOS FUE CONSTRUIDO EN EL TIEMPO».

—Sí, por supuesto —dijo Zee Prime, pero aún así lo invadió una sensación de pérdida. Su mente dejó de centrarse en la Galaxia original del hombre, y le permitió volver y perderse en pequeños puntos nebulosos. No quería volver a verla.

Dee Sub Wun dijo:

—¿Qué sucede?

—Las estrellas están muriendo. La estrella original ha muerto.

—Todas deben morir. ¿Por qué no?

—Pero cuando toda la energía se haya agotado, nuestros cuerpos finalmente morirán, y tú y yo con ellos.

—Llevará billones de años.

—No quiero que suceda, ni siquiera dentro de billones de años. ¡AC Universal! ¿Cómo puede evitarse que las estrellas mueran?

Dee Sub Wun dijo, divertido:

—Estás preguntando cómo podría revertirse la dirección de la entropía.

Y la AC Universal respondió: «POR AHORA DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA».

Los pensamientos de Zee Prime volaron a su propia galaxia. Dejó de pensar en Dee Sub Wun, cuyo cuerpo podría estar esperando en una galaxia a un trillón de años luz de distancia, o en la estrella siguiente a la de Zee Prime. No importaba.

Con aire desdichado, Zee Prime comenzó a recoger hidrógeno interestelar con el cual construir una pequeña estrella propia. Si las estrellas debían morir alguna vez, al menos podrían construirse algunas.

El Hombre, mentalmente, era uno solo, y estaba conformado por un trillón de trillones de cuerpos sin edad, cada uno en su lugar, cada uno descansando, tranquilo e incorruptible, cada uno cuidado por autómatas perfectos, igualmente incorruptibles, mientras las mentes de todos los cuerpos se fusionaban libremente entre sí, sin distinción.

El Hombre dijo:

—El Universo está muriendo.

El Hombre miró a su alrededor a las galaxias cada vez más oscuras. Las estrellas gigantes, muy gastadoras, se habían ido hace rato, habían vuelto a lo más oscuro de la oscuridad del pasado distante. Casi todas las estrellas eran enanas blancas, que finalmente se desvanecían.

Se habían creado nuevas estrellas con el polvo que había entre ellas, algunas por procesos naturales, otras por el Hombre mismo, y también se estaban apagando. Las enanas blancas aún podían chocar entre ellas, y de las poderosas fuerzas así liberadas se construirían nuevas estrellas, pero una sola estrella por cada mil estrellas enanas blancas destruidas, y también éstas llegarían a su fin.

El Hombre dijo:

—Cuidadosamente administrada y bajo la dirección de la AC Cósmica, la energía que todavía queda en todo el Universo, puede durar billones de años. Pero aún así eventualmente todo llegará a su

fin. Por mejor que se la administre, por más que se la racione, la energía gastada desaparece y no puede ser repuesta. La entropía aumenta continuamente.

El Hombre dijo:

—¿Es posible invertir la tendencia de la entropía? Preguntémosle a la AC Cósmica.

La AC los rodeó pero no en el espacio. Ni un solo fragmento de ella estaba en el espacio. Estaba en el hiperespacio y hecha de algo que no era materia ni energía. La pregunta sobre su tamaño y su naturaleza ya no tenía sentido comprensible para el Hombre.

—AC Cósmica —dijo el Hombre—, ¿cómo puede revertirse la entropía?

La AC Cósmica dijo: «POR AHORA HAY DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA».

El Hombre ordenó:

—Recoge datos adicionales.

La AC Cósmica dijo: «LO HARÉ. HACE CIENTOS DE BILLONES DE AÑOS QUE LO HAGO. MIS PREDECESTORES Y YO HEMOS ESCUCHADO MUCHAS VECES ESTA PREGUNTA. TODOS LOS DATOS QUE TENGO SIGUEN SIENDO INSUFICIENTES».

—¿Llegará el momento —preguntó el Hombre— en que los datos sean suficientes o el problema es insoluble en todas las circunstancias concebibles?

La AC Cósmica respondió: «NINGÚN PROBLEMA ES INSOLUBLE EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS CONCEBIBLES».

El Hombre preguntó:

—¿Cuándo tendrás suficientes datos como para responder a la pregunta?

La AC Cósmica respondió: «POR AHORA HAY DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA».

—¿Seguirás trabajando en eso? —preguntó el Hombre.

La AC Cósmica respondió: «ASÍ LO HARÉ».

El Hombre dijo:

—Esperaremos.

Las estrellas y las galaxias murieron y se convirtieron en polvo, y el espacio se volvió negro después de tres trillones de años de

desgaste.

Uno por uno, el Hombre se fusionó con la AC, cada cuerpo físico perdió su identidad mental en forma tal que no era una pérdida sino una ganancia.

La última mente del Hombre hizo una pausa antes de la fusión, contemplando un espacio que sólo incluía los vestigios de la última estrella oscura y nada aparte de esa materia increíblemente delgada, agitada al azar por los restos de un calor que se gastaba, asintóticamente, hasta llegar al cero absoluto.

El Hombre dijo:

—AC, ¿es éste el final? ¿Este caos no puede ser revertido al Universo una vez más? ¿Esto no puede hacerse?

AC respondió: «POR AHORA HAY DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA».

La última mente del Hombre se fusionó y sólo AC existió en el hiperespacio.

La materia y la energía se agotaron y con ellas el espacio y el tiempo. Hasta AC existía solamente para la última pregunta que nunca había sido respondida desde la época en que dos técnicos en computación medio alcoholizados, tres trillones de años antes, formularon la pregunta en la computadora que era para AC mucho menos de lo que para un hombre el Hombre.

Todas las otras preguntas habían sido contestadas, y hasta que esa última pregunta fuera respondida también, AC no podría liberar su conciencia.

Todos los datos recogidos habían llegado al fin. No quedaba nada para recoger.

Pero toda la información reunida todavía tenía que ser completamente correlacionada y unida en todas sus posibles relaciones.

Se dedicó un intervalo sin tiempo a hacer esto.

Y sucedió que AC aprendió cómo revertir la dirección de la entropía.

Pero no había ningún Hombre a quien AC pudiera dar una respuesta a la última pregunta. No había materia. La respuesta — por demostración— se ocuparía de eso también.

Durante otro intervalo sin tiempo, AC pensó en la mejor forma de hacerlo.

Cuidadosamente, AC organizó el programa.

La conciencia de AC abarcó todo lo que alguna vez había sido un Universo y pensó en lo que en ese momento era el caos.

Paso a paso, había que hacerlo.

Y AC dijo:

«¡HÁGASE LA LUZ!».

Y la luz se hizo...

Dicen que «saber es poder». ¿Acaso es todo el saber todopoderoso?

RESPUESTA

por Frederic Brown

Dwar Ev soldó ceremoniosamente la última conexión con oro. Los ojos de una docena de cámaras de televisión le contemplaban y el subéter transmitió al universo una docena de imágenes sobre lo que estaba haciendo.

Se enderezó e hizo una seña a Dwar Reyn, acercándose después a un interruptor que completaría el contacto cuando lo accionara. El interruptor conectaría, inmediatamente, todo aquel monstruo de máquinas computadoras con todos los planetas habitados del universo —noventa y seis mil millones de planetas— en el supercircuito que los conectaría a todos con una supercalculadora, una máquina cibernética que combinaría todos los conocimientos de todas las galaxias.

Dwar Reyn habló brevemente a los miles de millones de espectadores y oyentes. Después, tras un momento de silencio, dijo:

—Ahora, Dwar Ev.

Dwar Ev accionó el interruptor. Se produjo un impresionante zumbido, la onda de energía procedente de noventa y seis mil millones de planetas. Las luces se encendieron y apagaron a lo largo de los muchos kilómetros de longitud de los paneles.

Dwar Ev retrocedió un paso y lanzó un profundo suspiro.

—El honor de formular la primera pregunta te corresponde a ti, Dwar Reyn.

—Gracias —repuso Dwar Reyn—, será una pregunta que ninguna máquina cibernética ha podido contestar por sí sola.

Se volvió de cara a la máquina.

—¿Existe Dios?

La impresionante voz contestó sin vacilar, sin el chasquido de un solo relé.

—Sí, *ahora* existe un Dios.

Un súbito temor se reflejó en la cara de Dwar Ev. Dio un salto para agarrar el interruptor.

Un rayo procedente del cielo despejado le abatió y produjo un cortocircuito que inutilizó el interruptor.

EPÍLOGO

Imaginemos por un momento que las inspiradas suposiciones de la ciencia ficción sean reales, que en algún lugar a menos de cien años luz de aquí exista un planeta similar al nuestro, donde una especie como la humana haya alcanzado un estado de autoconciencia y dominio mundial. Si así fuera, cabría dentro de lo posible que algún día nos encontráramos con esas gentes en las inmensidades del espacio.

Nada tiene de inaudito, ni siquiera en un planeta tan pacífico como el nuestro, que una tribu o nación se encuentre con otra y de inmediato discrepe sobre asuntos fundamentales. Si la Historia se repite, es posible que estalle una guerra entre los dos planetas.

Con suerte podríamos ganarla y la Tierra sobreviviría para decidir su propio destino mientras una legión de militantes, diplomáticos, comerciantes, misioneros, científicos, periodistas, tecnólogos, psicólogos, historiadores, turistas, vagos y gente corriente se abatiría sobre el infortunado planeta. Confiemos en que, entre esa legión de visitantes, haya un loco lo bastante sensato para entrar a saco en las bibliotecas más esotéricas de aquel planeta, y para volver a la Tierra con un botín de su literatura favorita.

Debe haber estanterías y estanterías repletas de buenas obras del espacio, a tan solo cien años luz de aquí...

B. W. A.

ÍNDICE

LOS HOMBRES PARADÓJICOS (*The Paradox Men*, 1949).

Por Charles Harness.

LA ESPADA DE RHIANNON (*The Sword of Rhiannon*, 1949).

Por Leigh Brackett.

PUNTO CRÍTICO (*Breaking Point*, 1953).

Por James E. Gunn.

TODO EL VERANO EN UN DÍA (*All Summer in a Day*, 1954).

Por Ray Bradbury.

LA MITR (*The Mitr*, 1953).

Por Jack Vance.

LA TORMENTA (*The Storm*, 1943).

Por A. E. van Vogt.

LA ESPOLETA DEL TIEMPO (*Time Fuze*, 1954).

Por Randall Garrett.

LA ÚLTIMA PREGUNTA (*The Last Question*, 1956).

Por Isaac Asimov.

RESPUESTA (*Answer*, 1954).

Por Frederic Brown.

EPÍLOGO